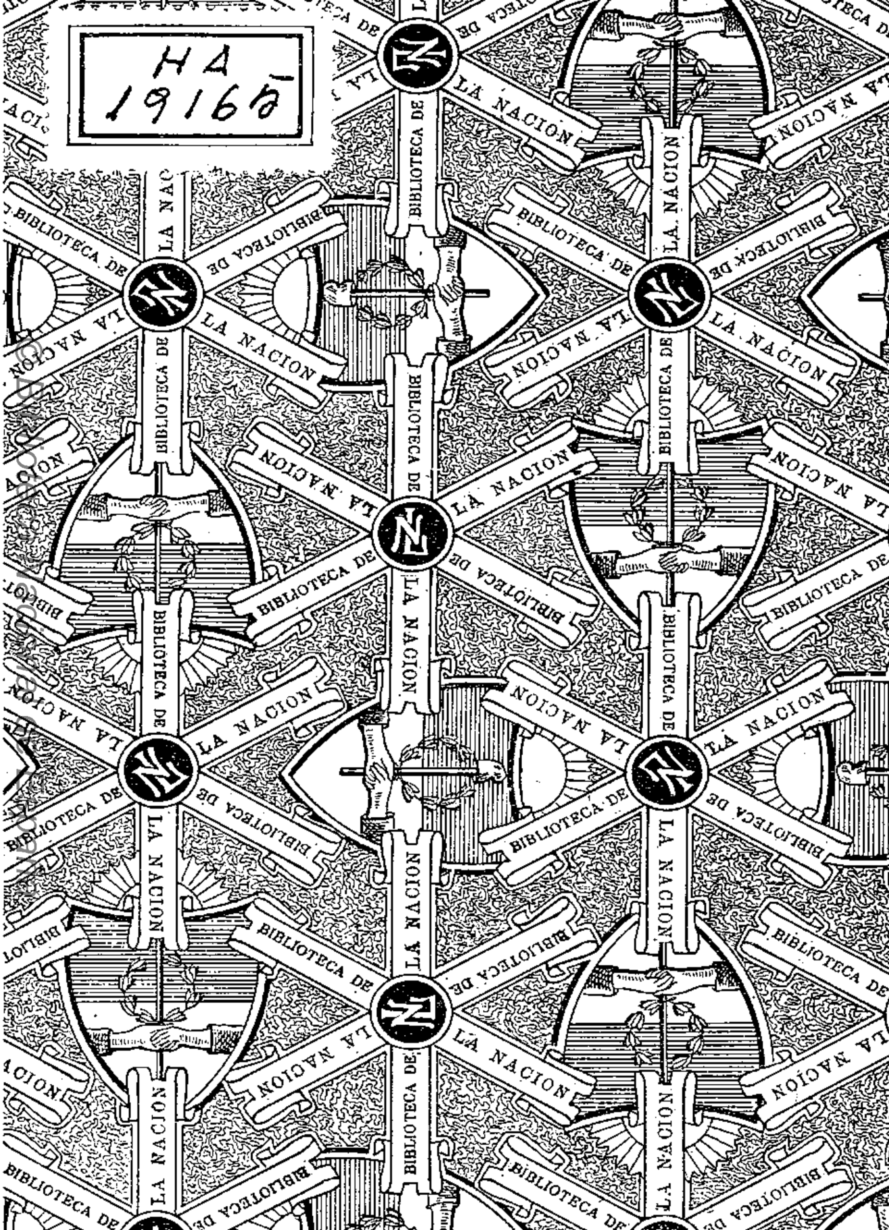
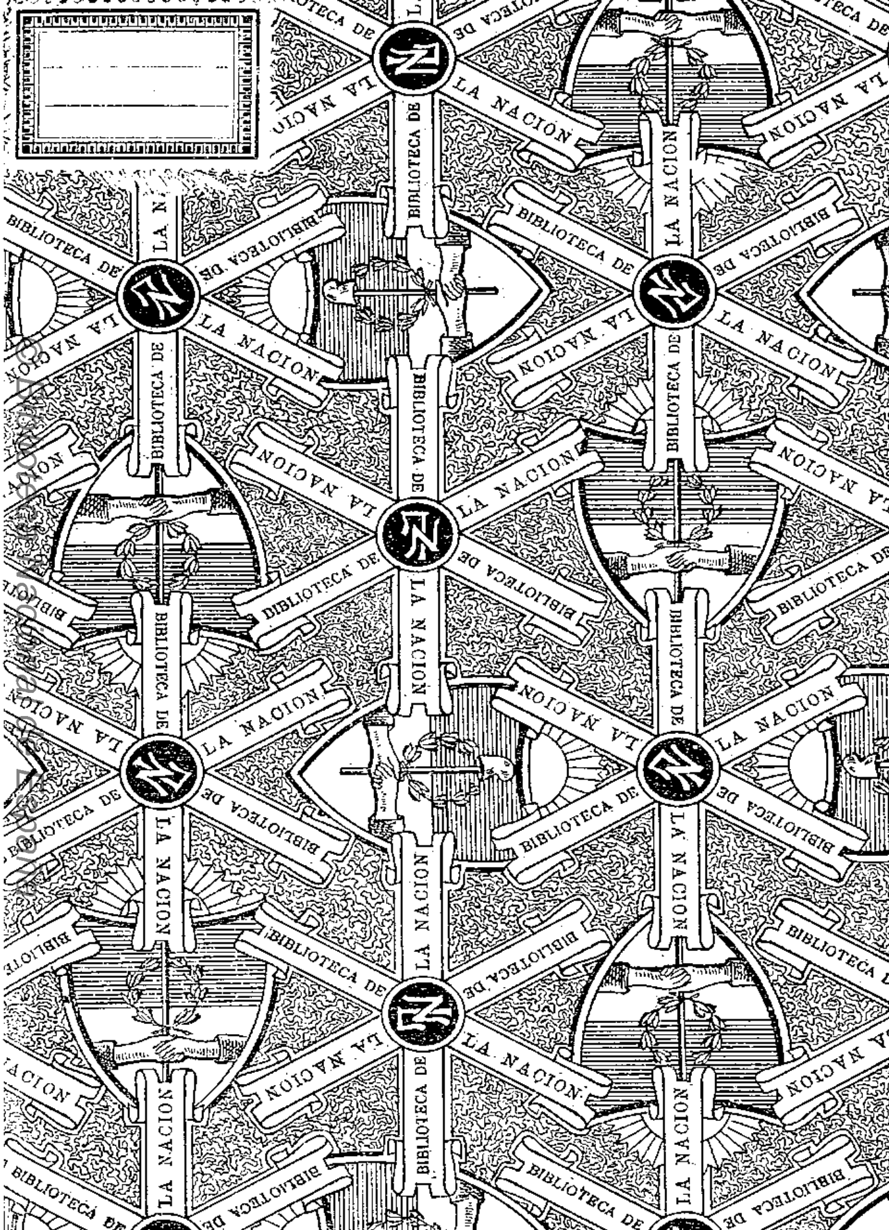

BIBLIOTECA DE "LA NACION"
AMALIA


BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA DE LA NACION

AMALIA

TOMO II

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

JOSÉ MÁRMOL

AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

TOMO II



BUENOS AIRES
1909

INDICE

PÁGS.

AMALIA

VIII

DANIEL BELLO

El joven Daniel entraba en el baile á las doce y media de la noche; pero, antes de seguirlo en él, veamos lo que era y lo que hacía tres horas antes en la casa misteriosa de la calle de Cochabamba, á cuya puerta hemos visto acercarse varios individuos, dar una seña, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Entre el lector con nosotros en esa casa, á las nueve y media de la noche, y encontraremos una reunión de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de doña Marcelina, cuyas ventanas daban á la calle, se había convertido esa noche en campamento general. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habían sido trasladados de la alcoba á la sala. Y todas las sillas de ésta, las del comedor, tres baúles, y un banco que parecía haber tenido el honor, en algún tiempo, de estar colocado en la portería de

algún convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitía el estrecho aposento, convertido improvisamente en sala de recepción para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa de pino con dos velas de sebo, y delante de ella una silla que parecía la presidencia de aquel lugar.

De pie unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunión de hombres ocupaba la sala de doña Marcelina, sin más luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba al través de los pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oído, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba á las ventanas, y con la misma atención paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del cabildo hizo llegar hasta esta reunión misteriosa, la vibración metálica de su campana.

—Son las nueve y media de la noche, señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos á reunirnos.

Al concluir la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró en la sala por la puerta de la habitación contigua.

Un minuto después, el señor don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo á su derecha al señor don Eduardo Belgrano; ocupados los demás asientos por veintiún hombres, de los cuales, el de más edad conta-

ría apenas veintiséis ó veintisiete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta á que pertenecían.

—«Amigos míos—dijo Daniel, paseando sus mi»radas por la reunión,—hemos debido reunirnos »esta noche treinta y cuatro jóvenes; y, sin em»bargo, no estamos aquí sino veintitrés. Pero cua»lesquiera que sean las causas por que nuestros »amigos nos abandonan, no hagamos á ninguno »la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el »menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nom»bres fueron elegidos por mí. Cada uno recibió un »aviso anticipado para concurrir á esta casa en »esta noche, y yo sé bien, señores, quiénes son los »hombres con cuyo honor puede contarse en Bue»nos Aires. Ahora, dos palabras más para inspira»ros la más completa confianza en esta casa. Sor»prendidos en ella por los asesinos del tirano, nues»tra sentencia estaría pronunciada en el acto. Pe»ro, si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la »previsión. Esta casa da sobre la barranca del río. »El agua está á una cuadra de ella, y á su orilla »hay en este momento dos balleneras prontas para »recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldre»mos á la barranca por la ventana de una habita»ción interior que da sobre aquélla; y si aun allí »fuésemos atacados, me parece que veintitrés »hombres, más ó menos bien armados, pueden »llegar sin dificultad hasta la orilla del río. Una »vez en las balleneras, los que quieran volver á la »ciudad tienen algunas leguas de costa donde po»der desembarcarse, y los que quieran emigrar, »tienen las costas orientales á pocos horas de via»je. En la puerta de la calle está mi fiel Fermín. »En la ventana que da á la barranca, está el cria-

»do de Eduardo, de cuya fidelidad tenemos todos »repetidas pruebas; y, últimamente, sobre la azo»tea está una persona de mi más completa con»fianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garan»tía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le »impediría hacer temblar el techo de esta sala con »sus carreras; es un antiguo maestro de casi todos »nosotros, que ignora los que están aquí, pero »que sabe que estoy yo, y esto le basta. ¿Estáis »satisfechos?»

—El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo que haya nadie aquí que, después de haberlo oído, no se crea tan seguro como si se hallase en París—dijo un joven de ojos negros, de fisonomía alegre y cándida, y que, durante hablaba Daniel, se había entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenía al cuello.

—Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé además que soy el responsable de cuanto pueda sucederos. Ahora, vamos al objeto de nuestra reunión.

«Aquí tenéis, señores—prosiguió Daniel sacan»do una cartera llena de papeles,—el primer do»cumento de que quiero hablaros: es una lista de »las personas que en el mes de abril y la primera »quincena de este mayo, han llegado emigradas »de nuestro país á la República Oriental. Repre»sentan un número de ciento sesenta hombres, to»dos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, »pues, con ciento sesenta hombres menos en Bue»nos Aires. Tengo motivos para aseguraros que los »que hacen hoy el negocio de conducir emigrados »á la Banda Oriental, tienen solicitados más de

»trescientos pasajes, y esto después de los asesi-»natos del 4 de mayo.

»Resulta, pues, que para el mes de julio, va-»mos á tener cuatrocientos ó quinientos patriotas »de menos en Buenos Aires, y esto, después que »en los años anteriores de 38 y 39 han salido del »país las dos terceras partes de la juventud.

»Entretanto, oid ahora el estado del ejército »libertador y de las provincias interiores, para po-»der comprender mejor aquel hecho anterior.

»Después de la acción de Don Cristóbal, en que »se ganó la batalla y se perdió la victoria, el ejér-»cito libertador se encuentra en las puntas del »Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe »arrinconado en las Piedras; todo esto, á pocas le-»guas de la Bajada, y todas las probabilidades »parecen estar en favor del general Lavalle, en el »caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, »el paso del Paraná será la consecuencia inmedia-»ta, y la campaña se emprenderá entonces sobre »Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su »ejército vendrán á reorganizarse sobre el Norte »de nuestra provincia, pues tienen para el tránsi-»to de los ríos las embarcaciones bloqueadoras; y »veis entonces que, en uno ú otro caso, la provin-»cia de Buenos Aires está esperando al general »Lavalle.

»En las provincias, la liga se ha extendido como »un incendio. Tucumán y Salta, La Rioja, Cata-»marca y Jujuy, ya no pertenecen al tirano; se »han proclamado contra él, y aprontan sus ejér-»citos. El fraile Aldao no es bastante para sofo-»car la revolución, y Córdoba se plegará al prime-»ro que la amenace. Rosas tenía una esperanza »en Lamadrid; Lamadrid ya no le pertenece.»

—¿Cómo?—preguntaron á la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, menos Eduardo que parecía sumergido en los misterios de su corazón.

—Vais á saberlo, señores; pero, despacio, no alcéis la voz, todavía no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

«He dicho la verdad: el General Lamadrid, co»misionado por Rosas para apoderarse del parque »de Tucumán, ha dejado que la revolución se apo»dere de él, y el 7 de abril se ha puesto sobre su »pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha »pisado la ignominiosa marca de la federación de »Rosas.»

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Silencio, silencio, señores; aquí tenéis este documento, oidlo:

¡LIBERTAD Ó MUERTE!

ORDEN GENERAL DEL 9 DE ABRIL DE 1840

«De orden del Excelentísimo Gobierno se reco»noce por General en jefe de todas las tropas de »línea y milicia de la provincia, al señor coronel »mayor, general don Gregorio Aráoz de Lamadrid, »y por Jefe del estado mayor, al coronel don Loren»zo Lugones, y Jefe de coraceros del Orden, al »coronel don Mariano Acha.»

La explosión del entusiasmo fué espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los brazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila: estaba entusiasmado, esta-

ba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

—«Ya lo veis, señores—continuó con su imper»turbable sangre fría,—en todas partes la revolu»ción se levanta gigantesca, pero esa revolución »tiene un fin; ¿por qué no hemos de creer que la »revolución sea lógica y que vendrá á buscar ese »fin en el lugar en que se esconde? Ese fin es una »cabeza y esa cabeza está en Buenos Aires. Si to»dos los esfuerzos se han de dirigir á ese punto, »¿no es cierto, señores, que debemos cooperar al »triunfo, cuando se aproxime á él?»

—Sí, sí—exclamaron todos los jóvenes.

—«Despacio, señores, despacio. Tengamos lógi»ca antes que entusiasmo. Decís que *sí;* pero he »aquí que el modo como vosotros deseáis cooperar, »es aquel precisamente con el que yo estoy en opo»sición continua.

»He empezado por mostraros el crecido número »de hombres nuestros que han emigrado del país, »y ese número lo veréis aumentar con el vuestro... »oídme, señores:

»Cuando hay que vencer un principio difundi»do en la conciencia de una clase ó de un pueblo, »es necesario batirse con esa clase ó con ese pue»blo, con las armas de la razón ó con el acero.

»Cuando hay que batir á un gobierno, cuya exis»tencia reposa en su poder moral, es necesario en»tonces minar las bases de ese poder, arrebatán»dole su popularidad, bien sea en la tribuna, en »la prensa, ó en los ejércitos. Pero, señores, cuan»do lo que hay que combatir no es un principio, »sino un sistema encarnado en un hombre; no un »influjo moral, sino un poder material que se mue»ve, como una máquina de puñales, al resorte de

»la voluntád de aquel hombre, es necesario, en»tonces, extinguir con el hombre el prestigio, la »máquina y la voluntad.

»Contad los hombres patriotas que han salido »de Buenos Aires; calculad los que habrán de sa»lir en adelante, si no ponemos un dique á ese tor»rrente de emigración, y decidme luego si ese nú»mero de hombres no es suficiente para cooperar »en la ciudad á la revolución que traigan á la pro»vincia las armas del general Lavalle, ó las armas »de la coalición de Cuyo.

»La emigración deja en poder de las mujeres, »de los cobardes y de los mazorqueros, la ciudad »de Buenos Aires, es decir, señores, el punto cén»trico de donde parten los rayos del poder de »Rosas.

»¿Tres ó cuatrocientos hombres aseguran acaso »el triunfo del general Lavalle, alistados en las »filas de su ejército? Pues, bien, señores, tres ó »cuatrocientos hombres de corazón son bastantes »para levantar la ciudad y colgar de los faroles de »las calles á Rosas y su Mazorca el día que los »aturda la noticia de la aproximación de cualquie»ra de los ejércitos libertadores.

»No podemos reconquistar á los que se han ido; »pero á lo menos paremos el curso de esa copiosa »emigración que va á buscar lejos una libertad »que puede encontrarla á su lado, cuando alce su »brazo armado sobre la cabeza del tirano.

»¿Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? »¿Habrá peligros y sangre el día que demos el pri»mer grito de libertad? Pero señores, ¿no hay pe»ligros y sangre en los ejércitos? ¿No hay miseria »y humillación en el destierro?

»Creedme, amigos míos; yo estoy más cerca de

»Rosas que ninguno de vosotros; yo expongo más »que mi vida, porque expongo mi honor á las sos»pechas de mis compatriotas; creedme, pues, que »el peor sistema que la juventud de Buenos Aires »puede adoptar en el deseo que la anima de la li»bertad de su patria, es ausentarse de ella. ¿Se»ría tan desgraciado que no hubiese ninguno de »vosotros que pensase como yo pienso?»

—Esa es mi opinión, esa es mi fe; yo moriré al puñal de la Mazorca antes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es á Rosas á quien debemos buscar el día en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos á todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo—dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunión.

—¿Sois vosotros también de esa misma opinión, amigos míos?—preguntó Daniel.

—Sí, sí, es necesario quedarnos—respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

—Señores—dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio,—no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aún no sé todavía, si de un momento á otro renovaré mi resolución. Os revelo, pues, una contradicción entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una explicación que voy á daros:

»Es cierto que debemos quedarnos; es cierto »que, lejos de abandonar, debemos estrechar cada »vez más un círculo de hierro en derredor de Ro»sas para ahogarlo en el día oportuno á la libertad »argentina. Esta teoría no puede ser, ni más ra-

»cional, ni más conveniente, dicha en general, »aplicada á cualquier otro pueblo de la tierra en »iguales circunstancias que el nuestro. Pero nos»otros los argentinos, señores, representamos una »excepción bien práctica respecto de lo que nos ocu»pa. Vamos á verlo:

»El señor Bello ha dicho que tres ó cuatrocien»tos hombres serían bastantes para concluir con »Rosas en la ciudad. Yo quiero creer que es bas»tante ese número; quiero más: quiero creer que »están en Buenos Aires todavía todos los hombres »de nuestra generación que han emigrado; más »aún, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, »y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemi»gos de Rosas. ¿Pero, sabéis, señores, lo que esta »cifra representa en Buenos Aires? Representa un »hombre.

»Un partido no es poderoso por el número de »sus hombres, sino por la asociación que lo hace »compacto. Un millón de hombres individualiza»dos no valen más, señores, que dos ó tres hom»bres asociados por las ideas, por la voluntad y »por el brazo.

»Estúdiese como se quiera la filosofía de la dic»tadura de Rosas, y se averiguará que la causa »de aquélla está en la individualización de los »ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; »esto es demasiado vulgar para que tenga cabida »en hombres como nosotros: Rosas tiraniza á ca»da familia en su casa, á cada individuo en su apo»sento; y para tal prodigio no necesita, por cierto, »sino un par de docenas de asesinos.

»Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerar»quías; sin prestigio, en ellas, la virtud, la ciencia »y el patriotismo; ignorantes á la vez que vanas,

»susceptibles á la vez que celosas, las sociedades »americanas no tienen entre sí y para sí mismas »otros principios de asociación, que el catolicismo »y la independencia política.

»Sin comprender todavía las ventajas de la aso- »ciación de ningún género, en los partidos políti- »cos es en los que ésta existe menos.

»Un espíritu de indolencia orgánica de raza vie- »ne á complementar la obra de nuestra desorgani- »zación moral, y los hombres nos juntamos, nos »hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos »separamos, nos hacemos traición, ó cuando me- »nos nos olvidamos de volver á juntarnos.

»Sin asociación, sin espíritu de ésta, sin espe- »ranza de poder organizar improvisamente esa pa- »lanca del poder y del progreso europeo que se lla- »ma asociación, ¿con qué contar para la obra que »nos proponemos? ¿con el sentimiento de todos? »¡Ah! señores, ese sentimiento existe hace mu- »chos años en nuestro pueblo, y la Mazorca, sin »embargo, es decir, un centenar de miserables, »nos toma en detalle y hace de nosotros lo que »quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir á mo- »rir en el campo de batalla á morir en mi casa »esperando una revolución que los porteños todos »juntos no podremos efectuar jamás, porque to- »dos no representamos sino el valor de un solo »hombre.

»Entretanto, es una verdad indisputable lo que »ha dicho mi querido amigo: es decir, que sería »más opotuno y eficaz buscar en la persona única »de Rosas el exterminio de la tiranía. Decidme si »es posible establecer la asociación y seré el prime- »ro en desechar toda idea de abandonar el país.»

Un silencio general sucedió á este discurso.

Todos los jóvenes tenían fijos sus ojos en el suelo. Sólo Daniel tenía su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban, una por una, las fisonomías de los jóvenes.

—«Señores—dijo al fin,—mi querido Belgrano »ha hablado por mí en cuanto al espíritu de indi»vidualismo que por desgracia de nuestra patria »ha caracterizado siempre á los argentinos. Pero »los males que ha traído esa falta de nuestra vie»ja educación, es la mejor esperanza de que nos »enmendaremos de ésta, y el incitaros á la asocia»ción, después de iniciaros la necesidad de perma»necer en Buenos Aires, era la segunda parte del »pensamiento que me ha conducido á este lugar. »Habéis convenido conmigo en que debemos es»perar los sucesos en Buenos Aires; justo es con»vengáis también en que, si esos sucesos nos en»cuentran disociados, en bien poca parte les po»dremos ser útiles.

»Además, nos encontramos hoy sobre el cráter »de un volcán, que fermenta, que ruge, y cuya ex»plosión no está lejos.

»Los asesinatos cometidos ya, no son un fin; »son el principio de una cadena de crímenes que, »como los anillos de una serpiente, va á desenvol»ver sus eslabones en torno á la cabeza de todos.

»Rosas, por medio de su *Gaceta* y de sus repre»sentantes, hace muchos meses que está azuzan»do á sus lebreles.

»La embriaguez del crimen ha perturbado ya el »cerebro de nuestros asesinos, y dado á su sangre »la irritación febricitante que es necesaria para el »desbocamiento de los delitos populares.

»Los puñales se aguzan; los brazos se levantan,

»las víctimas están señaladas, y el momento te»rrible se aproxima.

»No es una venganza espontánea; es una com»binación reflexionada para enervar, por medio del »terror, los esfuerzos del espíritu público.

»Bien, pues, si ese momento terrible nos en»cuentra aislados, todos, no lo dudéis, señores, »vamos á ser víctimas de Rosas.

»Unidos, sistematizada nuestra defensa; solida»rios todos para la venganza del primero que cai»ga, ó suspenderemos el brazo de los asesinos ó »provocaremos la revolución, ó podremos emigrar »en masa, cuando se pierda para todos la última es»peranza de exterminar la tiranía, ó por último, »moriremos en las calles de nuestro país habien»do antes dejado una lección honrosa á las genera»ciones futuras.

»Asociados, una vez que tengamos en la provin»cia algunos de nuestros ejércitos libertadores, »que obran en Entre Ríos, ó que se organizan á la »falda de la Cordillera, yo mismo haré cuanto esté »de mi parte por precipitar la hora de la San Bar»tolomé que se prepara. No os alarméis, mis ami»gos; en las revoluciones, toda combinación abor»tada da siempre un resultado contrario. Piensan »degollarnos después de haber aterrorizado nues»tro espíritu por medio de esa sostenida predica»ción de amenazas con que se nos saluda todos »los días desde la tribuna y desde la prensa; y si »yo logro que los puñales se alcen prematuramen»te y que en vez de encontrar un pueblo de indi»viduos atemorizados, se hallen con un pueblo »asociado y fuerte, yo habré entonces preparado »el terror para que obre su influencia sobre el áni-

»mo de los asesinos, en vez de obrarse, como ellos »pensaron, en el ánimo de las víctimas.

»Hay ciertos momentos en que el medio segu»ro, infalible, de hacer fracasar un plan político, »consiste en facilitar rápidamente el espacio en »que quiere desenvolverse. Con su sistema de eco»nomías, el ministro Necker habría conseguido sus»pender la marcha de la Revolución Francesa que »caminaba sordamente; pero el ministro Colonne, »sucesor de Necker, y que quería la revolución del »pueblo contra la aristocracia y contra el clero, »prodigaba el tesoro para los placeres de la corte »irritando más de esta manera el espíritu revolu»cionario del pueblo empobrecido y oprimido, y »facilitando el camino de la revolución.

»Yo que compro con mi sosiego y con mi nom»bre los secretos todos de mis enemigos; yo, que, »palpitando de rabia mi corazón, junto mi mano »con las manos ensangrentadas de los asesinos »de nuestra patria, yo irritaré con mis palabras su »corazón envenenado y los excitaré al crimen cuan»do crea que ese mismo crimen ha de sublevar »contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque »el día, el instante en que la mano de un hombre »de corazón, á la luz del sol, clave su puñal en el »pecho de uno de los asesinos, ese instante, seño»res, será el postrero del tirano; porque los pue»blos oprimidos no necesitan sino un hombre, un »grito, un momento para pasar estrepitosamente »de la esclavitud á la libertad, del marasmo á la »acción.»

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, encendidos como el carmín. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente

Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazón altivo, franco y valiente, tenía apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano.

—«Sí, la asociación—dijo uno de los jóvenes,—»la asociación hoy para defendernos de la Mazor»ca, para esperar la revolución, para colgar á »Rosas.»

—«La asociación mañana—dijo Daniel alzando »por primera vez la voz, y sacudiendo su altiva, »fina é inteligente cabeza:—la asociación maña»na para organizar la sociedad de nuestra patria.

»La asociación en política para darle libertad y »leyes.

»La asociación en el comercio, en la industria, »en la literatura y en la ciencia para darle ilustra»ción y progreso.

»La asociación en todas las doctrinas del cris»tianismo para conquistar la moral y las virtudes »que nos faltan.

»La asociación en todo y siempre para ser fuer»tes, para ser poderosos, para ser europeos en »América.

»La asociación de los individuos y de los pueblos »para estudiar filosófica y prácticamente si esta »República que improvisó la revolución de mayo, »fué una inconveniencia política, hija de las nece»sidades del momento, ó si debe ser un hecho de»finitivo y duradero.

»Asociación de estudio sobre los elementos cons»titutivos del país para alcanzar á saber exacta»mente si no fué un error de la revolución de mayo »excomulgar el principio monárquico, cuando esa »revolución desprendió á estos pueblos del yugo »de hierro que le imponía un rey extraño; para es-

»tudiar, en fin, los efectos por que hemos pasado, »en las causas generales que los han motivado.

»¿Queréis patria, queréis instituciones y liber»tad, vosotros que os llamáis herederos de los re»generadores de un mundo? Pues bien; recordad »que ellos y la América toda, fué una asociación »de hermanos durante la larga guerra de nuestra »independencia, para lidiar con el enemigo común, »y asociaos vosotros para lidiar contra el enemigo »general de nuestra reforma social: ¡la ignoran»cia! contra el instigador de nuestras pasiones sal»vajes: ¡el fanatismo político! contra el generador »de nuestra desunión, de nuestros vicios, de nues»tras pasiones rencorosas, de nuestro espíritu va»nidoso y terco: ¡el escepticismo religioso! Por»que, creedme, nos falta la religión, la virtud y la »ilustración, y no tenemos la civilización, sino sus »vicios.»

Durante ese discurso, Daniel había levantádose poco á poco de su asiento, y como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los jóvenes habían hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del joven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazón.

—«Mirad, señores—dijo Belgrano, paseando sus »ojos por la reunión de sus amigos, y conservando »su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de »Daniel,—mirad mi semblante, está bañado de lá»grimas, y los ojos que las vierten, habían, con la »niñez, perdido su recuerdo. ¿Las adivináis? No. »La sensibilidad de todos vosotros, está conmovi»da por las palabras de mi amigo, y la mía lo está »por el porvenir de nuestra patria. Yo creo en su »regeneración, creo en su grandeza y en su futura »gloria; pero esa asociación que las ha de germinar

»en el Plata, no será, no, la obra de nuestra generación, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen »de la terrible creencia que me domina, de que no »seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en »el Plata la brillante aurora de nuestra libertad »civilizada, porque nos falta para eso naturaleza, »hábitos y educación para formar esa asociación »de hermanos que sólo la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la »generación de nuestros padres.»

—Sí, sí, nos asociaremos—gritaron muchos jóvenes.

—Silencio, Eduardo, silencio, por Dios—dijo Daniel al oído de Eduardo.

—«Sí, amigos míos, nos asociaremos—continuó »Daniel,—y bajo el entusiasmo de esa idea, debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro estatuto. Será sencillo, la expresión de una necesidad »bien simple; poder juntarnos en un cuarto de »hora cuando la defensa ó la iniciación revolucionaria lo requieran.

»Hoy es el 24 de mayo. Separémonos antes que »la luz del 25 sorprenda á tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

»El 15 de junio nos volveremos á reunir en esta »misma casa y á la misma hora.

»Una sola palabra más: ponga cada uno de vosotros sus medios, su influencia toda para evitar »que nuestros amigos emigren; pero, si decididamente lo quieren, que se acerquen á mí; yo respondo de la seguridad en su embarco. Pero sólo »para este caso buscad mi persona. Fuera de él, »huid de mí; censurad mi conducta entre los indiferentes; enturbiad mi nombre con vuestra cen-

»sura, pues llegará el momento en que yo lo puri-
»fique en el crisol de la libertad patria. ¿Estáis sa-
»tisfechos, tenéis en mí una completa confianza?»

Los jóvenes se precipitaron á Daniel y un fuerte abrazo fué la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba á la sala, luego los postigos á la calle, y diez minutos después, no quedaban de los jóvenes de la reunión sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que había tenido lugar la sesión; y allí, de pie junto á la mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron á un personaje que durante la escena anterior lo había oído todo desde el cuarto contiguo al de la reunión, y cuya puerta había estado intencionadamente entreabierta.

—¿Y bien, señor?

—¿Y bien, Daniel?

—¿Está usted satisfecho?

—No.

Eduardo se sonrió y se puso á pasear.

—¿Pero, qué opinión ha formado usted, señor? —preguntó Daniel al nuevo personaje.

—Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo patrio; que todos serían capaces en este momento del más heroico y grande sacrificio; pero que antes del 15 de junio, ya no estarán la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrán olvidado de la asociación.

—Pero, entonces, ¿qué hacer, señor, qué hacer? —exclamó Daniel, dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecía tratár á ese personaje, en cuya

ancha y noble fisonomía estaban dibujados la superioridad y el talento.

—¿Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.

—Pero, ¿y Rosas?—preguntó Daniel.

—Rosas es la expresión ingenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone á nosotros y lo sostiene á él.

—Sin embargo, si conseguimos matarlo...

—¿Quiénes?—preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

—Cualquier hombre de corazón, señor.

—No, Daniel, no; para ser tiranicida, se necesita una de dos cosas, ó una gran venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de éstos no existen en nuestro partido, ó un gran fanatismo republicano, y esto último no existe en nuestro siglo.

—Y entonces ¿qué hacer?

—Trabajar, trabajar siempre; un hombre que se consiga ganar para la libertad y para la civilización, es, al fin, un triunfo, por pequeño que sea. ¿No es así, Belgrano?

—Así es, señor.

—Entonces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis amigos, mis hijos. Dios, á lo menos, os dará el premio que merece la sanidad de vuestra conciencia.

—Vamos, señor—dijeron los dos jóvenes, pasando á la sala con aquel hombre que parecía tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

El mismo dió su brazo á Eduardo, que movía su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermín estaba sentado en la puerta de calle, observando si alguien se aproximaba á la casa.

—¿Ha llegado el coche?—le preguntó Daniel.

—Hace media hora que está en la bocacalle.

El sereno acababa de cantar las once.

A una palabra de Daniel, Fermín marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo, que hacía la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado, se dirigieron á la bocacalle, para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dió en el patio un ligero silbido, y una voz meliflua, resfriada, trémula, le respondió de la azotea:

—Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

—Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro —dijo Daniel, imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo don Cándido Rodríguez.

—Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma...

—Marchemos, señor, que alguien nos espera en el coche.

Y Daniel, arrastrando á don Cándido, salió de la casa de doña Marcelina, cuya puerta cerró Fermín, guardándose la llave. Don Cándido y Daniel subieron al coche, que, luego de saltar Fermín y Manuel á la zaga, se sumergió en la obscurísima calle de Cochabamba, parando quince minutos después en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos, cerca de las once y media de la noche.

IX

PROMESAS DE LA IMAGINACIÓN

—A la plaza Nueva—dijo Daniel á su cochero inglés, que hizo partir los caballos á gran trote, dirigiéndose al lugar indicado para dejar en él á don Cándido, que, como se sabe, vivía á pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados, entraron en la casa de Daniel.

Por la sala de ésta iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochada, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario por uno de baile; que para aquella organización inquieta, para aquella existencia tormentosa, no había en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados á la actividad de su inteligencia y de su corazón.

—Piensa que no puedo seguirte á ese paso—le dijo Eduardo, que sólo con gran dificultad andaba.

—Piensa que son cerca de las doce, y que á esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia en el baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy —le respondió Daniel, entrando en su alcoba y desvistiéndose, mientras Fermín, que adivinaba sus pensamientos, ponía luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

—¡Ah, eres muy feliz, Daniel!—dijo Eduardo, echándose en un sillón y estirando su débil y dolorida pierna, al mismo tiempo que desabrochaba su

levitón, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

—¿Decías, mi querido Eduardo?

—Decía que la Naturaleza ha hecho de ti el ser más original y más feliz, al mismo tiempo.

—¿Crees lo que dices?

—Lo juraría. Tienes una facilidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de ti, y fijarlo á tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma á la intriga política, á los peligrosos acontecimientos del día; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, dominadora tu inteligencia; y dos minutos después de ser el primero en el poder de tu voluntad, y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente de lo más alto de la vida á las vulgaridades de ésta. Sabes de dónde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo, como el más frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir á lucir á un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

—¿Está bien así?—preguntó Daniel, dándose vuelta, dirigiéndose á Eduardo y señalando el lazo de una corbata de batista que acababa de ponerse.

—Véte al diablo—le contestó Eduardo, haciendo un gesto de malísimo humor al oir la burlona contestación de su amigo, acompañada de una gravedad, la más irónica posible.

—Me voy al diablo—dijo Daniel, volviéndose al espejo y continuando su tocado.

—Prosigue, mi querido Eduardo—continuó,—los estudios psicológicos son habitualmente tu

fuerte; pero yo creo que después que concluyas tu discurso, voy á darte apenas la clasificación de *mediano* ...¡Ah, no respondes! pues bien, yo continuaré por ti.

Y Daniel, que concluía su tocado, vino y sentóse al lado de su amigo, apoyando su brazo sobre uno de los del sillón en que estaba.

—No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con más facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa, que una expresión cándida de las leyes eternas de la Naturaleza. Todo, en el orden físico como en el orden moral, es inconstante, transitorio y fugitivo; los contrastes forman lo bello y armónico en todo cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta más esa variedad infinita que reina en el Universo, que en el alma humana. En un día, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazón, la inteligencia y el espíritu, se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, ó el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa, hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fugitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima cae al corazón en medio mismo de la embriaguez de su ventura. De la ocupación más seria se desciende instintivamente á los goces ó á los pasatiempos más frívolos, y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la vulgaridad viene á poner de repente su rasgo

en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza, se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, transparente para los hombres que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres, eternamente graves en la expresión de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hombres mienten, ó su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, ó que los hace de condición mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo; siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Además, Eduardo, yo soy porteño; hijo de esta Buenos Aires, cuyo pueblo es por carácter, el más inconstante y veleidoso de la América; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños, y mitad hombres, condición por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia á la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo. Pero ¿quieres que yo te enseñe á profundizar el corazón humano con una sola mirada, ó á interpretarlo con una sola palabra que pronuncian los labios? ¿Quieres que te pruebe cómo las inteligencias más altas descienden de las ideas más sociales á un sentimiento de individualidad y de egoísmo? Pues bien, en ti mismo tengo el ejemplo.

—¿En mí? — contestó Eduardo volviendo sus ojos á Daniel.

—En ti, Eduardo, en ti. No te ha chocado verme pasar de una ocupación política, grave y difícil, á la compostura de un vestido de baile, no;

lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, no poder tú también venir conmigo.

—¿Yo? Daniel.

—Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunión, y unos minutos después no haces sino sentirte, como cualquier pobre diablo, enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar cómo conquistar la libertad, y estás pensando cómo conquistar el corazón de una mujer. Acabas de echar de menos la civilización en tu patria, y echas de menos los bellísimos ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese ès el hombre, esa es la Naturaleza

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano á sus cabellos.

—Y crees que te hago la mínima inculpación, amigo mío?—prosiguió Daniel,—no. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado á conocer que amabas á mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene á tu corazón y á tu carácter. Ella te ama, ¿qué más puedes desear?

—No, Daniel, no puede ser; ella me compadece solamente.

—No; ella te ama. Tu misma situación dramática ha sido un incentivo para su corazón.

—¿Lo crees? repítemelo, ¿crees que soy amado de Amalia?—preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamás de oir repetir las seguridades de su felicidad.

—Lo creo, y creo más: creo que antes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires: Amalia y tú, Florencia y yo.

—Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazón; este corazón tan rebelde á las vulgaridades de la vida; este corazón que parecía guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos, para alguna mujer privilegiada que yo creía que existía solamente en los sueños de mi imaginación; este corazón la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama á una hermana, con la adoración que se ama á Dios. Mi naturaleza, abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece extenderse en el celeste espacio de la felicidad. Mi sueño es poseerla; vivir á su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del día no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay más allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo, y si fuera un Dios, yo escogería el más radiante de mis astros y le diría: Amalia, reina aquí...

—Bien, mi Eduardo—exclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo,—donde no hay esa exaltación poética del corazón, no hay verdadero amor á los veintisiete años de vida.

—La amo, Daniel—continuó Eduardo casi sin oir las palabras de su amigo,—la amo y quiero ser su esposo; mi corazón, mi vida, mi fortuna, todo es de ella. Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiamos nuestra

primer mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

—Sí, Eduardo, y más que eso todavía; oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso para los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella viviréis tú y Amalia: en la otra, mi Florencia y yo; y cuando necesitemos extraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

—¡Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremos á nuestros hijos, ¿no es verdad? Y olvidaremos esos días pálidos de nuestra juventud: esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia, de la patria y...

—¿Lo ves? ¿no te lo dijé? Eramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginación, y, sin saber cómo, arrojas tú mismo en nuestra copa de néctar esa gota amarga de los recuerdos patrios. ¡Bah! Dejemos esto—dijo Daniel levantándose y mirando el reloj,—van á dar las doce, Eduardo.

—Bien, anda.

—Amalia no ha de querer estar sino hora y media ó dos horas en el baile.

—¿Y para qué más? Mira: no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

—Bien, ¿qué más?

—Cuando salga, dále tú el brazo hasta el coche.

—Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

—Pero tienes dos brazos.

—Sea enhorabuena, ¿qué más?

—Después del baile llevarás á Florencia hasta su casa, ¿no es cierto?

—A no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

—Bien, á las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado á ésta, nos cambiaremos: tú pasarás á tu coche, y yo subiré en el de Amalia para acompañarla á Barracas.

—¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haría el honor de cenar conmigo.

—¡Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el día juntos en Barracas. ¿Me perdonas?

—A condición de una cosa.

—La que quieras.

—Que mañana te dejarás estar en cama todo el día.

—¡Diablo! ¿Y qué quieres que haga en la cama, después de haber pasado en ella veinte días eternos?

—Calmar la irritación que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco; hace doce horas que andas caminando en un pie; y un amante así, es lo más ridículo posible—dijo Daniel, sonriendo.

—Sí, pero es que... no se me conoce—contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratando de poner muy derecha su pierna izquierda.

—¡Oh, mundo! ¡Oh, mundo!—exclamó Daniel echando al aire una bendición.

—¡Véte al diablo!—dijo Eduardo, arrellanándose en el sillón.

—No; me voy al baile; y lo primero que haré, será bailar en tu nombre con... ¿quieres que sea con doña María Josefa?

—Estás de un humor insoportable, Daniel.

—¡Ah! entonces será con Amalia. ¿Te parece bien?

Eduardo extendió la mano, y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

—Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el salón, y Daniel subió á su coche, cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en dirección á la plaza de ese nombre.

X

DONDE CONTINÚAN LAS ESCENAS DEL BAILE

Daniel entraba en los salones del baile á las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia paseaba los salones y Daniel se dirigió á su prima, sentada al lado de aquella «intransigible» señora, que parecía saber de memoria la biografía de cuantos allí estaban.

La señora de N... contestó algo fría al saludo de Daniel, y éste tomó la mano de Amalia, la dió su brazo, y le dijo, paseándola por la sala:

—¿Has conversado mucho con esa señora?

—No. Pero ella ha hablado desmedidamente.

—¿Sabes quién es?

—Es la señora de N...

—No; es el marido de la señora de N...

—¿Cómo?

—Digo que en ese matrimonio están invertidos los sexos, ella es él, y él es ella.

—En cuanto á la mitad, no tengo duda.

—Es la unitaria más intransigente; la porteña más altiva que creo ha existido jamás. Algo muy picante te decía al entrar yo, pues que te reías tanto.

—Sí, me refería que la señora de Rolón invita á sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.

—¡Oh!

—¿No es cierto?

—No, no, Amalia; son invenciones de las unitarias cuya imaginación está irritada. No tienen otras armas que el ridículo; y se valen de ellas á las mil maravillas. La señora de Rolón es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazón siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca á los desgraciados. Pero á otra cosa: ¿hace mucho tiempo que has llegado?

—Veinte minutos, apenas.

—¿Te han presentado á Manuela?

—No.

—¿A Agustina?

—Tampoco. No conozco á nadie—dijo Amalia, con toda candidez.

—¡Válgame Dios! Y Florencia, ¿qué ha hecho?

—Bailar.

—¡Ah, bailar!

—Aún no se había sentado, y ya estaba en baile, y ahora...

—Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.

—¿Quién es el que la acompaña?

—Es un amigo mío, pero vén, allí está Manuela, voy á presentarte á ella.

—Dime; ¿tengo que gritar ¡Viva la Federación! al saludarla?—preguntó Amalia mirando á su primo con una sonrisa la más picante del mundo.

—Manuela es lo único bueno de toda la familia de los Rosas; quizá lleguen á hacerla mala, pero la Naturaleza la ha hecho excelente—dijo Daniel al oído de su prima, y cuando estaban ya á cuatro pasos de la hija del dictador argentino.

—Mi prima, la señora Sáenz de Olabarrieta, quiere tener la satisfacción de ofrecer á usted sus respetos, señorita—dijo Daniel á Manuela dándole la mano y haciéndole una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento á su lado.

Daniel pidió permiso á Amalia para dejarla un instante, y fué á buscar á su Florencia perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

—¿Sabe usted, señorita, donde podré hallar á la señorita Florencia Dupasquier?—preguntó Daniel á la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

—Allí—respondió Florencia señalando un grande espejo donde se reproducía en ese momento su preciosa figura.

—¡Ah! mil gracias, pero está tan lejos, que me veo privado, á pesar mío, de invitarla para lo primero que se baile.

—Es una felicidad, caballero, porque esa señorita está comprometida. ¿No es verdad, señor?—preguntó Florencia dirigiéndose á su compañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel.

—¿Y puedo saber quién es el feliz caballero que acompaña á usted?

—¿A usted?

—Á la señorita Florencia.

—Un servidor de usted—dijo otro joven que se aproximaba á los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habían asistido á la reunión secreta pocas horas antes.

—¡Ah! está visto, es una verdadera conspiración contra mí—dijo Daniel paseando, encantado, sus miradas por el rostro y por el talle de su novia.

—Usted lo ha dicho—dijo Florencia.

—Está bien, yo buscaré algo que se asemeje á la señorita Florencia—le contestó Daniel haciéndole un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que quería decir en cada uno: «estoy contento,» y volvió adonde estaba Amalia en sostenida conversación con la señorita Manuela Rosas.

Por predispuesto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella joven, su amabilidad y sencillez habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y generoso. Manuela á su vez, impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuación, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubría en ella, dejó arrastrar fácilmente sus simpatías hacia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento había sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban á Rosas, apareciendo á los ojos de las mu-

jeres, como frívolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y á los ojos de los hombres como un joven que preparaba su inteligencia para ser útil algún día á la santa causa de la Federación.

Una y otra, pues, conversaban con interés, si no con amistad, cuando Daniel se llegó á su prima, y el coronel don Mariano Maza á la señorita Manuela, á tiempo también que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la *Gaceta* y comandante de serenos don Nicolás Mariño.

Un vals empezaba.

El coronel Maza presentó su mano á la hija de su gobernador, y ésta la aceptó y levantóse en el acto: estaba comprometida para ese vals.

El redactor de la *Gaceta* quiso imitar la pantomima de Maza: estiró la mano hacia Amalia balbuciendo algunas palabras.

Daniel, sin hablar una sola, tomó de la mano á su prima, la levantó, y dándose vuelta hacia Mariño, que permanecía con la mano estirada, le dijo con la sonrisa más diplomática del mundo:

—Está comprometida, señor Mariño.

Y como el anuncio no tenía contestación, el redactor se quedó en su puesto mientras los primos se colocaban entre las parejas del vals.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo: Florencia y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia eran, más bien que dos mujeres, dos ángeles que volaban rozando la tierra con sus alas.

Florencia radiante, animada.

Amalia tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra sostenidas en el brazo de su compa-

ñero, no pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.

Las miradas de todos las seguían, se perdían con ellas en los giros fugitivos del vals, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pie delicado y flexible en que se apoyaban aquellos céfiros de amor, que pasaban junto á todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, asidas al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salón, tan tranquilas, como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenía pintadas de rosa sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar.

Florencia estaba bellísima.

Amalia divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salón, y á pocos instantes, Manuela, del brazo de Agustina, se acercó á Amalia.

Daniel permanecía de pie delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó á Agustina, quien con los labios se dirigía á Amalia y con los ojos á la hermosa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y mientras Manuela entretenía la conversación con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta á Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes, etc.

Amalia estaba aturdida de la candidez de la be-

lla porteña, y de cuando en cuando, con los ojos interrogaba á Daniel sobre la especie de señora que tenía á su lado. Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

—Yo quiero que seamos muy amigas—le dijo Agustina después de haberle preguntado si sabía dónde encontraría, para comprarla, una perla semejante á la que tenía en su cabeza.

—Será para mí un grande honor, señora, disfrutar de la amistad de usted—le contestó Amalia.

—Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasión—prosiguió Agustina,—y ya había pensado ir á casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy franca con mis amigas. Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene, ¿no es verdad?

—Con el mayor placer.

—Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si no hubiera sido por Florencia, no hubiera tenido hoy un vestido con que venir al baile. Ahora sólo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí, ¿no es verdad?

—¡Ah, sin duda!

—Pues eso mismo le digo yo á Mansilla todos los días; ¡pero qué! ¡si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fué usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

—Sí, señora, es cierto.

—¡Oh, qué felicidad!

La conversación siguió, poco más ó menos, sobre los asuntos que hacían en esa época el mundo,

el paraíso de Agustina. Daniel iba á tomar parte en la conversación para darle otro giro, cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una señora alta y gorda y blanca, que eran nada menos que el señor Rivera, doctor en medicina y cirugía y su esposa doña Mercedes Rosas, hermana también de Su Excelencia el Gobernador.

No lucía tanto en esa señora el vestido de raso color sangre que traía puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes zarcillos de topacio, ni los hilos de coral que llevaba al cuello, como lucían, sobre el blanquísimo cutis de su rostro, unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con más esplendidez en la redonda y turgente barba.

Esta señora, cuya vocación eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia, paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un vaso de agua de la fuente Hipocrene, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmann; es decir, que la buena señora del médico Rivera, tenía la cara roja y no rosada, y que por los carrillos, que habrían dado envidia al mejor guardián del buen economista San Francisco, caían en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienes, bajaban como rocío á humedecer los redondos y blanquísimos hombros.

—¡Ché! te he andado buscando por todas partes—le dijo á su hermana Agustina.

—Bien, ya me has hallado; ¿qué quieres?

—Sudando estoy, mujer; vamos á la mesa.

—¿Ya?

—Sí, ya; ¿cómo está usted, señor Bello?

—Señora, estoy á los pies de usted.

—¿Y qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? enamorando á todas; ¿esta es su prima?

—Sí, señora; la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y tengo el honor de presentársela á usted.

—Me alegro mucho de conocer á usted—dijo doña Mercedes dando la mano á Amalia, que se había puesto de pie á la presentación de Daniel.—Yo tendré mucho gusto en que usted me trate—continuó.—No espere que Bello la lleve á mi casa, vaya no más á comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá á buscar, porque yo no soy tan celosa como él; éste es mi marido, Rivera, el médico Rivera; ¿no lo conocía usted?

—No tenía ese honor, señora.

—Sí, mucho honor; ¡si usted supiera lo que es! no me deja ni respirar; en su cara se lo digo para que se avergüence; ¿lo oyes?

—Lo oigo, Mercedes; pero estás embromando.

—¡Sinvergüenza! Conque ya sabe; cuando quiera se va no más como á su casa.

Amalia no sabía qué contestar. Estaba aturdida, perdida. No había ni imaginádose que existieran personas semejantes en el mundo, y mucho menos que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas ,tan originalmente cándida, era el mejor y más inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Mazá, que parecía el caballero de Manuela en esa noche, se presentó á invitarla para llevarla á la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Ponerse de pie Manuela y levantarse todo el mundo, fué obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban á servir de satélites al astro radiante de la Federación de 1840. Cada una quería acercársele y marchar junto á ella para colocarse á su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, ó se dejaban estar en su asiento, ó se separaban lo más posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas á uno de sus amigos; se acercó, le habló dos palabras al oído, y el joven presentó su brazo á Amalia, mientras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y las galerías, cuando la señora de N..., conducida por un caballero joven, se acercó á Amalia y le dijo al oído:

—La felicito á usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

—Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo. Pero hay una cosa grave.

—¿Una cosa grave?—dijó Amalia, parándose y sintiendo un fuerte latido en su corazón, porque allí lo que no la asustaba la inquietaba.

—Sí.

—¿Y cuál?

—Mariño está en el asunto.

—¿Aquel hombre de los ojos?...

—Aquel hombre de los ojos.

—Pues bien, ¿qué hay?

—¿Qué hay?

—Sí.

—Que la sigue á usted con las miradas en to-

das partes, que la devora á usted y que acaba de decir á un amigo mío que ha de ser usted suya, ó que el diablo se lo ha de llevar.

—¡Ah! Entonces, felicitémonos, señora, y vamos á la mesa—dijo Amalia, volviendo á tomar el brazo de su compañero.

—No, no, despacio—dijo la señora de N... ;—usted no sabe, mi querida, qué hombre es ese.

—¡Ese hombre! Ese hombre es un loco y nada más, señora—contestó Amalia, haciendo un imperceptible movimiento de hombros y saludando con una graciosísima sonrisa á la señora de N...

Daniel estaba en ascuas por la demora de Amalia, reservándole en la mesa una silla al lado de Florencia y temiendo por momentos que lá ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró en el comedor cuando aún no había sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él: Daniel y su amigo permanecieron tras de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel Erézcano, había determinado ciertos asientos en la mesa, según el rango de ciertas personas que allí estaban. Los demás asientos se ocuparon por las señoras indistintamente.

XI

ESCENAS DE LA MESA

La señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa; á su izquierda estaba el señor ministro de Hacienda, don Manuel Insiarte, y á su

derecha el señor ministro de S. M. B., caballero Mandeville, que poco antes había dejado en su casa á Su Excelencia el señor Gobernador, después de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebración del natalicio de S. M. la Reina Victoria, igualmente que al señor ministro Arana, que después del banquete hubo retirádose á su casa algo incomodado del estómago.

En seguida del señor Mandeville estaba doña Mercedes Rosas de Rivera, y frente á ella su hermana Agustina, teniendo á su izquierda al señor Picolet de Hermillón: cónsul general de Cerdeña; seguían después todas las principales señoras de aquella reunión federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época y conservándose los demás caballeros, unos de pie tras las sillas de las señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente á la señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el general Mansilla.

Un silencio, apenas interrumpido por el ruido de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunión, y ponía en conflicto á la parte más crecida de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. ¡Era de ver la pantomima de aquellas señoras esposas de los heroicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado á su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal, que parecía entre los dedos el fiel de una celosa balanza, pronto á inclinarse al más ligero accidente. El pedacito de ave ó de pastel era llevado á los labios con la misma delicadeza

con que una persona de buen gusto lleva á las narices una delicada «flor del aire», y los indecisos labios lo tomaban tiernamente, después que los ojos habían girado á derecha é izquierda para ver si alguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para eso en una mesa.

Todos los preceptos del Catón eran allí, escrupulosamente cumplidos; el cubierto siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se había servido; esperando todos que alguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los convidados hablaba una palabra.

Había allí, sin embargo, una dama que comía más libremente que las otras; y era la señora esposa de don Antonio Bíaz, personaje célebre de la emigración oriental que acompañó á Buenos Aires al expresidente Oribe. Esta señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenía en comer medio budín, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que había saboreado para quitar de sus labios el gusto salado que habían dejado en ellos dos ó tres rebanadas de jamón, con que la señora quiso neutralizar el gusto á manteca que había dejado en su boca un plato de mayones con que había empezado á preparar su apetito.

Los coroneles Salomón, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Torres, García, González Peña; los diputados Garrigós y Baláustegui, eran de los personajes más notables que servían de caballeros federales á las damas de la mesa. Pero los coroneles, y el comandante especialmente, maldecían con toda buena fe al maestro de ceremonias, Erézcano, que los había coloca-

do en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomón sudaba; Santa Coloma se retorcía el bigote, y Crespo tosía.

El general Mansilla que mejor que nadie conocía la ridiculez de aquel silencio y de aquella tirantez aldeánica, se fué de repente á fondo sobre el flanco de sus federales amigos.

—Bomba, señores—dijo levantándose con una copa en la mano y con esa gracia y safaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del Congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pie.

—«Brindo, señores—dijo Mansilla,—por el pri»mer hombre de nuestro siglo, por el que ha de »aniquilar para siempre el bando de los salvajes »unitarios; por el que ha de hacer que la Francia »se ponga de rodillas delante del Gobierno de la »Confederación argentina; por el ínclito héroe del »desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes, »brigadier don Juan Manuel Rosas; y brindo tam»bién, señores, por su digna hija que en tal día »como este vino al mundo para honor y gloria de »la América.»

Las palabras del general Mansilla fueron la mecha, y el pulmón de los ilustres convidados; fué el cañón que dió salida á la detonación de su fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantez, se acabó la aldea; y comenzaron el bullicio, la elasticidad y la bacanal.

—«Bomba, señores—gritó el diputado Garrigós, »poniéndose de pie con la copa en la mano.—Be»bamos—dijo,—por el héroe americano que está enseñando á la Europa que para nada necesita»mos de ella, como ha dicho muy bien hace muy

»pocos días en nuestra sala de representantes el »dignísimo federal Anchorena; bebamos porque »la Europa aprenda á conocernos, y sepa que »quien ha vencido en toda la América los ejércitos »y las logias de los salvajes unitarios, vendidos al »oro inmundo de los franceses, puede desde aquí »hacer temblar á los viejos y carcomidos tronos »de la Europa. Bebamos también por su ilustre »hija, segunda heroína de la Confederación, la »señorita doña Manuelita Rosas y Ezcurra.»

Si el brindis del general Mansilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del caballero Mandeville, después de esa amable y lisonjera salutación á la Europa y al trono.

—«Bomba, señores—dijo el presidente de la »Sociedad Popular, después de haber visto las se»ñas que le hacía su consultor Daniel Bello, que »se hallaba frente á él tras las sillas de Florencia »y Amalia.

—»Brindo, señores—dijo Salomón,—porque »nuestro ilustre Restaurador de las leyes viva to»da la vida, para que no muera nunca la federa»ción, ni la América, y para que... y para que... »en fin, señores, viva el ilustre Restaurador de »las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y »mueran los salvajes unitarios, y todos los grin»gos y carcamanes del mundo.»

Todos aplaudieron federalmente la improvisación de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como también el cónsul sardo, no pudieron menos de admirar la espon-

taneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenían.

Sólo había una persona que nada comprendía de cuanto allí pasaba; ó dicho de otro modo: que no comprendía que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba: y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvían á cada momento hacia Daniel, y sus miradas, esas miradas de Amalia que parecían tocar los objetos y descansar sobre ellos, lo preguntaban con demasiada elocuencia: «¿dónde estoy, que gente es »ésta; esto es Buenos Aires, ésta es la culta ciu»dad de la República Argentina?» Daniel le contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le era tan familiar: «después hablaremos.»

Amalia se volvía á Florencia algunas veces, y sólo encontraba en la picaruela cara de la joven la expresión de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia más alentada que antes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes habían llevado á sus labios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacía seña á Salomón, que acababa de hacerlas también á Santa Coloma, que aplaudía con sus miradas á Garrigós, que se sonreía con Manuela, que le enviaba una flor á Agustina, un dulce á Mercedes, etc., Daniel, decíamos, echó vino en las copas de Amalia y de su Florencia, inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito:

—Es preciso beber.

—¿Yo?—le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que

hubieran podido despertar los celos de Catalina de Médicis, si esa interrogación hubiera sido hecha en un salón del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, ó más propiamente dicho, en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florencia se tomó por él ese trabajo.

—Usted, sí, señora, usted beberá, y beberá conmigo—le dijo Florencia.—Solamente que, cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos... pero, mire usted, Amalia, Manuela hace á usted señas.

En efecto, Manuela hizo á Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto, fué contestado con no menos buen tono por la bellísima tucumana.

—«Señores—dijo el comandante y redactor Ma»riño, que de cuando en cuando giraba sus obli»cuas miradas hacia Amalia:—¡por el grande hé»roe de la América, por su inmortal hija, por la »muerte de todos los salvajes unitarios, sean grin»gos ó nacionales, y por las bellas de la República »Argentina!» y los ojos de Mariño dieron media vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oir. Los generales Rolón y Pinedo consiguieron después de grandes esfuerzos hacer entender sus brindis. El coronel Crespo tuvo que ponerse sobre su silla para llamar la atención sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomón, dominó de repente la algazara y dijo:

—Señores, me manda decir la ilustre hermana de Su Excelencia nuestro padre, la señora doña Mercedes, que pida un momento de silencio al

entusiasmo federal, porque va á leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirigieron á la poetisa.

La Safo federal daba un papel á su marido colocado á sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistía á tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oído, pero que parecía ser terrible, furibunda, espantosa, como diría el señor don Cándido Rodríguez, tenía lugar entre aquellos cónyuges modelo de contraste.

El desamparado papel pasó por fin á las manos de un criado, y de éstas á las del general Mansilla con un recado de la autora.

El general desdobló el papel; lo leyó primeramente para sí mismo, y luego, y con toda la socarronería tan natural en su espíritu burlón y travieso, se puso de pie con semblante grave, y con el tono más magistral del mundo, leyó en medio de un profundísimo silencio:

SONETO

Brillante el sol sobre el alto cielo
Ilumina con sus rayos el suelo,
Y descubriéndose de sus sudarios
Grita el suelo: ¡qué mueran los salvajes unitarios!
Llena de horror, y de terrible espanto
Tiembla la tierra de polo á polo,
Pero el buen federal se levanta solo
Y la patria se alegra y consuela su llanto.
Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes
Podrán imponernos férreas leyes,
Y donde quiera que haya federales
Temblarán en sus tumbas sepulcrales
Los enemigos de la santa causa,
Que no ha de tener nunca tregua ni pausa.

MERCEDES ROSAS DE RIVERA

La lectura de estos versos originó una sensación en los concurrentes, poco común en los banquetes; dió origen á un temblor general; los unos, como Salomón y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo; los otros como Mansilla, como Torres, como Daniel, etc., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento, de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron á llevar sus pañuelos á la boca.

Los brindis se sucedieron luego: todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los señores Mandeville y Picolet bebieron también á la salud de Su Excelencia el Gobernador y de su joven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo, llegó también el de la suntuosa cena del 24 de mayo de 1840.

Las señoras volvieron á los salones del baile, y mientras la música y los jóvenes las recibían alegres, y mientras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela, etc., fueron sacadas en el acto para unas cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastas brindis federales, los heroicos defensores de la santa causa, que no había de tener tregua ni pausa, según el último verso del soneto de doña Mercedes Rosas de Rivera.

Fué entonces cuando el entusiasmo subió á sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta energía á la expresión de ciertas pasiones en cier-

tas gentes, como el buen vino, el ruido de las copas y los brindis.

Fué entonces también cuando se vertió una idea cuya expresión, sencilla y reducida á sus términos más precisos, hizo resaltar el fondo de aquélla, y que se grabase con acero en la imaginación de los concurrentes: esa idea fué de Daniel.

Este joven, después de haber conducido á Amalia y á Florencia al salón, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y tranquilo, imponente podemos decir, se colocó en una cabecera de la mesa en medio del general Mansilla y del coronel Salomón, tomó una copa y dijo:

—«Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la América, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.»

Nadie había tenido el valor de definir y expresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban; y, como sucede siempre cuando alguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo labio no se presta comúnmente á darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiración de todos, cuya aprobación se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedieron al brindis de aquel joven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables

ante la susceptible aunque santa federación, por el hecho de ser ciudadanos de un país con cuyo gobierno estaba en cuestión el héroe esclarecido de aquella época de subversión y sangre, de salvajismo y vandalismo.

El mismo general Mansilla no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el brindis de aquel joven, y en los secretos de su pensamiento admiró la locura de aquella alma á quien las doctrinas de la época habían extraviado tanto y tan temprano.

¡Providencia divina! Daniel que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel que, en efecto habría dado los mejores años de su vida porque su sanguinario deseo se cumpliese en alguno de los inocentes extranjeros que residían en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre más puro de aquella reunión, y el hombre más europeo que había en ella. Pero él quería buscar en esas gotas de sangre la ocasión de que la Francia, la Europa entera, descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la federación, para contener de este modo el río de lágrimas y sangre que veía pronto á desbordarse sobre toda una sociedad cristiana é inocente; era la aplicación de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible, ley de la filosofía y de la moral, que autoriza el sacrificio de los menos para la conservación de los más: era un holocausto de intereses individuales en aras de la salvación general, lo que buscaba aquel joven consagrado con toda su conciencia á la liberación de su patria, y á reivindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto á costa de su nombre, á costa de su porvenir quizá; arrostrando



el odio de los hombres honrados, y la admiración de los malvados, que es todavía peor que aquello para los hombres de virtud y de corazón. Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salón y dijo á su prima:

—Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

—No es nada—le contestó el joven,—acabo de jugar mi nombre á la salud de mi patria.

—Vamos, Florencia—prosiguió Daniel dirigiéndose á su amada, que en aquel momento se acercaba á Amalia.

XII

DESPUÉS DEL BAILE

Durante Daniel estaba en la mesa, la señora doña Agustina Rosas de Mansilla de nuevo había establecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demás de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no había separádose de ella sin prometerle muchas visitas, esperando—decía,—que su íntima amiga la señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no había hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad le

ofreciera el momento de estrechar su relación con ella.

Algunos minutos después que Amalia, Florencia y Daniel habían salido del baile, el coche paraba á la puerta de la casa de madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar á Florencia, á cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto á otro en la misma calle de la Reconquista. De este último bajó Eduardo Belgrano á tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió á su coche, que era aquél en que Eduardo había estado esperándolo, y éste fué á ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de ésta, cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empedrada calle de la Reconquista en dirección á Barracas.

Mientras el coche descendía lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la República con el Imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de su habitual residencia. Amalia refería á Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habían presentado á sus ojos, las vacilaciones en que se había encontrado su espíritu; y la violencia que se había hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se había encontrado entre gentes y ocurrencias tan ajenas á sus gustos y á su educación.

Tal era el asunto de la conversación de los dos jóvenes, y ya el carruaje se aproximaba á la ca-

pilla de Santa Lucía para tomar la calle Larga, cuando cerca del ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fué alcanzado por tres jinetes que, á todo correr de sus caballos, habían bajado la barranca del general Brown y seguido la misma dirección que traía el coche.

La intención de estos hombres se hizo bien manifiesta desde el momento; dos de ellos flanquearon los caballos del coche y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda á los que dirigía.

El otro de aquéllos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitación de la carrera, dijo:

—Somos gente de paz, señora; yo sé que va usted perfectamente acompañada con el señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado á correr tras el carruaje para tener el honor de ofrecer á usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres á caballo que estaban junto á los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traía guardada entre el cañón de una pistola de caballería que hizo su buen papel en media docena de ciertos dramas que se representaran veinte años antes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto á tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que llegase á sus manos, con un grueso bastón de tala que provisoramente había colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas había pasado á

sus manos desde el momento en que se paró el coche.

Eduardo no tenía más armas que un pequeño puñal en el bastón en que se apoyaba al andar.

El individuo que había hablado, estaba cubierto con un poncho obscuro, y vuelto hacia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que había hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinación admirable, que las hace comprender entre un millón de hombres, cuál es aquél en que han hecho impresión con su belleza; y en las circunstancias más difíciles y más extrañas, una mujer sabe al momento adivinar si ella hace parte allí y de dónde ó de quién podrá surgir el misterio que los demás no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oído de Eduardo y le dijo:

—Es Mariño.

—¡Mariño!—exclamó Eduardo.

—Sí, Mariño... es un loco.

—No; es un pícaro... Señor—dijo Eduardo alzando la voz,—esta señora va perfectamente acompañada, y suplico á usted tenga la bondad de retirarse y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

—No es usted á quien yo me he dirigido, señor Bello.

—Aquí no hay nadie de ese nombre; aquí no hay más que...

—¡Silencio, por Dios! Señor—continuó Amalia dirigiéndose á Mariño,—doy á usted las gracias

por su atención, pero repito las palabras de este caballero, y suplico á usted quiera tener la bondad de retirarse.

—Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar—dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos del coche para abrir la puerta;—pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo supremo lo volvió á su asiento.

—Me parece que ese señor está poco habituado á tratar con caballeros—dijo Mariño.

—Caballeros que paran los carruajes á media noche, bien pueden ser tratados como ladrones. Pedro, adelante—gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron á pararlos, sin nueva orden del que parecía comandarlos, cuando Pedro dió un latigazo á los caballos, muy dispuesto á hacer uso de su pistola si alguien continuaba estorbando la marcha del carruaje de su señora.

El comandante Mariño, pues no era otro que él, picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo á su lado á gran galope, pudo hacer oir de Amalia estas palabras:

—Sepa usted, señora, que no he querido hacer á usted ningún mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras, Mariño suspendió su caballo y volvió á la ciudad por la barranca de Balcarce, mientras Amalia, cinco minutos después, entraba en su salón del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

En el gabinete contiguo al salón, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida esta-

ba sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la joven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos días de mayo, sobre el que tanto se había precipitado el invierno de 1840.

A un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en la alcoba de Amalia, sobre la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastrinos de la joven, la capa de terciopelo azul que los cubría, y quedóse extasiado largo rato contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesión él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo día.

¿Qué mujer no se envanece de descubrir la admiración que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazón?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplación de Eduardo el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo á Eduardo las escenas más notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: había referídole las miradas de Mariño y las palabras de él que le había transmitido la señora de N... Eduardo entonces dió otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba haber dejado irse á Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecía.

Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza

y en su espíritu, había pasado también por las manos de la naturaleza femenil, y poseía, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad exclusiva para volver el contentamiento al corazón de los hombres, mientras que poseen la virtud del Leteo para hacerles olvidar los sucesos ó las ideas que quieren; y diez minutos después, Eduardo no se acordaba de Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el Universo, habían desaparecido de su memoria, absortas toda la acción y toda la sensibilidad de su alma, en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si alguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormía tranquila á dos pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habría comprendido entonces todo lo que hay de bello, de sentimental y de divino en ese amor del alma que sólo sienten los corazones nobles, y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los Cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la Naturaleza y los deberes de la religión y la moral, entre las impresiones de la organización física y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo más fuerte de la impresión de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence á sí mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

—¡Sí, soy feliz!—exclamó Amalia después de un momento de éxtasis en que sus ojos habían estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

—¡Amalia! ¡si yo hubiera perdido por usted los más bellos años de mi vida; si yo hubiera derramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serían la corona de mi felicidad y de mi gloria!—exclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

—¡Sí, soy feliz! ¿por qué negarlo?—prosiguió Amalia.—Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mía la Naturaleza. La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma á la libertad y á la independencia de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillación ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande ó noble en la Naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comúnmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana, tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es más que un mal, es una verdadera desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entonces quise aislarme de mi patria. Para vivir menos desgraciada, he vivido sola después que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y... tranquila solamente. Me faltaba algo... sí, algo.

—¿Y bien?

—Hoy, ya no pido á Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazón sin más ambición que la que hoy siento.

—Amalia, ídolo angelical de mi alma; sí, es necesario mentar á Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo origen; se han hallado, se han conocido y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por obra de una inspiración de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad suprema. Amalia, serás mía, mía para siempre, ¿no es verdad?

—Sí, sí; con el alma, con el pensamiento en todos los instantes de mi vida... pero, ¡nada más por Dios!—exclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

—¡Amalia!

—No, no, jamás... perdón, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo... no hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El genio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquéllos que se identifican en mi suerte... he perdido á cuantos me han amado... hay en mis sueños una especie de voz profética, un alarido de predestinación terrible, que ha sacudido mi pobre corazón cada vez que he llegado á imaginar una felicidad futura en mi existencia. Por compasión, Eduardo... yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambición de mi alma; no más, pues... separémonos, lleve

usted consigo el regalo del primer amor que he sentido en mi vida, y después... después olvídeme. Yo conservaré estas horas, todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo original hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver á contemplarlo en el Cielo. Pero no más que esto, Eduardo. Yo sé, tengo fija, encarnada en la vida, la idea de que mi amor se convierte en lágrimas y desgracias, y es porque yo lo amo, porque quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazón.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; había algo de inspiración celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

—Amalia—le respondió Eduardo,—ya no hay amor en mi corazón: hay la adoración que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoración que tiene un corazón como el mío por todo lo que es grande y sublime en la naturaleza. A la mujer á quien creía feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazón; á la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazón y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre mi cabeza: moriré á tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el Cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazón á mi memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazón para amarte, un brazo para defenderte, una vida á la consagración de tu ventura, he ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

—No, jamás.

Eduardo, en efecto, hizo la acción de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la joven sintió el calor de los abrasados labios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y generalmente mentidos de las personas de su sexo en tales casos; recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo, oprimió su mano fuertemente entre las suyas, lo miró tiernamente, y fué tranquila, en apariencia, á despertar á la pequeña Luisa.

El amor había recibido el beso, el deber ponía fin á aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su exquisita elección.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su señora, Eduardo extendió su mano de despedida á Amalia. Ella entonces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que había llevado al baile y se la presentó á Eduardo.

Un minuto después, su mirada estaba fija aún en la puerta por donde había retirádose el primer hombre que había llamado á la que guarda los secretos afectos en el corazón de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró en su alcoba á velar las recordaciones de esa noche á la luz dulce y poética de su alma enamorada.

PARTE TERCERA

I

EN MONTEVIDEO

El lector tendrá que acompañarnos esta vez á un paseo de pocas horas á la parte septentrional del Plata, siguiendo con nosotros á uno de los actores principales de nuestra historia; y después volvemos á tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos días del mes de julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran río, sacudido pocas horas antes por las poderosas alas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceabán dentro del ancho puerto de Montevideo, imitando un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El cerro, ese cíclope que vigila la más joven de las hijas de América, parecía esa noche, á la cla-

ridad de la luna, levantar más alta que nunca su cabeza jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pie de esa infinita montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida á esas palomas del Mar del Sur que, arrebatadas por el viento de las costas de Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una, ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose á la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algún buque, ó las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pequeño bajel, que tenía la audacia de surcar las ondas de ese río que desafía al mar en los días que da curso libre á sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una ballenera de Buenos Aires; embarcaciones que hacían diariamente el contrabando durante el bloqueo francés en aquel puerto.

Esta pequeña embarcación descubierta, sólo traía cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos á cazar la gran vela tirriana que la hacía volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timón, cubierto con un capote de barragán y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda, envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con visera. El primero sólo movía sus ojos de la vela á la onda, y de la onda á la vela; el segundo no los separaba de un solo pun-

to: hacía media hora qúe estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba á sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del Mar Pacífico, sobre la cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo, contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y más que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba á sus playas, el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas de la libertad argentina que de allí surgían, fomentadas por la acción incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese laboratorio vasto y prolijo de oposición á Rosas, en ese Montevideo en donde, sólo con dejar hacer, la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresas sorprendentes, y amontonádose cuanto elemento parecía suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginación humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres á medida que los ve de lejos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo, en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del pequeño bajel.

—«Se han hecho fuertes, porque se han aso-

ciado—decía entre sí mismo.—Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones lo protegen, y el comercio ó la industria le abren sus copiosos canales al momento: y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal á su paz, á su libertad y á su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo común: y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso, formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas disensiones.» Y pensando así, los vivísimos ojos de ese hombre, cuya fisonomía, joven é inteligente, estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecían querer penetrar al través de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse en el examen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuía su imaginación, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

—¿Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto?—preguntó al hombre de capote de barragán, mirando su reloj que apuntaba las nueve y media de la noche.

—No, señor don Daniel—contestó con una franca acentuación inglesa el hombre á quien había llamado Douglas,—vamos á desembarcar un poco á la derecha de aquella fortaleza.

—¿Qué fortaleza es ésta?

—El fuerte de San José.

—¿Hay próximo á ella algún muelle?

—No, señor; pero hay un desembarcadero que se llama Baño de los Padres, donde atracan los botes de las estaciones de guerra, y donde podre-

mos desembarcar sin mojarnos, porque la marea está muy alta.

Cinco minutos después, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, rociada á menudo por las aguas del río, seguía á Mr. Douglas, quien después de haber dado algunas órdenes á los marineros, dijo á Daniel:

—Por aquí, señor, tomando al Sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

A dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, se paró Mr. Douglas en la primera puerta, á la mano derecha, y dijo á Daniel:

—Esta es la casa, señor.

—Bien, irá usted á esperarme en la fonda; ¿cómo me dijo usted?

—La fonda del Vapor.

—Bien, me esperará usted en la fonda del Vapor. Tome usted una habitación para mí, por si tenemos que pasar la noche.

—Pero, ¿cómo se irá usted solo? Usted no sabe las calles.

—De aquí me conducirán.

—¿No será bueno preguntar si está la persona á quien usted viene á ver, antes de retirarme yo?

—No hay necesidad, si no está, esperaré; puede usted retirarse.

Mr. Douglas se retiró en efecto; Daniel dió dos fuertes aldabazos, y preguntó al criado que salió á abrir:

—¿Está en casa el señor Bouchet de Martigny?

—Está, señor—contestó el criado, mirando á Daniel de pies á cabeza.

—Entonces, entréguele usted esto ahora mis-

mo—dijo—dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo, no sabiendo si cerrar ó dejar abierta la puerta de la calle, porque Daniel al abrir su levitón y sacar del chaleco la media tarjeta que iba á servir de seña, había puesto de manifiesto á los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traía en su cintura, pasaporte con que quince horas antes se había embarcado en Buenos Aires.

El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y algunos segundos después volvió, con mucha atención, á decir á Daniel que pasase adelante.

II

CONFERENCIAS

Daniel dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas, en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó á la sala donde el señor Martigny, al lado de la chimenea, leía algunos periódicos.

Los ojos del agente francés, joven aún y de una fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y expresiva de Daniel, pálida y ojerosa entonces, y no pudo menos de revelar cierta sorpresa que no pasó inadvertida á Daniel: éste quiso entonces dar su primer golpe sobre el espíritu del señor Martigny, y al cambiar con él un apretón de manos, le dijo en perfecto

francés, sonriéndose y mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes.

—Os sorprendéis, señor, de hallar tan joven á vuestro viejo corresponsal, ¿no es así?

—Pero esa sorpresa cede el lugar á la que me causa vuestra penetración, señor... perdonad que no os dé vuestro nombre: pues que para mí es un misterio aún.

—Que dejará de serlo en el momento, señor: las cartas podían comprometerme; las palabras fiadas á vuestra circunspección, de ningún modo: mi nombre es Daniel Bello.

El señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto á la chimenea.

—Os esperaba con impaciencia, señor Bello, después de vuestra carta del 20, que he recibido el 21.

—El 20 os pedía una conferencia para el 23, y hoy estamos á 23 de julio, señor Martigny.

—Guardáis en todo una exactitud admirable.

—Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, señor; porque de lo contrario, suelen perderse las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos; os prometí estar el 23 en Montevideo, y héme aquí; debo estar en Buenos Aires el 25 á las doce de la noche, y estaré.

—¿Y bien, señor Bello?

—Y bien, señor Martigny: la batalla se ha perdido.

—¡Oh, no!

—¿Lo dudáis?—preguntó Daniel un poco admirado.

—No tenemos todavía detalles oficiales: pero,

según algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

—¿Entonces creéis que ha sido ganada por el general Lavalle?

—Tampoco; creo que se ha derramado sangre inútilmente para los combatientes.

—Os equivocáis, señor—dijo Daniel con una entonación de voz tan grave y tan segura, que no pudo menos que intrigar fuertemente el espíritu del señor Martigny.

—Pero vos, señor, no podéis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del general Rosas.

—Olvidáis, señor Martigny, que hace un año os suministro á vos, y como debéis saberlo, á la comisión argentina y á la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no sólo sobre la situación de Buenos Aires, sino sobre los actos más reservados del gabinete de Rosas. Olvidáis esto, señor, cuando creéis que yo haya recogido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudéis; la batalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el ejército libertador. El parte del general Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo á mi servicio en el ejército de Rosas.

—¿Traéis el parte, señor?—preguntó el señor Martigny algo perplejo.

—Helo aquí, señor—y Daniel le entregó un papel, que el agente francés desdobló sin precipitación, y que leyó, de pie, junto á la chimenea.

«¡ Viva la Federación !

»*El General en Jefe del Ejército unido de operaciones de la Confederación Argentina—*

«Cuartel General en las Puntas del Sauce Grande, Julio 16 de 1840, Año 31 de la Libertad, 26 de la Federación Entrerriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina.

«*Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República.*

«Dueños del campo de batalla por segunda vez »después de un combate de dos horas, en que los »bravos defensores de la Independencia Nacional »han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infa»mes esclavos del oro extranjero, tengo la satis»facción de comunicar á V. E. tan pausible acon»tecimiento, y congratularle por los inmensos resul»tados que debe producir.

»Habiendo empleado el enemigo el día de ayer »en un furioso pero inútil cañoneo, que fué vigo»rosamente contestado, se resolvió al fin hoy, á la »una de la tarde, á traernos el ataque. Para este »fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi »toda su caballería, mientras que su artillería »asestaba sus fuegos, pero no impunemente, al »centro de la línea, por cuyo motivo el choque de »nuestros escuadrones tuvo lugar á retaguardia »de la posición que ocupábamos. Allí fueron acu»chilladas esas ponderadas legiones de los traido-

»res: quedando tendidos más de seiscientos, en»tre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se »les hicieron veintiséis prisioneros, incluso un ca»pitán. Se dispersaron unos hacia el Norte bus»cando la selva de Montiel, y otros en varias di»recciones hasta donde permitía perseguirlos el »estado de nuestros caballos.

»Entretanto, nuestra artillería no estaba ocio»sa, repeliendo con éxito los tiros de la enemiga, »y nuestros batallones aguardaban con impertur»bable serenidad, la aproximación de los contra»rios que venían haciendo fuego, para descargar »sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que, »acobardados los infames correntinos que escapa»ron con vida, se entregaron á la fuga antes de »llegar á la bayoneta, arrojando las armas. Ya me »fueron presentados más de cien fusiles.

»Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan »de sesenta individuos fuera de combate, muertos »y heridos. Sólo me resta asegurar á V. E. que »los señores generales, jefes, oficiales y tropa, se »han conducido con bizarría, y espero completar, »en breve, la destrucción de los restos del enemi»go, para recomendarlos como merecen al aprecio »de sus compatriotas y de todos los amigos de la »independencia americana.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—PASCUAL »ECHAGÜE.

»Adición.—En la batalla nos presentó el ene»migo una fuerza de extranjeros, que acompañó á »los traidores correntinos á la ignominiosa fuga »en que se pusieron.—ECHAGÜE.—*José Francis»co Benites*, secretario militar.»

—En ese parte—dijo Daniel, luego que el señor

Martigny hubo acabado su lectura,—hay todas las exageraciones y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad: que la batalla ha sido perdida por el general Lavalle. Sin embargo, las cartas recibidas...

—Perdón, señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires á Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras: he venido en la persuasión de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder entonces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podría hacerse aún.

—Y bien, ¿qué podría hacerse, señor Bello?—contestó el señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla.

—¿Qué podría hacerse? os lo diré, señor, pero tened presente que no es de la pobre cabeza de un joven de donde salen las ideas que vais á oir, sino de la situación misma, de los hechos que hablan siempre con más elocuencia que los hombres.

—Hablad, señor, hablad—dijo el agente francés, seducido por la palabra firme, y por la fisonomía de aquel joven, radiante de inteligencia.

—Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las más fuertes de ellas pertenecen á la revolución. En el litoral, Corrientes y Entre Ríos, levantan también las armas de la libertad. El Estado Oriental se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia extendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de

Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien: ¿en todo ese tiempo se ha progresado, ó se ha retrogradado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino común á la República, al Estado Oriental y á la Francia? En los puertos y costas de la provincia, el bloqueo francés se ha limitado á lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el Océano. En las provincias del interior la revolución no ha marchado adelante, y toda revolución que se detiene en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la República, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos á Corrientes y Entre Ríos, hoy no tenemos sino á la primera, en peligro de ser dominada más tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, lejos de adelantar. El por qué de este mal es muy sencillo; porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas no ha sido dirigido aún sobre Buenos Aires; es allí, señor Martingny, donde está la resistencia, y es allí donde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores una retirada no es una derrota. Y si el general Lavalle pasase el Paraná, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en día y hora convenidos atacase la ciudad por la parte del campo, al mismo tiempo que una división oriental, en que entrase toda la emigración argentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro, Rosas entonces, ó tendría que embarcarse ó entregarse á los invasores, porque la ciudad no podría ofrecer sino una

débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en López y en Aldao: el poder de Rosas es Rosas mismo: la República es Buenos Aires: deshagámonos de Rosas; tomemos posesión de la ciudad, y no hay guerra, señor Martigny, ó si la hay, será insignificante y por corto tiempo.

—Bien, señor; raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinión que vos, sobre la invasión de Buenos Aires.

—¿Ya?

—Desde antes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El señor Martigny se aproximó á una mesa, y de una papelera de tafilete verde tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo:

—Ved aquí, señor, un extracto de carta del general Lavalle comunicada al señor Petión, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el señor Carril.

«Que su posición puede llegar á ser muy crítica. Que los soldados del enemigo son de una »fidelidad inconcebible hacia Rosas; que lo sufren »todo; y que no hay que contar con una defec»ción. Que, por consecuencia, el ejército de Echa»güe, que es tan fuerte en número como el suyo, »es bastante para ocuparlo: pero que á retaguar»dia suya se forma otro ejército temiendo quedar, »de un momento á otro, entre las operaciones de »ambos. Que por esto solicita saber del señor Pe»tión si sus buques podrán transportarlo con dos »mil hombres á la otra costa.»

—Y bien—dijo Daniel,—si esa era la opinión

del general Lavalle antes de la batalla, mucho más lo será después de ésta. ¿Cree usted que sería fácil combinar la operación simultánea de que he hablado?

—No sólo no es fácil, sino que es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, señor, imposible. Lo que acabo de leeros, la opinión del general, se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es más enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinión como una traición de Lavalle á compromisos que ellos mismos inventan, pues que el verdadero compromiso de todos es operar en sentido de la ruina de Rosas. El general Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la República Argentina, no sólo no consentiría que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en combinación con Lavalle, sino que pondría obstáculos á la sola invasión de éste, si en su mano estuviera.

—¡Pero están locos, señor!

El señor Martigny se encogió de hombros.

—¡Pero están locos!—continuó Daniel.—¿No sabe el general Rivera que en esta cuestión se juega la vida de su país más que la de la República?

—Sí, lo sabe.

—¿Y entonces?

—¡Entonces! Eso es menos grave para el general Rivera que un triunfo del general Lavalle sobre Rosas. Es una escisión espantosa, señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigración argentina. Explotan las susceptibilidades de ese General, lo irritan y lo exasperan sus amigos; oid este fragmento

de carta de un joven de gran talento pero muy apasionado en esta cuestión; es una carta al general Rivera:

«Aquí estamos agobiados, y en cierto modo ti»ranizados, por una reunión de hombres entre los »que hay algunos orientales que toleran y autori»zan el descrédito del país en cambio de ensalzar »á los «honrados caballeros» que pisan la fe de »los tratados y se ocupan en infames seducciones »y en desleales manejos. Esto no es exageración, »General, nosotros vemos que aquí, el que puede »hacerlo, de todo se ocupa, menos del crédito y »de los intereses del país.

»Nosotros vemos aquí que los agentes france»ses no oyen más que á los argentinos alborotado»res como... etc., y que de nuestra parte no hay »nadie que haga ni la tentativa de defenderlo á »usted. En fin, General, lo vemos todo, menos lo »que deseáramos. Los que se «irán á vivir á Bue»nos Aires» son los que dan el tono y la direc»ción.»

—Vos lo veis—continuó el señor Martigny,—los intereses generales, lejos de estar asociados en estos países, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fracción. La Francia, á su vez, se prepara á desentenderse de esta cuestión; las instrucciones que me sirven de regla, tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del señor Thiers, me la desvanece la situación de la Francia, que presta toda su atención á la cuestión de Oriente, al mismo tiempo que la guerra de Africa la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

—¿Pero quién manda en Montevideo, señor?—preguntó el joven.

—Rivera.

—Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña; hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

—No; manda Rivera.

—¿Y la asamblea?

—No hay asamblea.

—¿Pero hay pueblo?

—No hay pueblo; los pueblos no tienen voz todavía en la América; hay Rivera, nada más que Rivera. Hay algunos hombres de talento, como Vázquez, Muñoz, etc., y hay muchas inferioridades que rodean al general Rivera, y hostilizan á aquéllos porque son amigos de los porteños.

El telón de un escenario nuevo se levantaba á los ojos de Daniel. Por su cabeza jamás había pasado ni una sombra de las realidades que le refería el señor Martigny. El, cuyo sueño de oro era la asociación política, como la asociación en todo; él, que hacía poco creía que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la guerra á Rosas; él, que creía llegar á una ciudad donde los intereses del pueblo tenían voz más poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debía conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas, que aquélla que le inspiraban los últimos esfuerzos que haría el ejército que mandaba el general Lavalle, destinado á convertirse en una cruzada de héroes ó de mártires.

—Bien, señor—dijo Daniel;—yo soy hombre

que jamás pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos: el general Rivera no quiere marchar de acuerdo con el general Lavalle; no se podrá conseguir que se efectúe una operación combinada sobre Buenos Aires; una batalla se ha perdido; la opinión del general Lavalle es de invadir la provincia de Buenos Aires; ¿no son éstos los hechos?

—Verdaderamente.

—Entonces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del general Lavalle para persuadirlo á que invada Buenos Aires por el punto más próximo á la ciudad; que marche sobre ésta inmediatamente; que no se distraiga en la provincia sino el tiempo necesario para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida ó la muerte de la patria: la reacción será operada por la audacia misma de la empresa; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, á ser de los primeros que salgan á las calles á abrir paso á las tropas libertadoras, ó á apoderarse del parque, de la fortaleza, ó de la plaza que se indique.

—Sois un valiente, señor Bello—dijo el señor Martigny apretando la mano de Daniel,—pero vos sabéis que mi posición oficial me impone una circunspección tal en estos momentos indecisos, que para una operación así, sólo podría dar mi opinión privada al general Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer más que esto: hablaré con algunas personas de la comisión argentina, y si, como ya lo creo, la batalla se ha perdido y el general Lavalle se decide á invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinión las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

—Eso es todo, señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder; en ella están todas las cuestiones pendientes de la actualidad; no hay que equivocarse: Buenos Aires es la República Argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota: subamos un día al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El señor Martigny iba á responder, cuando un criado entró en la sala y dijo:

—Los señores Agüero y Varela.

—Que pasen adelante—contestó el señor Martigny.

—Me retiro, señor—dijo Daniel.

—No, no, al contrario, os quedaréis.

—Una palabra ante todo.

—Hablad.

—Yo no conozco de estos caballeros sino el talento; ¿conocéis vos su circunspección?

—Yo respondo de ella.

—Entonces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo respondo de la seguridad que me dais—dijo Daniel poniéndose de pie junto á la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad del agente francés, con la cortesía que encerraron sus últimas palabras.

III

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Por la primera vez de su vida, Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo, al ver entrar en la sala del señor Martigny á aquellos dos personajes, cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la República desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno, como hombre de Estado, el otro, como literato; el uno encarnación viva del partido unitario; el otro, término medio entre el partido unitario y la nueva generación, que ni era federal ni unitaria, y á la que Daniel pertenecía por su edad y por sus principios.

La tradición popular por una parte, que siempre agranda á los hombres y las cosas á medida que los años pasan; el espíritu de partido por otra parte; la desgracia, en fin, que había echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Heras, organizado en la presidencia, ilustrado y altivo en el congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar, pero no sostener; todo esto contribuía á que los nombres célebres de ese partido circulasen entre la juventud á que pertenecía Daniel, con una superabundancia de exageraciones que hacía reir á los federales viejos, y que hería la imagina-

ción de los jóvenes, siempre dispuestos á creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que éstas glorifican la patria, y heroifican á los que murieron por ella en el cadalso y en las batallas, ó sufrieron la desgracia santa de la proscripción, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así los nombres de los viejos emigrados de 1829, entre los que figuraban en primera línea los Varela, los Agüero, eran los favoritos de la admiración y del respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habían hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, según la opinión popular, llegado el día de la regeneración argentina.

La legislación, la literatura, la política, todo tenía sus representantes legítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creían los jóvenes que de la boca de aquéllos no se desprendía una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, ó en literatura, ó en ciencia; todos deseaban conocer de cerca á esos varones monumentales de la ilustración argentina, y todos temían, sin embargo, el caso de tener que habérselas con ellos en cualquier asunto que hiciese relación á los intereses de su país, ó más bien, todos temían tener que pronunciar una palabra delante de ellos; tan persuadidos estaban de su indisputable suficiencia. Tales eran las creencias populares de la juventud argentina en la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte é inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar fácilmente por aquel torrente de opinión: sin embargo, más

ó menos, él estaba seducido como los demás, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresión nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara á cara por la primera vez de su vida, con el señor don Julián Agüero, ministro del señor Rivadavia, y con el señor don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso é ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida ojeada á los dos personajes que se le presentaban.

El señor Agüero era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía, dura y encapotada, sus ojos se escondían bajo las salientes, pobladas y canas cejas que los cubrían, y uno de ellos especialmente, por defecto orgánico, quedaba más oculto que el otro bajo su espeso pabellón; de allí, sin embargo, despedían una mirada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venían á juntarse sobre la frente algunos cabellos blancos como la nieve, que cubrían un poco la parte superior, completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona del señor Agüero, que entró en la sala del señor de Martigny caminando un poco inclinado hacia la derecha como era su costumbre, vistiendo una levita color pasa, abotonada, corbata y guantes negros, con un pequeño bastón en la mano izquierda, que no le servía de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el señor Varela, se presentó

á la mirada de Daniel como el tipo contrario del señor Agüero: alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca: una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la expresión ingenua del semblante respondía por la lealtad de esa sonrisa; ojos pequeños, pero vivísimos é inteligentes; una frente poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello obscuro y lacio que caía sobre unas sienes descarnadas, y que más revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del señor Varela, que entró en la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacía más elegante, sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dió la Naturaleza.

—Señores—les dijo el señor Martigny, después de saludarlos cordialmente,—voy á tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y á quien, sin embargo, no habíamos visto nunca.

El señor Agüero y Varela miraron á Daniel.

—Es un compatriota vuestro—dijo el señor Martigny.

Daniel y los recién llegados se hicieron un saludo. El señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El señor Varela, por el contrario, parecía felicitar la llegada de Daniel con su expresiva sonrisa, y dijo:

—¿Y podremos saber el nombre de este caballero?

—Poco adelantaríais con eso—continuó el señor Martigny,—pero os daré mucha luz pregun-

tándoos si no habéis visto nunca una escritura de esta forma.

Y el señor Martigny tomó una carta de su papelera y se la presentó al señor Varela.

—¡Ah!—exclamó éste, pasando una mirada vivísima de la carta á la fisonomía de Daniel.

—El señor es nuestro amigo corresponsal—prosiguió el señor Martigny,—que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El señor Varela dejó la carta, y sin hablar una palabra, se fué á Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho. Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenía apenas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes más pálidos que de costumbre: cada uno había creído estrechar la patria contra su corazón.

El señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel y fué á sentarse, con su tranquilidad y serenidad habituales, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

—¿Ha sido usted perseguido?—preguntó á Daniel el señor Varela.

—Felizmente no, y más que nunca estoy garantido actualmente de toda persecución en Buenos Aires.

—¿Pero usted ha emigrado?—continuó Varela, mirando sorprendido á Daniel, en tanto que el señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenía en la mano.

—No, señor, no he emigrado; he venido á Montevideo por algunas horas solamente.

—¿Y se vuelve usted?

—Mañana sin falta.



—El señor Varela miró á monsieur Martigny, quien comprendió la mirada y le dijo:

—No comprendéis, señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo explicaré: hace tres días que recibí una carta de este caballero, anunciándome que hoy llegaría á Montevideo á tener conmigo una conferencia, y que se volvería luego; me pedía una seña para hacerse conocer de mí; le mandé la mitad de una carta de visita; ha cumplido su palabra; hace una hora que estamos juntos, y mañana parte; ved ahí todo. Cuando habéis llegado, no he creído deber ocultaros este suceso, porque conozco vuestra circunspección, y para daros una prueba del concepto que de ella tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Después de esta noche, todos debemos olvidar este nombre por algún tiempo.

—Señor Bello—dijo Varela,—hace mucho tiempo que os admiramos; habéis hecho grandes servicios á nuestro país en la comunicación continua y segura que sostenéis con los que trabajan por su libertad; pero el interés que me inspiráis, me autoriza para deciros que corréis grandísimo peligro en volver á Buenos Aires después de haber salido de allí aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un gesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía, que equivalen á veces á un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicaz del señor Varela comprendió que el joven le decía:

—No me cuido de mí, no hablemos de mí.

—Y bien ¿qué hay? ¿qué hay? ¿Continúan las persecuciones? ¿Ha habido nuevas víctimas?—preguntó Varela.

—Sí, señor—respondió Daniel.

El señor Agüero volvió sus ojos á Daniel, le miró un instante y los volvió á fijar en el fuego de la chimenea.

—¿Y quiénes son, señor Bello?

—Tened la bondad de leer esta lista—dijo Daniel entregando un papel al señor Varela.

Este leyó:

Nombres de los individuos que han sido presos en la semana anterior.

«P. Bernal, M. Sarratea, L. Martínez, S. Mo»lina, S. Maza, Galazada, C. Codorac, Cornet, »doctor Tagle, F. Elías, S. M. Achábal, F. Pico, »R. Lista, S. Raya, M. Pineda, D. Pita, S. Al»varez, Viedma, S. Borches, S. M. Pizarro, C. »Grimaco, S. Hesse (inglés), Chapeaurouge (ham»burgués). Dos sobrinos del difunto Villafañe. A »un fraile dominico se le llevó amarrado á la cár»cel por haber dicho que el guardián de su con»vento era un tirano como Rosas.»

—¿Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones?—preguntó el señor Agüero, luego que el señor Varela hubo acabado de leer la lista.

—Se habla algo de agio—respondió Daniel,—pero el señor Viñales no era agiotista—continuó.

—¿Viñales?

—Sí, señor Varela; el anciano don Martín Viñales, antiguo alcalde de la hermandad de Lobos, ha sido fusilado en Buenos Aires el día 15 del corriente, sin decirse por qué, pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crimen las tenéis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de mayo, porque desde esa fecha, señores, no lo dudéis, ha comenzado para nuestro país la época

que alguna vez se llamará del Terror; sigue su curso á medida que los acontecimientos políticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen á Rosas.

—Luego, ¿está apurado?—preguntó Varela.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos en el aire con su bastón.

Aquella afirmativa no se le escapó á Daniel, y dijo:

—No, señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido. He llegado á comprender por vuestros periódicos que estáis persuadidos de que Rosas hará mayor el número de sus víctimas á medida que sea mayor el peligro que lo amenace, y debo deciros que estáis equivocados.

El señor Agüero miró á Daniel: la palabra «equivocados» le sentó mal. El señor Martigny admiraba cada vez más en Daniel el tono de firme convicción con que expresaba sus ideas.

—Pero no es concebible que los triunfos irriten á un hombre—dijo el señor Varela.

—Exactamente; pero si á Rosas no lo irritan los triunfos, tampoco lo irritan los reveses de su fortuna; es inirritable, señor Varela. Su dictadura es reflexiva; sus golpes todos son calculados; no calcula matar á este ó al otro hombre, pero calcula cuándo es necesario que corra sangre, y entonces le es indiferente la clase ó el nombre de la víctima. Bajo este sistema recordad su conducta después de tres años y hallaréis que durante el peligro jamás exaspera á los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de

solidificación, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Así lo encontraréis antes y después de la revolución del Sur, antes y después de lo más crítico de la cuestión francesa; y así lo encontraréis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará, si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algún derecho, á medida que de cuando en cuando conquiste alguna ventaja en su situación.

Y á medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organización nerviosa, ese pedernal que, á semejanza del coronel Dorrego, la discusión era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidez que pocos momentos antes lo había descompuesto algo, y entraba á paso de carrera á reconquistar en la discusión la energía de su espíritu y la lucidez de sus ideas.

—Pero sucede lo contrario de lo que decís, señor Bello— dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacía olvidar frecuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

—¿Lo contrario?

—Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso á tocar los hierros de la chimenea con la punta de su bastón. Varela, uno de los hombres á quién más quería, acababa, según él,

de tronchar por su base el discurso de ese joven que se atrevía á pensar de diferente modo del que pensaban el señor Agüero, y el señor Varela; porque unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto á esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

—¿Conque decís que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

—Claro está—contestó Varela.

—Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabáis de saber, en la tarde del día 19, en cuanto á las prisiones, es decir, seis horas después de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

—Pero venís en error; Rosas ha perdido la batalla.

—¿Conocéis el parte, señor Varela?—dijo monsieur Martigny.

—¿El parte publicado por Rosas?

—Sí.

—Precisamente veníamos á hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

—¿Y tenéis algún documento que le desmienta?

—Lea, lea usted—dijo el señor Agüero volviendo hacia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela.

Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita y dijo dirigiéndose á M. Martigny.

—¿Conocéis el parte?

—Lo acabo de leer.

—Oíd entonces si puede haber una demostración más acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la comisión.

Daniel y M. Martigny pusieron su espíritu en la más seria atención.

El señor Varela leyó:

«*Dueño del campo de batalla:* esto sólo se dice »cuando la batalla es en campo raso y no cuando »uno es atacado en su propio campo, como Echa»güe confiesa que lo ha sido él. ¿No sería ridículo »que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha »quedado dueño del campo de batalla, dada en la »misma plaza? Por segunda vez. Eso recuerda la »primera, don Cristóbal. Entonces dijo Echagüe »que había vencido y que iba en su persecución. »Ahora, á los noventa y cinco días, salimos con »que está en el Sauce, esto es, á tres leguas de su »capital, habiendo de consiguiente, retrocedido »después de don Cristóbal; y con que el derrotado »y perseguido Lavalle ha ido y lo ha atropellado »en sus posiciones. Luego, Echagüe mintió al ha»blar de don Cristóbal. Y si mintió entonces, ¿por »qué no ahora?

»Ha vencido, y sin embargo, no sale de sus »posiciones ni aun después de vencer. En efecto, »nótese que no dice que va en persecución, como »era natural. Dice solamente que espera acabar »con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? ¿Lo »quiere más acabado? Si habla verdad, murieron »seiscientos y el resto huye; unos por el Norte »y otros para Montiel: esto es, la derrota y dis»persión no pueden ser más completas. Y no obs»tante, no se atreve Echagüe á asegurar que los »perseguirá, ni se atreve á decir que ha triunfado »completamente.

»Según ese parte, la infantería de Echagüe no »ha cargado, pues no hizo sino dejar acercar la de »Lavalle para aprovechar sus tiros, como lo hicie-

»ron y añade, que entonces huyó la de Lavalle.
»De aquí se deduce: 1.° Que quien cargó fué »nuestra infantería. 2.° Que ni aun después de »huir ésta, cargó la enemiga, ni se atrevió á salir »de sus posiciones. 3.° Que no hubo entrevero de »infanterías y de consiguiente no pudo haber mor»tandad por este motivo.

»Más: si los seiscientos muertos son de caba»llería, nuevas dificultades. Si seiscientos murie»ron peleando, del enemigo debe de haber muerto »igual número y no el que Echagüe dice; pues en »un entrevero no hay la menor razón para que cai»gan más de una parte que de otra. La mortandad, »en estos casos, es en la fuga y dispersión; más: »aquí no ha habido persecución; al menos lo dice »Echagüe. ¿Cuándo, pues, y cómo murieron esos »seiscientos? Y si murieron en las cargas y entre»veros, ¿como pudieron morir tan pocos de Echa»güe? Por lo demás, Echagüe confiesa que el »combate de las caballerías fué á retaguardia de »él. Atentos sus posiciones, sus zanjones, sus »montes, su infantería y cañones que defienden »los pasos, el haber pasado nuestra caballería á »retaguardia de él, es una maniobra difícil, sabia »y atrevida, que honra al ejército y á su general.

»Ya que Echagüe venció enteramente por el »frente con su infantería y artillería, quiere decir »que nuestra caballería quedó cortada á su reta»guardia: encerrada pues, entre la infantería de »Echagüe y la costa del Paraná, y además sablea»da por la caballería enemiga, no ha debido esca»par uno solo; ¿cómo, pues, huyen para Montiel? »¿Pasaron por el aire?

»Tomó cien fusiles; ¿cómo los ha de tomar, »cuando, según su parte, las infanterías no se han

»entreverado, ni la suya se ha movido de sus po»siciones? Según esto, armas de caballería ha de»bido tomar miles; al menos debió tomar las de »los seiscientos muertos. ¿Cómo pues no dice que »haya tomado armas de caballería?

»Tampoco dice que haya tomado un solo cañón »en la destrucción de la infantería; debió dejar in»defensos los cañones: ni caballos, ni carretas, »ni nada. Dedúcese, pues, de esto que Echagüe »no se ha movido de su posición después del com»bate. Y si no se movió, si no persiguió, ¿cómo »conciliar esto con una victoria?»

Indecible es la sorpresa que causa á Daniel el ver á aquellos dos tan notables personajes empeñados en convencerse y en persuadir á los demás, de que el general Lavalle no había perdido la batalla del Sauce Grande, cuando él sabía, á no poder dudarlo, que el suceso era desgraciadamente cierto, y sobre todo, verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con sólo el poder de la argumentación. Nada de esto era extraño, sin embargo: Daniel no era emigrado; no conocía esa vida de ilusión, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las más altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita, y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto, con toda la fe de su alma, su felicidad, su reposo y el presente y el porvenir de su vida. Daniel, además, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podía comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oir más todavía.

—Esto es poco aún—continúó el señor Varela, —oíd señor Martigny, oíd, señor Bello, un frag-

mento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El señor Varela leyó:

«Día 14. Las guerrillas fuertes. El enemigo se »movió á una distancia de media legua, y desde las »cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de ba»tirlo. El general en jefe, el estado mayor y to»das las divisiones de caballería, mantienen sus »caballos ensillados, pues todo hace creer que ma»ñana debe darse la batalla. Hemos tenido dieci»siete pasados del enemigo.

»Día 15. Á las tres de la mañana marchó to»da nuestra infantería y artillería, situándose á »menos de tiro de cañón de la columna enemiga: »antes de asomar el sol, nuestra artillería rompió »el fuego sobre las baterías enemigas, y después »de haberles muerto algunos individuos, fueron »obligados á abandonar su primera posición, vol»viéndose hacia su retaguardia. Nuestra línea de »batalla estaba ya formada, pero este movimiento »del enemigo ha hecho que la batalla se demore »hasta mañana, pues siempre se mantienen en»cerrados entre zanjones impasables. Creímos que »hoy sería un día de victoria; lo será mañana.

»Día 16. El fuego de nuestra artillería de ayer »duró más de media tarde. Hubo una junta de »guerra, y resultó que debíamos batirlos hoy en »sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo »pasó el ejército con la línea de batalla formada, »esperando la aurora, que llegaba demasiado »tarde.

»Amaneció por fin, pero el cielo estaba nubla»do; no se distinguía á distancia de cien pasos.

»Luego que aclaró un poco, se avivó el fuego de »las guerrillas, y á eso de las nueve y media de »la mañana se replegó cada una á su respectiva »línea, y se anunció el combate por un cañoneo »de nuestra artillería; la enemiga contestaba con »una sostenida energía. Veinte piezas de artille»ría de ambas partes se contestaban sin interrup»ción.

»Llegó el momento en que nuestra caballería »cargase ,y lo hizo con el mayor denuedo, pero el »enemigo estaba guardado por zanjones insupe»rables. El escuadrón Yeruá, el Cuven, el Maza »y otros, atropellaron tres zanjones, de donde ca»si tenían que salir uno á uno los caballos, y car»garon al enemigo lanceándolo por la espalda, »como lo hicieron el bravo comandante Saavedra, »y Baltar que manda el Cuyen.

»El comandante don Zacarías Alvarez, que man»daba el escuadrón Maza, quedó muerto en esta »terrible carga, y nuestra caballería tuvo que re»troceder ante los obstáculos del terreno y ante el »sostenido fuego de artillería é infantería que re»cibía de atrás de los zanjones.

»Nuestra artillería seguía sus fuegos siempre »con éxito, pero nada se adelantaba ,y el valiente »oficial de artillería, don Jacinto Peña, tuvo la »desgracia de que se inutilizase una de las dos »piezas de más alcance.

»Nuestra infantería avanzó á la bayoneta cala»da, pero tuvo también que retroceder, porque le »fué insuperable el obstáculo de las grandes zan»jas de que estaba rodeado el enemigo.

»En fin, el fuego, duró desde las nueve y media »de la mañana hasta más de las cuatro de la tarde, »en cuya hora se dispuso que marchásemos á Pun-

»ta Gorda, tanto para remediar los daños de la »artillería, como para que se nos uniesen algunos »dispersos que se nos habían separado en las di»versas cargas que se dieron. Nuestro ejército es»tá entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo »permanece siempre en su escondrijo, donde no »ha hecho más que sostenerse amparado de zan»jones, y su caballería se ha fugado en la mayor »parte.

»Tenemos sólo el sentimiento de que habrá pa»sado Echagüe el parte de que ha ganado una ba»talla, como es su costumbre, pero no se pasarán »muchos días sin que tenga un desmentido elo»cuente.

»El valor de todos los individuos del ejército no »se puede expresar: era preciso haber estado en »el combate.»

—Siguen ahora algunos detalles personales—dijo el señor Varela, después de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo:

—¿Y bien, señor Varela?

—¿Y bien qué?—dijo inmediatamente el señor Agüero, haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

—Quise decir, señor—respondió Daniel, dominando su fisonomía, con su poderosa voluntad para no dar á conocer en ella la impresión que le había hecho la súbita pregunta del doctor Agüero, y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia, y con quienes todo hacía comprender

al joven que se iba á entrar en una arriesgada polémica;—quise decir, señor, que no comprendo la deducción que se saca de los dos documentos que se acaban de leer.

—Es bien clara, sin embargo—respondió el señor Agüero.

—Puede ser, señor; pero repito que no la comprendo.

—Todo esto, mi querido Bello—dijo el señor Varela, apresurándose á tomar parte en la conversación,—nos hace creer, casi positivamente, que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno ni por el otro; esto cuando menos.

Daniel se mordió los labios.

—Señores—dijo,—poniéndose de pie y de espaldas contra la chimenea, sus manos á la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila, pero brillante;—señores, la batalla la ha perdido el general Lavalle. Yo no comprendo que importe menos que un triunfo para el general Echagüe la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el día mismo de la batalla. No queramos con argumentaciones destruir los hechos: evitemos medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente, yo estoy convencido de lo contrario de ustedes; pero, convendré, si lo queréis, en que nuestras armas están vencedoras, tanto mejor. ¿Pero creéis, como yo, que la actualidad reclama la rápida invasión del general Lavalle sobre la provincia de Buenos Aires? Si lo creéis, señores, he aquí entonces lo único que debe ser hoy en cada hora, en cada instante, el móvil privilegiado del pensamiento de todos: pensar la manera cómo nuestras armas obtengan un próximo triunfo de

esa invasión, sea que ellas pisen la provincia victoriosas, ó derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quiénes pueden tener influencia hoy en las resoluciones del general Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perderéis un momento en poner en acción vuestra alta inteligencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, señores, que os hable así, pues debéis creer que sólo el sentimiento de la patria me da el valor necesario para emitir una opinión delante de vosotros.

El señor Varela estaba encantado, sus ojos y su fisonomía tan dulce y expresiva, reflejaban la admiración y el contentamiento, más por la animación y la elocuencia de su joven compatriota, que por la novedad de sus ideas.

El señor Martigny se restregaba las manos, contento íntimamente.

El señor Agüero había alzado dos veces su altiva frente para mirar á aquel joven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole, al parecer, la línea de conducta que le convenía seguir.

—Señor Bello—dijo Varela,—el general Lavalle obra en campaña según sus ideas, según sus planes militares; ¿qué quiere que le digamos nosotros desde aquí?

—¡Oh! señor, las guerras más complicadas del mundo, las campañas más difíciles y peligrosas, se han concebido y dirigido, muchas veces, desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamás tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma—respondió Daniel, dudando de que la contestación del señor Varela tuviese alguna reserva

que ignorase y le conviniese saber; y no se equivocó.

El señor Varela en cuya alma no había sino sinceridad y franqueza, dijo con una expresión de ingenuidad completa:

—Cierto, mi querido, cierto; pero el general Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha á la frente, y cerrando sus ojos, se apretó dos ó tres veces las sienes.

Varela comprendió perfectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del joven, y se apresuró á decirle:

—Cualquiera que sea el plan de campaña del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible: no hallará resistencias, porque todo el mundo volará á su encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudéis; ¿es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el apoyo de nuestro ejército? Vos que llegáis de Buenos Aires, ¿no creéis que el pueblo entero va á reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la aproximación del general Lavalle?

—No señor, no lo creo—contestó Daniel con una admirable seguridad.

El señor Agüero alzó la cabeza y miró á Daniel.

El señor Martigny miró á Varela, como diciendole:

—Contestad, señor.

— Pero lo que decís, señor Bello — respondió Varela algo serio,—es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas, y sobre todo, con

la situación terrible que pesa sobre ellos, y de la que desean libertarse.

—Señor Varela, yo creo que voy á tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables míos, pero prefiero esto á la ligereza de hablar lo que no es cierto; en asuntos tan graves, ¿me permitiréis que os diga la verdad, aun cuando ésta lastime vuestras más bellas esperanzas?

—Hablad, señor Bello.

—Pues bien, señor, en nuestra Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente hablando, el ruido de las armas libertadoras contra las puertas de sus casas, ó cuando un centenar de hombres decididos, que pueden haber quedado aún, vayan de casa en casa sacando por la fuerza á los ciudadanos para que contribuyan á la defensa de ellos mismos y de su patria.

—¡Oh! pero eso es increíble, señor—replicó Varela, mientras que el señor Agüero hacía violentos círculos con su bastón, siendo ya su impaciencia más poderosa que su sangre fría.

—Es increíble, y sin embargo, es cierto—prosiguió Daniel;—pero la explicación de este fenómeno moral no la busquéis, señor Varela, no la busque nadie que desee encontrala, en el más ó menos alto grado de patriotismo, en el más ó menos valor, no. Ni la organización de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha degenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad; ¿sabéis cuál es, señor Varela?

—Proseguid, señor.

—El individualismo: esa es la causa de que os

hablo. Veo que el señor Agüero se sonríe; pero es en mí tan profunda la convicción de lo que os digo, que arrostro tranquilo el reproche de esa sonrisa.

—Usted se equivoca, señor, no es un reproche— dijo el ministro de la presidencia.

—Me lisonjeo de ello, señor doctor Agüero.

— Proseguid, proseguid — dijo prontamente el nervioso Varela.

—El individualismo, no vacilo en repetirlo, esa es la causa de la inacción de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sino individuos cuando estableció su gobierno, aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de explotación en él la corrupción individual, la traición privada, la delación del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo, el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias, y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfía de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, antes de poco hemos de ver relajados también los vínculos de la Naturaleza, y que el hermano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma, se gritará ¡muera Rosas! en la plaza de la Victoria, y cada ciudadano se dejará estar en su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El señor Varela se pasó las manos por la cara.

—¿Os afligís, señor?—prosiguió Daniel después de un momento de silencio;—es natural, porque

tenéis un corazón muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazón y recurramos á la inteligencia solamente: ella nos dice, señor, que cuanto os acabo de referir, no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores á Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y á las cuales no prestaron atención nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decidme si, después de lo que acabáis de oir, ¿podremos tener esperanzas de esa cooperación súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el general Lavalle haya desembarcado en la provincia? Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al señor Martigny á este respecto.

—Repetídmelas, amigo mío—dijo el señor Varela.

—En bien pocas palabras, señor: Si el general Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca, si busca el combate á muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entonces toda la probabilidad del triunfo: primero, porque Rosas no tiene un ejército de línea en la ciudad; segundo, porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reacción pública desde que cada hombre vea, á no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene, para reunírsele, el peligro de la delación y del aislamiento. Y si esta operación puede ser combinada con un desembarco simultáneo de orientales y de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entonces al grado de certidumbre. Véd ahí mis ideas, señor, ved ahí el objeto principal de mi viaje: revelaros la situación de nuestro país, desvanece-

ros muy bellas esperanzas, dándoos en cambio hechos y seguridades importantes. Ahora yo me vuelvo á mi Buenos Aires á que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ella. Quizá no nos volveremos á ver... ¡quién sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crisis: si triunfan nuestras armas, seré el primero, señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas, nos veremos alguna vez en el Cielo—dijo Daniel con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El señor Varela estaba conmovido.

El señor Agüero pensativo.

El señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel le dijo:

—Si la Providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello país, vos viviréis mucho tiempo, señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

—Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella—dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de M. Martigny, y preparándose á retirarse.

—¿Nos volveremos á ver mañana, á todas horas?—dijo el señor Varela tomando la mano de Daniel.

—No, no conviene que nos volvamos á ver: creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana á las ocho de la noche haré una visita que me falta hacer, y al salir de ella, saldré también de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

—Sí, sí, en Buenos Aires—dijo el señor Varela abrazando fuertemente á Daniel.

Varela lo había comprendido, pensaba como él, y

aquellas dos almas grandes y generosas, parecían querer aunarse para siempre en ese abrazo sincero, dado en medio de la vida, de la desgracia y de las esperanzas.

—Adiós, pues—dijo Varela;—¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

—Siempre. ¡Adiós, adiós, señor doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

—Adiós, señor Bello, hasta Buenos Aires—repitió el adusto anciano apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida á la antesala acompañado de M. Martigny.

—¿Pero nosotros nos volveremos á ver?—dijo éste á Daniel, que tomaba su levitón, su capa de goma y sus pistolas.

—Tampoco, mi querido señor. Sabéis ya todo cuanto hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conocéis ya el terreno; desenvolved, pues, vuestra política, según os lo aconsejen vuestra posición y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora más prolija que antes.

—Sí, sí, por días, si es posible.

—No perderé ocasión. Tengo ahora que pediros un servicio.

—Pedid lo que queráis, amigo mío—dijo con prontitud el señor Martigny.

—Que mañana me mandéis una carta de introducción para el señor don Santiago Vázquez.

—La tendréis sin falta. ¿Adónde vais á parar?

—A la fonda del Vapor, adonde tendréis la bondad de darme un criado que me conduzca.

—Al momento.

—Pero es necesario que prevengáis al señor Vázquez, á fin de que me espere solo á las ocho de la noche.

—Bien, lo haré, y así lo hará él también. Pedidme más.

—Un abrazo, señor Martigny, porque, no os riáis de lo que voy á deciros, me parece que estoy viendo por última vez en el mundo á las personas con quienes hablo en Montevideo.

—¡Oh!

—Superstición, poesía de los veintisiete años de la vida, quizá... ¡Adiós, adiós, señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y generoso agente de la Francia, en 1840, dió orden á un criado de conducir hasta la fonda del Vapor al caballero que salía, volviendo él al salón que lo esperaban, agitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los señores Agüero y Varela, después de la conferencia con aquel joven que parecía comprenderlo todo, dominarlo todo y aventurarlo todo.

IV

INDISCRECIONES

El café de don Antonio era la bolsa política de Montevideo en 1840 desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedían dos géneros de concurrentes: unos que iban, de las seis á las ocho de la noche, á hablar de política y tomar café; y otros, de las ocho á las once, á hablar de política, jugar y cenar.

En esa época, la época de oro de Montevideo, parecía que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir á derramarlo con profusión, quedando tan tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabían que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos días del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

A las siete de la noche del día siguiente á aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de don Antonio estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí á tomar su café, á hablar de política y á pasar en seguida á sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires; y más contentos los segundos con estar en su patria muy convencidos de que de ella no les arrojaría jamás el vendabal de las revoluciones, que estaba azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas á precipitar, más ó menos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y de sangre.

Pero todo esto no se veía entonces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpetuo, jugando entre el jardín de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente. Pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de grana en que se mostraba su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oídos parecían no buscar otra cosa que el canto de los poetas y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; por-

que la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura para entrar en el oido de la joven beldad que cantaba, llena de esa noble presunción de la edad primera de los pueblos:

Si enemigos, la lanza de Marte;
Si tiranos, de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salón del café dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma cuyo alto cuello le subía hasta las orejas á la vez que su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda á la pared, y su rostro al centro del salón.

El otro, con gorra y un capote de barragán azul, tenía por delante un gran vaso de ponche, y se entretenía en exprimir las rebanadas de limón con la pequeña cuchara de platina.

Ninguno de esos dos personajes se hablaba una palabra.

A derecha é izquierda de ellos había varias mesas, ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café ó fumaban y conversaban solamente.

De estos últimos había cinco individuos que estaban á dos pasos de los primeros que hemos descripto.

De repente abrióse la puerta del café, y cuatro personas entraron en el salón.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

—Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen, Echeverría—di-

jo aquel individuo, siguiendo con los ojos á los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

—¿Los conoce usted, señor don Daniel?—le preguntó el hombre de la gorra.

—¡Oh! sí, sí, y crea usted, Mr. Douglas, que pocos esfuerzos más violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarlos.

—¡Diablo! Déjese usted estar; acuérdese usted de que esta noche nos vamos y...

—Esté usted tranquilo—dijo Daniel alzando el cuello de su capa para cubrirse más el rostro.

Mr. Douglas iba á hablar, cuando le hizo Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres que estaban fumando en la mesa, á su derecha, acababa de decir.

—Son porteños.

Daniel siguió tomando su té aparentando no dar la mínima atención á lo que se hablaba.

—¿Y qué necesidad tiene usted de decirnos que son porteños? ¿Hay acaso, otra cosa que porteños en todas partes?—dijo otro de los individuos.

—Por ellos vivimos como vivimos.

—Cabal.

—Que no nos entendemos.

—Deje que venga el viejo—dijo un militar de bigotes canos.

—¿Sabe usted á quien llama el viejo, Mr. Douglas?

—A Rivera.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con Rosas?—dijo otro.—Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque á nosotros no es á quienes busca.

—Cabal.

—Ellos no más, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y después se han de ir á vivir á su tierra y nos han de dejar en el pantano. ¡Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

—¡Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Uruguay y se va á hacer matar por ellos.

—¡Era lo que faltaba!

—Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

—¡Sí, yo les había de dar cien mil pesos!

—No pasó porque, mire usted, hizo muy bien en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no había de ir á ponerse á las órdenes de Lavalle.

—Claro está.

—Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande.

—Sí, pero todos éstos de aquí han de decir que es mentira.

—¡Cabal, como se han hecho dueños de la prensa!

—¡Yo había de ser el gobierno, y habían de venir aquí á escribir diarios!

—¡Pero como tienen quien los proteje!

—Como Vázquez, por ejemplo.

—Y como Muñoz, y muchos otros.

—¡Por supuesto, orientales en el nombre!

—¡Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco más ó menos, bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando

miraba á Mr. Douglas que entendía y hablaba perfectamente el español, y el buen escocés, contrabandista de emigrados y que residía indistintamente en Buenos Aires ó Montevideo, se reía de la admiración de Daniel y tomaba su ponche.

—Sólo Vázquez puede enderezar esto—dijo á otro un individuo que tomaba café en una mesa, á la izquierda de Daniel.

—No, ni Vázquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera—le contestó su interlocutor.

—Pero, á lo menos, la asamblea.

—¿Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera se oponen á las elecciones so pretexto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

—Ya lo sé, pero el Gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

—Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto: nuevas disidencias, nuevos enconos de partido, y entretanto los blancos se ríen, mientras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido, nos peleamos con los argentinos, cuya causa nos es común; nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos, mientras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

—¡Gracias á Dios que oigo á un hombre razonable!—dijo Daniel.

—Pero aquí hay más espíritu de partido—dijo el joven conversando consigo mismo,—aquí hay espíritu de rivalidad nacional; ¿y por qué? probablemente no hay por qué—se respondió Daniel que, como todos los hijos de Buenos Aires, jamás había oído en su país hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias ó de las repúblicas hermanas: siempre con los me-

jores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de celos ó de encono.

—¡Pero en qué momento pasan estas cosas!—se decía Daniel.—En este drama hay alguien que no lo entiende, y es probable que ése sea yo, porque no me atrevo á decir que son los otros.

—Vamos, Mr. Douglas, van á dar las ocho de la noche—dijo mirando la gran péndola del café.

Pero antes de dejar aquel lugar, en que, según sus matemáticas acababa de ganar algunos desengaños más, miró uno por uno, con los ojos enternecidos y el corazón desconsolado, á sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que había allí uno que corría por ellos y por todos, por la orilla del resbaladizo precipicio en que estaban luchando brazo á brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el sopor de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran río cuyo rumor debía pasar inadvertido en una próxima década, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad expirante.

V

MONÓLOGO EN EL MAR

A las diez de la noche, la ballenera de Mr. Douglas partía como una flecha, ó más bien se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la

hermosa bahía de Montevideo: y á las once se había perdido á la vista de los buques más lejanos del puerto, sumergida allá en el horizonte lejano del gran río, alumbrado por los rayos de plata que vertía de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envuelto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel ya no fijaba sus ojos impacientes en la joven ciudad de la orilla septentrional del Plata, como lo había hecho veinticuatro horas antes: los tenía fijos en la bóveda azul del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraído de su espíritu en las recordaciones de su corta, pero aprovechada residencia en Montevideo.

—Restemos, porque la política tiene también sus matemáticas—se decía á sí mismo.

Restemos. Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía: gano un desengaño.

Creí hallar que el pueblo era más poderoso que las entidades que lo mandan; y encuentro que aquí el pueblo tiene también su caudillo, no sanguinario, como Rosas, pero al fin, que hace lo que quiere, y no lo que le conviene al pueblo: gano otro desengaño, y ya son dos.

Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas dominaba su espíritu; y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, ó más bien, con más ilusiones que los demás: gano otro desengaño, y ya son tres.

Creí que ellos me enseñarían á conocer mi país; y veo que yo lo conozco mejor que ellos: otro desengaño, y ya son cuatro.

Juzgué que el general Lavalle y la comisión argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede: gano otro desengaño, y ya son cinco.

¡Malo! son muchas ganancias para que no me vuelva loco ó me lleve el diablo.

Clasifiquemos. El señor Martigny, hombre de talento, corazón francés, lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero gira en el círculo estrecho de sus instrucciones y desconfía de su Gobierno.

El señor Agüero no ha hablado nada, y me ha dicho mucho: es poco flexible para la democracia, y demasiado serio para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su corazón; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su inteligencia, y no ha visto que otra generación se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la caída de la presidencia.

El señor Varela, espíritu fecundo, activo, inteligencia de concepciones rápidas, corazón ingenuo y apasionado, vida colocada en los límites de dos generaciones totalmente diferentes en sus tendencias, y que de las miras de una y de otra podrá venir á ser el contemporizador algún día. Si él se separa de los principios de la nueva generación, sería necesario conquistarlo, porque su conquista sería un triunfo.

Veamos de otra manera: don Santiago Vázquez; no olvidaré jamás nuestra conversación de esta noche; es una gran cabeza; si la República Oriental llegase á poseer alguna vez media docena de hombres como ése, podría decir entonces que tenía cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la Naturaleza

y la revolución le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

¿Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vázquez no está en su centro; que sus vistas son demasiado extensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde más tarde ha de tropezar el progreso de este bello país. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las Repúblicas Oriental y Argentina, y sus enemigos lo hostilizan y lo separan de los negocios, so pretexto de que es amigo de los porteños.

Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me da mucha luz sobre cosas que no podía explicarme: Lavalle es valiente, caballeroso, desinteresado; pero no tiene las cualidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra susceptibilidad cuando sus amigos quieren darle un consejo ó indicarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entonces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiración de sus ideas: los obstáculos le irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

Ahora me explico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela: «Lavalle obra por sí mismo.»

Bien; ya están hechas mis cuentas: ¿he ganado ó perdido? He ganado; pues en política, un hombre está de pérdida cuando tiene ilusiones: me he desengañado de muchos errores y he aprendido

muchas verdades; les he pintado la situación de Rosas, y ellos me han dibujado la de sus enemigos. Ahora, ¡Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres!

—Sí, ¡Dios nos proteja!—dijo, después de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habían estado extasiados en el firmamento, bordado con su luna y sus estrellas, y en que parecía que sus ideas habían tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa, y al mismo tiempo tierna y sensible; y después de esa exclamación, continuó en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo:—Dios, que es la Sabiduría y la Unidad del Universo, Dios, que sostiene pendientes de las hebras impalpables de su Voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, en esa bóveda infinita y diáfana, que parece formada con el aliento de los ángeles.

¡Esos astros, eternos como la mirada que los ilumina, verán alguna vez sobre estas olas la realización de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito en la obra de Dios mismo: es una magnífica y espléndida alegoría que ha revelado los destinos del Nuevo Mundo, el Gran Poeta de la Creación universal.

Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

Estos ríos, inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

Esos espesos bosques, donde la salvaje orquesta

de la Naturaleza está convidando á la armonía del arte y de la voz humana.

Esta brisa, suave y perfumada, que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

Esas nubes, matizadas siempre con los colores más risueños y suaves de la Naturaleza.

Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

Las generaciones se suceden en la Humanidad como las olas de este *río*, inmenso como el mar.

Cada siglo cae sobre la frente de la Humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del Tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la Eternidad: se desprende, arrasa, arrebata en su cauce á las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al Caos eterno de la nada. Pero la Creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va esparciendo la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrán otra y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo á mis ojos.

¡Vendrán!...

Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la Naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de com-

pasión por los errores y por las desgracias de la mía.

Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de que hemos salido, la frente de los que hoy viven.

Sí, tengo fe, pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Patria, patria! ¡La generación presente no tiene sino el nombre de tus padres!

¡Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazón; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazón con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pone en relación con Dios, extendida desde el Cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser, de todos los que he visto sobre la tiera, á quien quisiera volver á hallar en el Cielo, para que nuestras almas volviesen, de cuando en cuando, entre los pálidos rayos de la luna, á contemplar la tierra que fué testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño, de tanta virtud mentida, de tanto crimen y de tantas miserias reales!

La luna escondió en ese momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éxtasis de su espíritu, y cerró los ojos arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo é iluminado pabellón del cielo.

VI

DOÑA MARÍA JOSEFA EZCURRA

Después del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada á grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó á delinearlo y á distraer á nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros personajes conocidos, justo es volvamos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos días, hasta volver á encontrarnos con aquél de que nos separamos ya.

El lector querrá acompañarnos á una casa, donde ha entrado otra vez, en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de las que la imaginación duda y de las que la historia responde.

La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galería de recepción, cuajada por los memorialistas de aquel día.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podía decirse lo mismo que del ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con más aseo que las criadas, aun cuando la regla pueda sufrir alguna excepción, hacía las veces de edecán

de servicio, de maestro de ceremonias y de paje de introducción.

De pie en la puerta que daba á la alcoba, tenía asido con una mano el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra recibía los sobres ó los billetes que, según su clase, le daban los que á ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros á hablar con la señora doña María Josefa de Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fué compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajación, otro por una esperanza, y otros, en fin, por la desesperación de no encontrar á quién ni adónde recurrir en busca de una noticia, ó de una esperanza sobre la suerte de alguien, caído en desgracia de Su Excelencia. Pero el edecán de aquella emperatriz de nuevo género, si no es en nosotros una profanación escandalosa aplicar ese cesáreo nombre á doña María Josefa, tenía fija en la memoria su consigna, y cuando salía de la alcoba la persona á quien hiciera entrar, elegía otra de las que allí estaban, siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, ni de las reclamaciones de otros, que habían puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia; y era de notar que, precisamente, la audiencia no se daba á aquéllos que la solicitaban, sino á los que nada

decían ni pedían, por cuanto estos últimos habían sido mandados llamar por la señora, en tanto que los otros venían en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fué movido por la parte interior, y en el acto la mulata vieja abrió la puerta y dió salida á una negrilla como de dieciséis á dieciocho años, que atravesó la sala tan erguida como podría hacerlo una dama de palacio que saliese de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente, la mulata hizo señas á un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalón azules, chaleco colorado, que estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por el medio de la multitud, se acercó á la mulata: habló con ella, y entró en la alcoba, cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzó, y tomaba un mate de leche que le servía y traía por las piezas interiores una negrita joven.

—Entre, paisano, siéntese—dijo al hombre de la gorra de paño, que se sentó, todo embarazado, en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

—¿Toma mate amargo ó dulce?

—Como á Usía le parezca—contestó aquél, sentado en el borde de la silla, dando vuelta á su gorra entre las manos.

—No me diga *Usía*. Tráteme como quiera, no más. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre

tenía que andar dando títulos al que tenía un frac ó un sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora, paisano?

—No, señora. Hace cinco años que el general Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y después que sané, trabajo de cochero.

—¿Usted fué soldado de Pinedo?

—Sí, señora; fuí herido en servicio, y me dieron la baja.

—Pues ahora, Juan Manuel va á llamar á servicio á todo el mundo.

—Así he oído decir; sí, señora.

—Dicen que va á invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la federación, porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar á caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la federación. Pero se han de hacer excepciones en el servicio, porque no es justo que vayan á las fatigas de la guerra los que pueden prestar á la causa servicios de otro género.

—¡Pues!

—Yo tengo una lista de más de cincuenta á quienes he de hacer que les den papeletas de excepción por los servicios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí adentro, que son los peores; ¿no es verdad?

—Así dicen, señora—contestó el soldado retirado, volviendo el mate á la negrita que lo servía.

—Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus intrigas, no tenemos paz, y los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias, que es lo

que quiere Juan Manuel; ¿no le parece que ésta es la verdadera federación?

—¡Pues no, señora!

—Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

—Pues.

—Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es federación, ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—Pues eso no lo quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mía para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada á los que sirven á la patria, que es la federación; ¿entiende, paisano?

—Sí, señora, y yo siempre he sido federal.

—Ya lo sé, y Juan Manuel también lo sabe; y por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad, si sabe alguna cosa que pueda ser útil á la causa.

—¿Y yo qué he de saber, señora, si yo vivo entre federales nada más?

—¡Quién sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame, ¿dónde ha servido últimamente?

—Ahora estoy conchavado en la cochería del Inglés.

—Ya lo sé, ¿pero antes de entrar en ella, dónde servía?

—Servía en Barracas, en casa de una señora, viuda.

—Que se llama doña Amalia, ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—¡Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano!

¡Pobre del que quiera engañar á Juan Manuel ó á mí!—dijo doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre que estaba en ascuas sin saber qué era lo que le iban á preguntar.

—Por supuesto— contestó.

—¿En qué tiempo entró usted á servir en esa casa?

—Por el mes de noviembre del año pasado.

—¿Y salió usted de ella?

—En mayo de este año, señora.

—En mayo, ¿eh?

—Sí, señora.

—¿En qué día, lo recuerda?

—Sí, señora; salí el 5 de mayo.

—¿El 5 de mayo, eh?—dijo la vieja moviendo la cabeza, y marcando palabra por palabra.

—Sí, señora.

—El 5 de mayo... ¿Conque ese día? ¿y por qué salió usted de esa casa?

—Me dijo la señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedía, lo mismo que al cocinero que era un mozo español. Pero, antes de despedirnos nos dió una onza de oro á cada uno, diciéndonos que tal vez más adelante nos volvería á llamar, y que recurriésemos á ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

—¡Qué señora tan buena: quería hacer economías y regalaba onzas de oro!—dijo doña María Josefa con el acento más socarrón posible.

—Sí, señora; doña Amalia es la señora más buena que yo he conocido, mejorando lo presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras; su espíritu estaba en tirada conversación con el Diablo.

—Dígame, paisano—dijo de repente,—¿á qué hora lo despidió doña Amalia?

—De las siete á las ocho de la mañana.

—¿Y ella se levantaba á esas horas siempre?

—No, señora, ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde.

—Tarde, ¿eh?

—Sí, señora.

—¿Y usted vió alguna novedad en la casa?

—No, señora, ninguna.

—¿Y sintió usted algo en la noche?

—No, señora, nada.

—¿Qué criados quedaron con ella, cuando usted y el cocinero salieron?

—Quedó don Pedro.

—¿Quién es ese?

—Es un soldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer á la señora.

—¿Quién más?

—Una criada que trajo la señora de Tucumán, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

—Muy bien; en todo eso me ha dicho usted la verdad; pero cuidado, mire usted que le voy á preguntar una cosa que importa mucho á la federación y á Juan Manuel, ¿ha oído?

—Yo siempre digo la verdad, señora—contestó el paisano, bajando los ojos que no pudieron resistir la mirada encapotada y dura con que acompañó doña María Josefa sus últimas palabras.

—Vamos á ver; en los cinco meses que usted estuvo en casa de doña Amalia, ¿qué hombres entraban de visita todas las noches?

—Ninguno, señora.

—¿Cómo ninguno?

—Ninguno, señora. En los meses que he estado, no he visto entrar á nadie de visita de noche.

—¿Y estaba usted en la casa á esas horas?

—No salía de casa, porque muchas noches, si había luna, enganchaba los caballos y llevaba á la señora á la Boca, donde se bajaba á pasear á orillas del Riachuelo.

—¿A pasear? ¡Qué señora tan paseandera!

—Sí, señora, llevaba la niña doña Luisa y paseaba con ella sola.

—¡La niña doña Luisa! ¿Y la cuida mucho á esa niña doña Luisa?

—Sí, señora, como si fuera de la familia.

—¿Será de la familia, pues?

—No, señora, no es nada de ella.

—No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

—¡Jesús, señora! si doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años.

—¿Muy moza, eh? ¿Y cuántos años tiene?

—Ha de tener de veintidós á veinticuatro años.

—¡Pobrecita! fuera de los que mamó y anduvo á gatas. Bien, ¿y con quién decía usted que paseaba?

—Sola con la niña.

—¿Con ella sola, eh? ¿Y á nadie encontraba por allí?

—A nadie, señora.

—¿Y las noches que no paseaba, no recibía visitas?

—No, señora; no iba nadie.

—¿Estaría rezando?

—Yo no sé, señora, pero en casa no entraba nadie—respondió el antiguo cochero de Amalia, que, á pesar de toda la vocación por la santa causa,

estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo á la honradez ó á la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que lo creyesen capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no había una mujer más buena ni generosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

—Esto echa por tierra todos mis cálculos—se dijo á sí misma.

—Y dígame usted, ¿de día tampoco no entraba nadie?—preguntó.

—Solían ir algunas señoras, una que otra vez.

—No, de hombres le pregunto á usted.

—Solía ir el señor don Daniel, un primo de la señora.

—¿Todos los días?

—No, señora, una ó dos veces por semana.

—¿Y después que ha salido usted de la casa ha vuelto á ella á ver á la señora?

—He ido tres ó cuatro veces.

—Vamos á ver: cuando usted ha ido, ¿á quién ha visto en ella, además de la señora?

—A nadie.

—¿A nadie, eh?

—No, señora.

—¿No había algún enfermo en la casa?

—No, señora, todos estaban buenos.

Doña María Josefa reflexionaba.

—Bueno, paisano; Juan Manuel tenía algunos informes sobre algo de esa casa; pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le habrá hecho un servicio á la señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven á la federación.

—Yo soy federal, señora; yo siempre digo la verdad.

—Así lo creo; puede retirarse no más.

Inmediatamente á la salida del ex-cochero de Amalia, doña María Josefa llamó á la mulata de la puerta y le dijo:

—¿Está ahí la muchacha que vino ayer de Barracas?

—Está, sí, señora.

—Que entre.

Un minuto después entró en la alcoba una negrilla de dieciocho á veinte años, rotosa y sucia.

Doña María Josefa la miró un rato, y le dijo:

—Tú no me has dicho la verdad: en casa de la señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.

—Sí, señora, yo le juro á Su Merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulpería que está en la acera de la casa de esa unitaria: y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda por la quinta de la unitaria cortando flores. Después, yo los he visto, á él y á ella, pasear del brazo en la quinta muchas veces; y á la tarde suelen ir á sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la quinta, y allí les llevan café.

—¿Y de dónde ves eso tú?

—Los fondos de casa dan á los de la casa de la unitaria, y yo los suelo ir á espiar de atrás del cerco, porque les tengo rabia.

—¿Por qué?

—Porque son unitarios.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando pasa doña Amalia por la pulpería, nunca saluda al patrón, ni á la patrona, ni

á mí; porque los criados de ella nunca van á comprar nada á casa, cuando ellos saben que el patrón y todos nosotros somos federales; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste por la quinta. Y cuando vi estas noches que el ordenanza del señor Mariño, y otros dos más, andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulpería, yo vine á contarle á Su Merced lo que sabía, porque soy buena federal. Es unitaria, sí, señora.

—¿Y qué más sabes de ella, para decir que es unitaria?

—¿Qué más sé?

—Sí, ¿qué más sabes?

—Mire Su Merced: una comadre mía supo que doña Amalia buscaba lavandera, fué á verla, pero no la quiso y le dió la ropa á una gringa.

—¿Cómo se llama?

—No sé, señora; pero si Su Merced quiere, yo lo preguntaré.

—Sí, pregúntalo.

—Y también tengo que decir á Su Merced que yo le he oído tocar el piano y cantar á media noche.

—¿Y qué hay en eso?

—Yo digo que ha de ser la canción de Lavalle.

—¿Y por qué lo crees?

—Yo digo no más.

—¿Y no puedes pasar de noche á la quinta y acercarte á la casa, para oir lo que canta?

—Veré á ver; sí, señora.

—Mira si puedes entrar en la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el día.

—¿Y qué hago, señora?

—¿No dices que allí hay un mozo?

—¡Ah! Sí, señora, ya entiendo.

—¡Pues!

—Yo creo que ha de entrar desde temprano.

—No; si entra en las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir antes que venga el día.

—Yo los he de espiar, sí, señora.

—¡Cuidado con no hacerlo!

—Sí, lo he de hacer.

—¿Y qué más has visto en esa casa?

—Ya le dije ayer á Su Merced todo lo que había visto. Va casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los días el médico Alcorta, y por eso le dije á Su Merced que allí había algún enfermo.

—¿Y recuerdas algo más que me hayas dicho ayer?

—¡Ah! sí, señora: le dije á Su Merced que el enfermo debía ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veía cojear mucho.

—¿Y cuándo es el principio? ¿qué meses hará de eso?

—Hará cerca de dos meses, señora; después ya no cojea, y ya no va el médico; ahora pasea horas enteras con doña Amalia, sin cojear.

—¿Sin cojear, eh?—dijo la vieja con la expresión más cínica en su fisonomía.

—Sí, señora, está bueno ya.

—Bien: es necesario que espíes bien cuanto pasa en esta casa, y que me lo digas á mí, porque con eso haces un gran servicio á la causa, que es la causa de ustedes, los pobres, porque en la federación no hay negros ni blancos, todos somos iguales, ¿lo entiendes?

—Sí, señora; y por eso yo soy federal, y cuanto sepa se lo he de venir á contar á Su Merced.

—Bueno, retírate no más.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio á la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia el padre de la federación.

Sucesivamente entraron á la presencia de doña María Josefa varias criadas de toda y de todo linaje de malignidad, á deponer oficiosamente cuánto sabían, ó se imaginaban saber de la conducta de sus amos, ó de los vecinos á sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debían ocupar más tarde un lugar en el martirologio de ese pueblo infeliz, entregado por el más inmoral de los gobiernos al espionaje recíproco, á la delación y á la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos.

En seguida de las delatoras, entró en esa oficina del crimen una pequeñísima parte de los que habían llegado ese día con ruegos y solicitudes al Gobierno; á cuyo invisible despacho querían que llegasen por conducto de la hermana política del Gobernador, que á todos ofrecía su interposición, no obstante que jamás solicitud alguna pasaba de sus manos á las de Rosas: por cuanto ella sabía que su digno cuñado sólo le prestaba su atención para escuchar los informes que le interesaba saber sobre el estado del pueblo, de las familias y de los individuos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico se le acercaba en busca de su protección, diciendo á todos que don

Juan Manuel iba á despachar de un momento á otro la solicitud muy favorablemente, por los empeños de ella.

La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron después de esa fecha en lo más dramático y lúgubre de la dictadura.

Los abogados del dictador han presentado siempre al extranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el general Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo después de tantos años.

Pero ¿cómo ha existido? ¿cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? He ahí la cuestión; he ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anaquía las clases, las familias y los individuos, estableciendo y premiando la delación como virtud cívica en la clase ignorante é inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra, federación, encubridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, es el sistema de Rosas; tales han sido los primeros medios empleados por él para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los la-

zos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso también que ese hombre funesto encontrase en su familia caracteres á propósito para ayudarle en su diabólico plan. Y entre ellos, el de doña María Josefa Ezcurra era un venero inagotable de recursos para la facilitación de sus fines.

La historia, más que nosotros, sabrá pintar á esa mujer y á otras personas de la familia del tirano con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazón, de sus hábitos y de sus obras.

VII

LA PAREJA

Ya doña María Josefa Ezcurra se disponía para hacer á *su* Juan Manuel la segunda visita de las tres que le hacía diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarle una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Excelencia, á los ojos de los servidores de segundo orden que cuajaban en el zaguán del patio, haciéndose ante ellos, por esa ficción grosera, la gente intermediaria y necesaria á los infelices que tenían algo que suplicar, ó á los pícaros que tenían algo que contar; reci-

biendo oblaciones de los primeros, y atando á los segundos al yugo de su servicio personal por esa esclavitud que la prostitución se labra á sí misma desde el momento en que se descubre á los ojos de su superior; ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa, cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la *Gaceta Mercantil*, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquín diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo más recóndito de la vida privada, á cuanto hombre se había pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las más torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenían un solo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no hizo esperar mucho tiempo á su digna visita, y salió á la sala á recibirla diciéndole:

—Sólo á usted lo recibo, porque ya me iba á casa de Juan Manuel; y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

—Yo también—le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

—Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

—También lo creo; empiece usted por los suyos, que yo después explicaré los míos—le contestó el redactor, hombre á quien la Naturaleza había tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las degeneraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicándole la inteligencia con algunas brillantes chispas de imaginación y de talento.

—¿Que empiece los míos?

—Eso he dicho.

—Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, porque nos está sirviendo á medias solamente.

—¡Nos está sirviendo! ¿A quiénes, señora doña María Josefa?

—¡A quiénes! A Juan Manuel, á la causa, á mí, á todos.

—¡Ah!

—¡Pues! Y á Juan Manuel no le puede gustar esto.

—Respecto á eso yo me entiendo con el señor Gobernador—contestó Mariño mirando á la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creído por cuanto sus ojos miraban siempre al sesgo.

—Sí, ¡como ahora lo ve usted todas las noches!

—Mientras usted lo ve tres ó cuatro veces al día, señora—contestó Mariño queriendo lisonjear á doña María Josefa, pues, aun cuando Mariño no la quería, por la razón de que á nadie quería en el mundo, sabía cuánto importaba estar á bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que el interés individual le aconsejaba buscar su auxilio.

—¿Cuatro? No, tres veces no más lo suelo ver.

—Es mucha suerte. Pero vamos á esto: ¿en qué sirvo yo á medias?

—En que está usted predicando en la *Gaceta* el degüello de los unitarios, y se olvida de las unitarias, que son peores.

—Pero es preciso empezar por los hombres.

—Es preciso empezar y acabar por todos, hombres y mujeres; y yo empezaría por las mujeres, porque son las peores, y después hasta por sus inmundas crías, como ha dicho muy bien el juez de

Paz de Montserrat, *don Manuel Casal Gaeto* (1), que es un modelo de federal.

—Bien, hemos de tratar á su tiempo de las unitarias, pero ahora es preciso que le diga á usted que también hay damas federales que no son buenas amigas.

—No, pues por lo que hace á mí...

—Precisamente es á usted á quien me refiero.

—¡Vaya! esa es broma.

—No, señora, es serio: yo le confié á usted un secreto hace quince días, ¿recuerda usted?

—¿Lo de Barracas?

—Sí, lo de Barracas; y en alma y cuerpo se lo ha «embutido» usted á mi mujer.

—¡Qué! si fué una broma que yo tuve con ella.

---

(1) En esta referencia cometemos un anacronismo; esas palabras del Juez de Paz, Casal Gaete, dichas del modo que va á verse, tuvieron lugar en marzo de 1841, entre las felicitaciones que se dirigían á Rosas con motivo de la máquina infernal, y que se hallan en el número 5277 de la *Gaceta Mercantil;* pero lo que en marzo de 1841 no vacilaban en publicar los sostenedores de la federación, bien pudieron sentirlo en julio del año anterior porque los malos instintos y el arrojo de descubrirlos á la luz del día, no son cosas que se improvisan, son resultados de organizaciones predispuestas y de conciencias por largo tiempo relajadas. Y así no parecerá extraño que, para retratar la moral política de los amigos de Rosas en 1840, nos sirvamos, en esta tan larga obra, de un documento publicado pocos meses después de aquel en que están ocurriendo los sucesos que narramos. En un oficio de aquel Juez de Paz, dirigido á Rosas y publicado en la *Gaceta* citada, se encuentra esta horrible pero ingenua confesión de la sangrienta burla con que Rosas y su partido profanaron á Dios, á la religión y á la humanidad,.. «Es muy cierto que los salvajes unitarios, bestias de carga, agobiados con el peso de sus enormes delitos, las asquerosas unitarias y sus inmundas crías habrían muerto degollados... pero el horrendo montón que formasen las ensangrentadas osamentas de esta maldita infernal raza, podría manifestar al mundo una venganza justa únicamente, pero nunca el remedio á los males inauditos que nos ocasionara su perversidad asombrosa.»

—Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.

—¡ Bah !

—No, no. ¡ Bah ! la cosa es seria.

—¡ Qué !

—Muy seria.

—No diga eso.

—Sí, lo repito ; muy seria, porque no tenía usted para qué dar este disgusto á mi señora, ni á mí.

—¡ Qué ! mire usted... ¡ qué ocurrencia Mariño !... como ella lo había de saber por otro conducto, yo le dije que á usted le parecía muy buena moza la viuda de Barracas, pero nada más ; ¡ qué ocurrencia ! ¿ cómo cree usted que había de querer yo indisponerlos ?

—Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo—dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traición de esa mujer, para quien no había tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres á quienes quería hacer mal.

—Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero también es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

—¿ Cómo ?

—¡ Toma ! ¿ Qué me dijo usted ?

—Dije á usted que me interesaba saber algo sobre la tal señora que vive en Barracas, qué especie de vida era la suya, quién la visitaba, y, sobre todo, quién era un hombre que vivía con ella y que parecía estar oculto, porque no salía á la calle ni se asomaba siquiera á las ventanas, y dije á usted también que yo no tenía en todo esto sino un interés político ; es decir, un interés de nuestra causa.

—¡Pues un interés político!
—Cierto.
—Ya.
—¿Por qué lo duda usted?
—¿Yo?
—Sí, usted, se sonríe maliciosamente.
—¡Qué! Si yo soy así.
—Sí, señora, es usted así.
—Mire, yo soy como soy.
—La conozco.
—Y yo también lo conozco.
—¿Es decir, que nos conocemos?
—Pues, prosiga, Mariño.
—Eso fué lo único que dije á usted, creyendo que no me rehusaría usted este servicio; usted que todo lo sabe y todo lo puede.
—Pues bien, ahora va usted á oir todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barracas vive muy retirada, y por consiguiente debe ser unitaria.
—¡Oh, quién sabe!
—No, unitaria, fijo.
—Bien, prosiga usted.
—Me dijo usted que creía que había un hombre oculto.
—Lo sospeché solamente.
—No, claro, oculto; yo sé lo que me digo.
—Adelante.
—Mandé una de las personas de mi servicio á indagar por el barrio con ciertas instrucciones mías. En la acera de la casa hay una pulpería, en la pulpería una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era

sospechosa; que se fijase que de noche andaba gente vigilando la casa.

—¿Y cómo lo sabía su emisario de usted?

—Porque yo se lo dije.

—Pero usted, ¿cómo lo sabía?

—¡Bah! porque yo lo conozco á usted, y desde que vi que usted tenía interés «político» en ese asunto—dijo doña María Josefa, marcando irónicamente las últimas palabras,—me presumí que no se había de estar usted durmiéndose en las pajas.

—Prosiga usted—dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

—Mi emisario dijo á la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vigilaban, y que si ella sabía alguna cosa, se congraciaría mucho conmigo viniendo á avisármela; pudiendo decir después que era más federal que muchas blancas que tratan de humillar á la pobre gente de color, sin prestar ningún servicio á la federación. La negrilla no se hizo esperar; vino á verme, y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabía.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Que allí hay un hombre joven y muy buen mozo—contestó doña María Josefa, poniendo de su parte aquellas cualidades para no perder la ocasión de mortificar al prójimo.

—¿Y bien?

—Que es muy buen mozo; que se pasea por la quinta abrazado con la viuda.

—¿Abrazado ó del brazo?

—Abrazado ó del brazo, no me acuerdo cómo dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que él mismo le tiene la taza para que lo

tome, y que allí se están hasta que viene la noche, y...

—¿Y qué?—dijo Mariño ardiéndole la sangre é inyectados de ella sus oblicuos ojos.

—Y que...

—Prosiga usted, señora.

—Pues viene la noche y...

—¿Y?

—Y que después ya no les ve más—dijo doña María Josefa con una expresión de un contento indefinible.

—Bien—dijo Mariño,—pero hasta ahora no sacamos en limpio sino que en esa casa hay un hombre, y eso es lo mismo que yo dije á usted hace quince días.

—Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince días que usted deseaba saber algo de esa casa y quién era ese hombre; usted sólo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mía y la mitad de usted.

—Desde ayer, ¿y por qué?

—Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza: no sé por qué me parece que voy á dar con cierto pájaro; en fin, este es un asunto mío, y por mí, por mí sola, lo he de saber pronto.

—Pero más que saber quién es ese hombre, me interesa saber qué especie de relación tiene con la viuda, y éste es el servicio que yo espero de usted; porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento; no se ven jamás ni las puertas ni las ventanas abiertas, y para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado en ella más personas que la joven

de Dupasquier tres veces; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina cuatro veces.

—¿Y por qué no se ha hecho usted amigo de Bello?

—Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso; no me gusta.

—¿Y por qué no ha visto usted á Agustina para que lo lleve?

—No quiero dar tanta publicidad á este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

—¿Política, eh? ¡Ah, tunante! pero hace bien; tiene buen gusto: dicen que la viudita es preciosa.

—¡Ah, señora, no hablemos de eso!

—¿Y qué más quiere la zorra?

—¡Oh!

—¡Bah! es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos á ver: ¿se contenta usted con que ella venga á pedirme algún servicio dentro de pocos días, y con que yo se la recomiende á usted y se la envíe á la imprenta ó á alguna casita por ahí?

—¿Me habla usted de veras?—preguntó Mariño acercándose más á la vieja, relampagueándole los ojos.

—¡Ah, picarón, cómo se alegra! Así ha de ser, y nada será más fácil, si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente, y dentro de tres ó cuatro días, asunto concluído; ó salimos bien ó salimos mal.

—Mi amiga—dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad,—yo sólo quería de usted que, con su poderosa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria á esa señora, y

usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí y mañana por ti, como dice el refrán.

—No, pues mire usted, Mariño: en este asunto me parece que voy á hacer menos por usted que por mí; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy á dar un golpe de muerte á Victorica en la opinión de Juan Manuel.

—¿Luego, aquí hay algo serio?—dijo Mariño un poco intrigado.

—Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita, la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué va usted á pagarme mi servicio?

—¿Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la *Gaceta*, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

—Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les va á dar duro á ellos y á ellas, ¿eh?

—Creo que quedará usted contenta.

—Y si no, no me contente.

—Otra cosa: hágame usted el favor, señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos á mi mujer.

—¡No sea criatura! si son bromas mías—y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo le inspiraba, haciéndole gozar del mal que hacía.

—Bien, bromas ó no bromas, es mejor que no se repitan: yo se lo suplico á usted—dijo Mariño, quien, á pesar del favor en que estaba con el Dictador, creía muy conveniente *suplicar* á aquella mujer, cuyas armas eran generalmente irresistibles.

—Bueno: vaya no más, no tenga cuidado; si yo doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda; pero con una condición.

—Póngala usted.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Pues bien; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando á usted á su cuartel de serenos, y usted la recibe, ¿entiende usted?

—¿A quién? ¿A la viudita?

—¡No, qué á la viuda!

—Pues á quién mandará usted á mi cuartel?

—A la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

—¡Ah!

—¿Entiende usted ahora?

—Entiendo—contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba en su cuartel de serenos, no salía de allí sino para la eternidad.

—¿No digo? si hemos de ser muy amigos, Mariño.

—Hace tiempo que lo somos—contestó éste levantándose.

—Sí, y de todo corazón. ¿Conque se va?

—Y volveré, ¿cuándo?

—Dentro de cuatro ó cinco días.

—Hasta entonces, pues.

—Adiós, Mariño, hasta entonces; memorias á su mujer, y no haga caso de las «zonceras» que le diga.

—Adiós, señora—le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en algún veneno diferente.

VIII

PREÁMBULO DE UN DRAMA

Después de la noche del 24 de mayo, en que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales y los sucesos políticos de sus personajes y de su época hasta los últimos días de julio, habían sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barracas había ido, poco á poco, arrojando de su recinto de flores las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un Edén cuyas puertas, cerradas algún tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron á los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la Naturaleza y la soledad, almas formadas para lo más sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habían atado para siempre su destino en el mundo con las fibras más íntimas y sensibles de su corazón; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el Cielo, que domina la imaginación en el tránsito fugitivo de la cuna á la tumba, la felicidad, con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, había aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oir, ver, tocar, en los raptos de poesía y

entusiasmo, todo cuanto la mente concibe qué puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo había respetado á Amalia, y Amalia no veía una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

—Sin embargo, estaba convenido entre ambos que Eduardo volvería á la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podía caminar sin dificultad, pero conservaba aún gran sensibilidad en la herida, y esto y los ruegos de Daniel habían demorado un poco más el día de la separación, si cabía separación en quienes debían volverse á ver á cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentían por Amalia el cariño que ella inspiraba á cuantos tenían la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el riguroso invierno de 1840, que había puesto intransitables los caminos, impedía que madama Dupasquier fuese á Barracas tan á menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, el hombre para quien no había obstáculos en la Naturaleza, ni en los hombres, veía á su prima y á su amigo casi todos los días; y era en Barracas y en casa de su Florencia, donde su corazón y su carácter podían explayarse tales como la Naturaleza los hizo; allí era tierno, alegre, espirituoso, burlón y mordaz á veces; fuera de allí, Daniel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la señora doña Agustina Rosas de Mansilla había repetido su visita á Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia por no haberle pagado ningu-

na de sus visitas todavía. Amalia no buscaba esta relación, la disgustaba al principio, pero últimamente había conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya amistad en nada la comprometía, en tanto que Agustina la divertía al mismo tiempo que le daba ocasión para admirar una obra casi perfecta de la Naturaleza, porque el sentimiento de lo bello era el más desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversión ver á Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí había, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gavetas la bella tucumana, y pasando luego á mirarse y contonearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad ver á aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada como una niña de ocho años, á los placeres más pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres ó cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertía, y sin la mínima violencia le regalaba lo que más veía que había llamado su atención. En cambio de todo esto, Agustina había enviado á Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero, á los tres días de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo bajo pretexto de que no se hallaba sin él.

En cuanto á los acontecimientos políticos, hasta el 16 de julio en que tuvo lugar la batalla de Sauce Grande, no se había alterado la situación pública: situación de espectativa para Rosas, de inacción en Entre Ríos, de preparativos lentos en

las provincias de Cuyo, de irresolución en los agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel entretanto había tenido un tristísimo desengaño: el 15 de junio en que debió tener lugar la segunda reunión de jóvenes en la casa de doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron á la primera reunión, ya no estaban en Buenos Aires, sino en Montevideo, ó en el ejército libertador.

Daniel sufría mucho por el modo con que sus amigos entendían sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, lejos de desmayar, parecía cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mazorca, contenidos por el dique de una primera señal que les faltaba. Y he aquí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mazorca por en medio de la voluntad de Rosas, á ver si de esa prematura erupción resultaba una reacción del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podía con esos lebreles atados con cadena de hierro á la voluntad de su amo, y sólo conseguía ganar en la opinión de ellos el título del más entusiasta y decidido federal.

Fué en este estado de cosas, y al siguiente día de recibirse la noticia de la batalla, cuando Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es pocos días después de su regreso á Buenos Aires, cuando vamos á encontrarnos con él en la encantada quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignora-

ban aquella partida, aun cuando Daniel se había despedido de ellos por tres días; llegándola á saber solamente cuando los estrechó en sus brazos, libre ya de los peligros que había corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar á sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto había sido revelado á su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un ángel, habían subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fría y nebulosa; y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete á los pies de Amalia, Eduardo le traducía uno de los más bellos paisajes del *Manfredo* de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, lo oía, enajenada más por la voz que llegaba hasta su corazón, que por los bellos raptos de la imaginación del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza para buscar en los ojos de su Amalia un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y acabado de la felicidad más completa: felicidad de ellos, que se escondía en los misterios de su corazón, que á nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada ó comprada á costa de alguna mala acción entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos, y al contemplarlos, se hubiera podido decir

que la desgracia tendría compasión de echar una gota de acíbar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que á nadie habían hecho mal en la vida, y que respondían, amándose, á las leyes de una Providencia superior á ellos mismos.

De repente,un coche paró á la puerta, y un minuto después madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron en la sala.

Amalia y Eduardo habían conocido el coche al través de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no había misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que sólo una vez había hecho en las visitas de Agustina.

Daniel entró, como entraba siempre, bullicioso, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia ó de su prima su corazón sacudía sus penas y sus ambiciones de otro género, y daba expandimiento á sus afectos y á su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

—Café, mi prima, café, porque nos morimos de frío; nos hemos levantado de la mesa para venirlo á tomar contigo; pero ha sido inspiración mía, no tienes que agradecer la visita ni á la madre ni á la hija, sino á mí—dijo.

—Pides tan poco por el servicio, que bien merecerías no ser pagado por no saber conocer la importancia de lo que haces—le contestó Amalia, después de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigas.

—No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo; el perezoso se habría dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea—dijo madama Dupasquier, señora de cuarenta á cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un

aire de los más distinguidos; pero en cuyo semblante había algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubría muy generalmente en las señoras de distinción que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos ó de sus amigos, su salud se alteraba por la excitación moral en que vivían.

—Está bien, yo diré menos verdad que madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viernes.

—Amalia, yo me empeño en que se lo haga usted servir — dijo la madre de Florencia, — de lo contrario no nos va á hablar sino de café toda la tarde.

—Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida á ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible—dijo Florencia á quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, había tirado del cordón de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviese café.

—¿Qué obra es esa, Eduardo?—preguntó Daniel.

—La de uno que en ciertas cosas tenía tanto juicio como tú.

—Ah, es Voltaire, porque este buen señor decía, que una taza de café valía más que un vaso de agua de Hipocrene.

—No, no es Voltaire—dijo Amalia;—adivina.

—¡Ah! entonces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenía el exquisito gusto de pararse á respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibía.

—Ya usted ve, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café —dijo madama Dupasquier.

—Pero no adivina—observó Amalia.

—No me doy por vencido.

—¿A ver, pues?

—Napoleón, de quien la enfermedad de familia se le agravó á causa de los toneles de café que había tomado en su vida.

—Nada, nada; no adivinas.

—¡Vaya! No adivinaré quién es el autor de ese libro, ¿pero á que adivino quién no es el autor?

—¿A ver?— dijo Florencia desde la ventana á cuya luz estaba viendo los grabados.

—Don Pedro de Angelis, porque este autor no puede parecerse á mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos, ¿acerté?

—Es Byron, loco, es Byron—le dijo Eduardo enseñando á Florencia el retrato de la hija del poeta.

—¡Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razón de que era la bebida favorita de Napoleón; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecía á Napoleón, pero tenía celos de su gloria, por cuanto sabía, el taimado inglés, que con él y con Napoleón debían morir las dos grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese más gloria que la suya. ¿Me parece que he hablado con juicio?

—Por la primera vez esta tarde—contestó Florencia.

—Cosa que no le sucedía con frecuencia al tal poeta; pues, si en vez de querer tanto á su mu-

jer, hubiese tenido el juicio de quererla más cuando ella lo tuvo por loco, no hubiese pasado después la miserable vida que llevó en este mundo.

—No he entendido—dijo Florencia.

—Ni nadie—agregó Amalia.

—Quise decir—explicó Daniel hamacándose en el sillón en que estaba,—que si á mí me tuviese mi mujer por loco, por sólo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rapto de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirle cartas como él hizo, haría...

—¿Qué?—preguntó Florencia con viveza.

—Haría lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho: pero, antes, á ver ¿qué harías tú Eduardo?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?

—¿Qué había de hacer? Lo que hizo Byron, escribirle, querer traerla al buen sendero de que se había extraviado en un momento de ilusión.

—¡Bah! eso no vale nada.

—¿Y qué harías tú?

—¿Yo? montar en un coche, y si no había coche, en un caballo, y si no había caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo á la casa donde estuviese mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente, y decir á los que allí estuviesen: paso señores, que ésta es mi mujer y me la llevo á mi casa.

—¿Y si no quería ir, caballero?—dijo Florencia.

—Entonces... claro está, entonces me quedaría donde ella estuviese. Toda la dificultad estaría en que me echasen los dueños de casa, pero enton-

ces me salía con mi mujer, y asunto concluido. Pero... el café, mis queridas señoras—dijo Daniel levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo á la sala donde acababan de servirlo, y adonde entraron todos.

El criado, al servir el café, había colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba á la calle Larga, pues que ya comenzaba á anochecer.

Sentados alrededor de la mesa, todos se entretenían en ver á Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

—¡Es una lástima—dijo madama Dupasquier,—que nuestro Daniel no haya hecho un viaje á Constantinopla.

—Es cierto, señora—contestó el joven,—allí se toma el café por decenas de tazas, pero hace poco tiempo que he jurado no hacer más viajes en mi vida.

—Y especialmente, si para ir á Constantinopla, fuese necesario hacer el viaje en una ballenera—dijo Amalia.

—Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver á su casa—agregó Florencia mirando con ojos de reconvención á Daniel.

—Y exponerse á ser recibido por algún oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista—observó Eduardo.

—¡Hola! ¿También tú, mi querido? ¡Por supuesto, tú, el más circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

—En todo caso contaría contigo—respondió

Amalia á su primo, mirando tiernamente á Eduardo.

—Por aviso de la Providencia, se entiende; en cuanto á los que había de recibir de él, tengo mis antecedentes á este respecto.

—Sí, tiene razón Daniel—dijo madama Dupasquier.

—Pero Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio cómo apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche—dijo Amalia.

—¡Vaya! hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mía. Es muy sencillo.

Todos se pusieron á escuchar á Daniel, que prosiguió:

—El 4 de mayo, á las cinco de la tarde, recibí una carta de este caballero, en que me anunciaba que esa noche dejaría Buenos Aires. «Entró en la moda», dije para mí; pero, como yo tengo algo de adivino, empecé á temer alguna desgracia. Fuí á su casa; nada, cerrada la puerta. Fuí á diez ó doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podía estar en casa de esta señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, exponiéndome... exponiéndome, etc., esta señorita concluirá mi frase. Salí, pues, y fuí á dar por las barrancas de la Residencia en donde vive cierto escocés amigo mío, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto á querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos á Montevideo, y Rosas mandando otros á otra parte. Pero mi escocés dormía como si estuviese en sus montañas, esperando á que viniese á describirlo Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entonces? Acudí á la lógica: nadie se embarca

sino por el río; es así, que Eduardo va á embarcarse: luego, por la costa del río, puedo encontrarlo; y después de este silogismo que envidiaría el señor Garrigós, que es el más lógico de nuestros representantes, bajé la barranca, y me eché á ándar por la costa del río.

—¡Y solo!—exclamó Florencia, empezando á palidecer.

—¡Vaya! si no, me callo.

—No, no; siga usted—dijo la joven, esforzándose para sonreirse.

—Bien, pues; empecé á andar hacia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaban la soledad y el silencio, percibí, primero un ruido de armas, me fuí en esa dirección, y á pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Después... después ya se acabó el cuento—dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban excesivamente pálidas.

Eduardo se disponía á dar un nuevo giro á la conversación, cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala, dieron vuelta todos, y al través del tabique de cristales que separaba el gabinete, vieron entrar á las señoras doña Agustina Rosas de Mansilla y doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se había sentido rodar en el arenoso camino, distraídos como estaban todos con la narración de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse á las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.

IX

EL PRIMER ACTO DE UN DRAMA

De todos cuantos allí había, Amalia era la única que no conocía á doña María Josefa Ezcurra; pero, cuando al pasar al salón vió de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta, sobre cuyo cabello alborotado estaba un inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo menos de sentir una impresión vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apenas la punta de sus dedos cuando la vieja le extendió la mano. Pero, cuando Agustina le dijo:—Tengo el gusto de presentar á usted á la señora doña María Josefa Ezcurra;—entonces un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organización de Amalia, y, sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

—¿No me esperaría con esta tarde tan mala?—prosiguió Agustina, dirigiéndose á Amalia, mientras todos se sentaban alrededor de la chimenea.

Pero, fuese casual ó intencionadamente, doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de presentar á Eduardo. Todos los demás se conocían desde mucho tiempo.

—En efecto, es una agradable sorpresa—contes-Amalia á la señora de Mansilla.

—Misia María Josefa se empeñó en que saliéramos; y como ella sabe cuán feliz soy cuando vengo á esta casa, ella misma le dió orden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó á rascarse una oreja, mirando el fuego, como si el fuego absorbiese toda su atención.

—Pero, vamos—prosiguió Agustina,—no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está madama Dupasquier, que hace más de un año que no me visita; aquí está Florencia, que es una ingrata conmigo, y, por consiguiente, aquí está el señor Bello. Además, aquí tengo el gusto de ver también al señor Belgrano, á quien hace años no se le ve en ninguna parte—dijo Agustina, que conocía á toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba á Eduardo de pies á cabeza.

—Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco—respondió Amalia.

—Y si yo no la veo á usted, Agustina, á lo menos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente—dijo madama Dupasquier.

—Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

—Pero usted vive aquí tan perfectamente, que casi es envidiable su soledad—dijo doña María Josefa, dirigiéndose á Amalia.

—Vivo pasablemente, señora.

—¡Oh, Barracas es un punto delicioso!—prosiguió la vieja,—especialmente para la salud.

Y señalando á Eduardo, dijo á Amalia:

—¿El señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

—Señora, yo estoy perfectamente bueno—le contestó Eduardo.

—¡Ah! dispense usted. Como le veía tan pálido...

—Es mi color natural.

—Además, como lo veía á usted sin divisa y con esa corbata de una sola vuelta, en un día tan frío, creí que vivía usted en esta casa.

—Mire usted, señora—se apresuró á decir Daniel, para evitar una respuesta que, por fuerza, ó había de ser una mentira, ó una declaración demasiado franca, que convenía evitar,—en esto de frío, es según uno se acostumbra; los escoceses viven en un país de hielo, y andan desnudos hasta medio muslo.

—Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires...—replicó doña María Josefa.

—Y en Buenos Aires, donde este invierno es tan riguroso—agregó madama Dupasquier.

—¿Ha hecho usted poner chimenea, misia María Josefa?—preguntó Florencia, que, como todos, parecía empeñarse en distraerla de la idea que había tenido sobre Eduardo, y que todos parecían adivinar.

—Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo, pensaremos un poco en nuestras comodidades.

—Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, porque Mansilla se resfría al salir del lado del fuego—dijo Agustina.

—Demasiado calor ha de tener hoy Mansilla—continuó doña María Josefa.

—¿Cómo? ¿Está enfermo el señor general?—preguntó Amalia.

—El nunca está sano—contestó Agustina,—pero hoy no le he sentido quejarse.

—No, no tiene calor de enfermedad—repuso la vieja,—tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedes que hace tres días se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre Ríos? Pues no hay un solo federal que no lo sepa.

—Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron—dijo Daniel;—ha sido una terrible batalla.

—¡En que bien la han pagado!

—¡Oh! de eso yo le respondo á usted—dijo Daniel.

—Y yo también—agregó Eduardo;—y si no hubiera sido que la noche era tan obscura...

—¿Cómo la noche? Si la batalla fué de día, señor Belgrano—observó doña María Josefa.

—Eso es; fué de día, pero quiso decir mi amigo que si no hubiera sido la noche, no se escapa ninguno.

—¡Ah! por supuesto. ¿Y ha asistido usted á algunas de las fiestas, señor Belgrano?

—Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderación—contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

—¡Y qué lindas banderas hay! ¿De dónde sacarán tantas, señora?—dijo la picaruela de Florencia, dirigiéndose á doña María Josefa.

—Las compran, niña, ó las hacen las buenas federales.

—Sí, pues yo soy una buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mansilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al señor Mandeville, y desde entonces las tengo, y son las que uso; ni se las vuelvo más. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

—No, Agustina; ¡esta casa está retirada!

—¡Bien hecho! ¡hacen un ruido las malditas banderas! y después de eso, los muchachos; Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

—¡Oh, esta casa no está tan lejos!—dijo doña María Josefa.

—Pero como las del teatro, no hay ningunas; ¿ha ido usted al teatro, doña María Josefa?

—No, Florencita, yo no voy al teatro.—Pero he sabido que ha habido mucho entusiasmo; ¿ha estado usted, señor Belgrano?

—Pues mire usted, el día que yo vaya, por fuerza la voy á buscar á usted, y hemos de ir, ¿no es verdad?

—No te incomodes, niña, yo no voy al teatro—¡esta casa está retirada!
contestó la vieja, con un gesto de mal humor al ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

—El teatro es el centro más á propósito para expresar el entusiasmo de los pueblos—dijo Daniel.

—Sí, pero con tanta gritería, no dejan oir la música—agregó Agustina.

—Esa grita es la más bella música de nuestra santa causa—dijo Daniel, con una cara la más seria del mundo.

—Cabal, eso es hablar—dijo la vieja.

—Florencia, ¿por qué no toca usted el piano un momento?

—Ha tenido usted una buena idea, Amalia. Florencia, vé á tocar el piano.

—Bien, mamá. ¿Qué le gusta á usted, doña Josefa?

—Cualquier cosa.

—Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal, pero por usted voy á cantar delante de gente mi canción favorita, que es el *Natalicio* del Restaurador. Venga usted junto al piano—y Florencia se puso de pie delante de doña María Josefa, para dar más expresión á su invitación.

—¡ Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento !

—¡ Vaya, que no es así ! Venga usted.

—¡ Qué niña ésta !—dijo la vieja con una sonrisa satánica.—Vaya, vamos, pues : dispense usted, señor Belgrano—y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza, con todo el peso de su cuerpo, que, transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se había afirmado precisamente en lo más sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atrás su cabeza, sin poder encerrar entre sus labios esta exclamación :

—¡ Ay, señora !—quedando en la silla casi desmayado, y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha á los ojos, y se cubrió el rostro.

Todos, á excepción de Agustina, comprendieron al momento que en la acción de doña María Josefa podía haber algo de premeditación siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

—¿Le he hecho á usted mal? dispense usted, caballero. Si yo hubiesa sabido que tenía usted tan sensible el muslo izquierdo, le hubiera á usted pedido su brazo para levantarme. ¡ Lo que es ser vieja ! Si hubiera sido una muchacha, no le habría dolido á usted tanto su muslo izquierdo. Dispense

usted, buen mozo—dijo mirando á Eduardo con una satisfacción imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fué luego á sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reacción natural en su altiva organización, Amalia se despojó súbitamente de todo temor, de toda contemporización con la época y con las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de Colonia; se lo dió á Eduardo, que empezaba á volver en sí del vértigo que había trastornádolo un momento; y separando bruscamente la silla en que había estado sentada doña María Josefa, tomó otra, y ocupó el lugar de aquélla al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda á la cuñada y amiga del tirano.

Agustina nada había comprendido, y se entretenía en hablar con madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles, como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo, sin saber lo que hacía.

Doña María Josefa miraba á Eduardo y á Amalia, y sonreía y movía la cabeza.

Daniel, de pie, dando la espalda á la chimenea, tenía en acción todas las facultades de su alma.

—No es nada, ya pasó, no es nada—dijo Eduardo al oído de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

—¡Pero está endemoniada esta mujer! desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir—le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa la fisonomía de Eduardo.

—Muy bueno está el fuego—dijo Daniel, alzan-

do la voz, y mirando con algo de severidad á Amalia.

—Excelente — dijo madama Dupasquier, — pero...

—Pero, perdone usted, señora, lo disfrutaremos solamente hasta las diez ó las once—la interrumpió Daniel, alcanzando que madama Dupasquier iba á hablar de retirarse, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada que la inteligente porteña comprendió con facilidad.

—Justamente, esa es mi idea—repuso la señora, —es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.

—Gracias, señora—dijo Amalia.

—Tiene usted razón—agregó Agustina,—y yo también me estaría hasta esas horas, si no tuviese que ir á otra parte.

—Es muy justo—dijo Amalia, cambiando con madama Dupasquier una mirada bien inteligente sobre la razón algo impertinente que acababa de dar Agustina.

—¿Qué tal, lo he hecho bien?—preguntó Florencia á doña María Josefa, levantándose del piano.

—¡Oh, muy bien! ¿Se le pasó á usted el dolor, señor Belgrano?

—Ya, sí, señora—respondió Amalia con prontitud, y sin dar vuelta la cabeza para mirar á doña María Josefa.

—No me vaya usted á guardar rencor, ¿eh?

—Si no hay de qué, señora—dijo Eduardo violentándose para dirigirle la palabra.

—Lo que le prometo es no decir á nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, á lo menos á las muchachas, porque si lo saben, todas

van á querer pellizcarle ahí, para verlo desmayarse.

—¿Quiere usted sentarse, señora?—dijo Amalia, girando la cabeza hacia doña María Josefa, sin alzar los ojos, y señalando una silla que había en el extremo del círculo que formaban en derredor de la chimenea.

—No, no—dijo Agustina,—ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa antes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del general Mansilla se levantó, ajustándose las cintas á su gorra de terciopelo negro, que hacía resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse; no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevención que la dominaba ya contra doña María Josefa Ezcurra: aún no había traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la grosería de la parte ostensible de ellas, para hacérsele repugnante su presencia; y jamás despedida alguna fué hecha con más desabrimiento á esa mujer todopoderosa en aquel tiempo: Amalia le dió á tocar apenas la punta de sus dedos, y ni le dió las gracias por su visita, ni le ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel que las condujo hasta el coche. Pero todavía desde la puerta de la sala doña María Josefa volvió su cabeza, y dijo, dirigiéndose á Eduardo:

—No me vaya á guardar rencor, ¿eh? Pero no se vaya á poner agua de Colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina había partido ya, y aún duraba en el salón de Amalia el silencio que había sucedido á la salida de aquélla y su compañera.

Amalia fué la primera que lo rompió, mirando á todos, y preguntando, con una verdadera admiración:

—Pero ¿qué especie de mujer es ésta?

—Es una mujer que se parece á ella misma—dijo madama Dupasquier.

—¿Pero qué le hemos hecho?—preguntó Amalia.—¿A qué ha venido á esta casa, si debía ser para mortificar á cuantos en ella había, y esto, cuando no me conoce, cuando no conoce á Eduardo?

—¡Ah, prima mía! ¡Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente á tu casa; ha debido tener alguna delación, alguna sospecha sobre Eduardo, y, desgraciadamente, acaba de descubrirlo todo!

—Pero ¿qué ha descubierto?

—Todo, Amalia; ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo á Eduardo?

—¡Ah!—exclamó Florencia,—¡sí, sí, ella sabía de un herido en el muslo izquierdo!

Las señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo, y con la misma gravedad.

—Cierto, esa era la única seña que ella tenía del escapado en los asesinatos del 4 de mayo. Ella no ha podido venir á esta casa sin algún fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado á Eduardo de pies á cabeza; sólo á él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversación, ha querido, de un solo golpe, descubrir la verdad, y ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resulta-

do de la presión de su mano. Sólo el demonio ha podido inspirarle tal idea, y ella va perfectísimamente convencida de que, sólo habiendo oprimido una herida mal cerrada aún, ha podido originar en Eduardo la impresión que le hizo, y que ha devorado con placer.

—Pero ¿quién ha podido decírselo?

—No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el borde de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

—¿Qué?—exclamaron todas las señoras, que estaban pendientes de los labios de Daniel.

—Que Eduardo deje esta casa inmediatamente, y se venga conmigo.

—¡Oh, no!—exclamó Eduardo, levantándose iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y poniéndose de pie al lado de su amigo, junto á la chimenea.

—No—prosiguió.—Alcanzo ahora toda la malignidad de las acciones de esa mujer; pero es, por lo mismo que me creo descubierto, por que debo permenecer en esta casa.

—Ni un minuto—le contestó Daniel con su aplomo habitual, en las circunstancias difíciles.

—¿Y ella, Daniel?—le replicó Eduardo nerviosamente.

—Ella no podrá salvarte.

—Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

—Con cuya liberación, se perderían ustedes dos.

—No; me perdería yo solo.

—De ella me encargo yo.

—¿Pero, vendrán aquí?—preguntó Amalia, toda inquieta, mirando á Daniel.

—Dentro de dos horas, dentro de una, quizá.

—¡Ah! Dios mío! Sí, Eduardo, al momento, váyase usted, yo se lo ruego—dijo Amalia, levantándose y aproximándose al joven; acción que instintivamente imitó Florencia.

—Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted, Eduardo—dijo la bellísima y tierna criatura.

—Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí—agregó madama Dupasquier.

—¡Por Dios, señoras! no, no. Aunque no fuera más que el honor, éste me ordena permanecer al lado de Amalia.

—Yo no puedo asegurar—dijo Daniel,—que ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo, y para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora, yo volveré á estar á su lado.

—Pero Amalia puede venir con nosotros—dijo Florencia.

—No, ella debe quedar aquí, y yo con ella—replicó Daniel;—si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la señora doña María Josefa. De todos modos, no perdamos tiempo; toma, Eduardo, tu capa y tu sombrero, y vén con nosotros.

—No.

—¡Eduardo! Es la primera cosa que pido á usted en este mundo; entréguese á la dirección de Daniel, por esta noche, y mañana... mañana nos volveremos á ver, cualquiera que sea la suerte que nos depare Dios.

Los ojos de Amalia, al pronunciar estas palabras, húmedos por el flúido de su sensibilidad, tenían una expresión de ruego tan tierna, tan melancólica, que la energía de Eduardo se dobló ante ella, y sus labios apenas modularon dos palabras:

—Bien: iré.

Florencia batió las manos de alegría y atravesó corriendo el salón á tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver:

—A casa, á casa, Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, le dijo:

—No, ángel de bondad, ni á vuestra casa, ni á la de él. En todas ellas puede ser buscado. Irá á otra parte; eso está de mi cuenta.

Florencia se quedó triste.

—Pero, bien—dijo Eduardo,—¿dentro de una hora estarás al lado de Amalia?

—Sí, dentro de una hora.

—Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida; pero, créame usted, por la memoria de mi madre, que es el mayor que podría hacer en este mundo.

—¡Gracias, gracias, Eduardo! ¿Hay alguien que pudiera creer que en su corazón de usted cabe el temor? Además, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabría hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras; pues había ido al gabinete á buscar la capa de su madre.

Algunos minutos después, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, á quien Daniel había dado algunas instrucciones antes de partir, se paseaba desde el zaguán hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de éste las escopetas de dos tiros de Eduardo y una tercerola de caballería, mientras de la cintura del viejo vete-

rano de la Independencia pendía un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas del patio, esperando las órdenes del soldado, quien, según las instrucciones de Daniel, no debía abrir á nadie la puerta de la calle hasta su regreso.

X

UNA NOCHE TOLEDANA

Por muy deprisa que anduviese Daniel, le era imposible volver á Barracas en el término de una hora, teniendo que ir en coche á dejar á la señora Dupasquier y su hija; conducir á Eduardo muy lejos de la calle de la Reconquista, y á pie para no poner al cochero en el secreto de su refugio; volver á su casa, dar algunas órdenes á su criado, hacer ensillar y volver á Barracas.

Así es que eran ya las nueve y media de la noche, es decir, hora y media después de dejar á su prima, cuando descendía por la barranca de Balcarce, reflexionando y convenciéndose de que la visita de doña María Josefa había sido el resultado de alguna delación sobre aquello que por tanto tiempo se había velado entre el misterio, y que la vieja, espía de su hermano político, había adquirido el convencimiento de la verdad que le habrían revelado.

—En la pérdida de Eduardo está interesado Ro-

sas, porque ha sido el primero que ha burlado una resolución suya en esta época—se decía Daniel.

—Está interesado Cuitiño, y, por consiguiente, la Mazorca, porque con la cabeza de Eduardo dan una prueba de su celo, que fué burlado por el valor de éste.

—Está interesada doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algún tiempo.

—Para todos, pues, Eduardo es un delincuente, puesto fuera de la ley.

—Pero ese delincuente tiene sus cómplices. Esos cómplices son Amalia, los que rodean á Amalia: yo, y quizá también la señora Dupasquier y Florencia.

—¡Cómo conjurar, Dios mío, esta tormenta!—exclamaba Daniel en el interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez de su vida, al considerar en peligro los seres más amados de su corazón.

Por un contraste original de la Naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política ó de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan á los seres ligados á su vida por los vínculos del amor ó de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolución y de sangre, ó la metralla de un campo de batalla, sufría en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte ó cuya existencia peligraba.

—Pero, en fin, dejemos venir los acontecimien-

tos y chispearé á sus golpes, porque, si ellos son de acero, yo soy de pedernal—dijo, y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dió riendas á su brioso corcel en dirección á la quinta, y en medio de una de esas noches frías, nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero al llegar al camino que viene de la Boca á Santa Lucía, vió doblar hacia la calle Larga seis hombres que la enfilaron á todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto pareció anunciarle que aquellos hombres tenían algo de relación con sus asuntos; y por una combinación de su pensamiento, viva como la luz, tiró de la rienda de su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse con ellos. Pero apenas se habían adelantado cincuenta pasos, volvió á tomar el galope, llevándolos siempre á esa distancia.

Y era de ver y de admirar, en medio de la solitaria calle Larga, y bajo el manto obscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algún súbito relámpago, á aquel joven, sin más garantía que sus pistolas, corriendo á disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la federación tenía á su frente y los federalistas sobre su espalda.

—¡Ah! no me engañé—exclamó al ver á los seis jinetes detener sus caballos á la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella con el llamador y con el cabo de los rebenques.

Aún no habían tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con voz entera y resuelta, preguntó:

—¿Qué hay, señores?

—¿Qué hay? ¿y quién es usted?

—Yo soy el que puede hacerles á ustedes esta pregunta. Ustedes vienen en comisión, ¿no es cierto?

—Sí, señor, en comisión—dijo uno de ellos, acercándose á Daniel y mirándolo de pies á cabeza, en el momento en que el joven bajó resueltamente de su caballo y gritó con voz imperiosa:

—Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenían rodeado á Daniel, sin saber qué hacer, esperando cada uno que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando á los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles:

—Adelante, señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala, y entró en ella.

Los seis hombres entraron también arrastrando sus sables sobre la rica alfombra, en la que hacían surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, de pie junto á la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmín, al ver acercarse á ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y estampado sobre su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel le hizo comprender que debía guardar el más profundo silencio.

El joven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentación del chaleco punzó que en esa época comenzaba á usarse entre los más entusiastas federales, y la gran divisa que traía en el pecho, dijo, dirigiéndose á los seis hombres que to-



davía no podían formar una idea completa de lo que debían hacer:

—¿Quién manda esta partida?

—Yo la mando—dijo uno de aquéllos, acercándose á Daniel.

—¿Oficial?

—Ordenanza del comandante Cuitiño.

—¿Vienen ustedes á prender á un hombre en esta casa?

—Sí, señor; venimos á registrar la casa, y á llevarlo.

—Bien; lea usted—dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vió por todos lados un sello que había en él, y dándoselo á otro de los soldados, le dijo:

—Lee tú, que sabes.

El soldado se acercó á la lámpara, y deletreando sílaba por sílaba, leyó al fin:

¡Viva la Federación!

¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!

¡Mueran los inmundos asquerosos unitarios!

¡Mueran el pardejón Rivera y los inmundos franceses!

SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA

El portador, don Daniel Bello, está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga debe ser en favor de la Santa Causa de la

federación, porque es uno de sus mejores servidores.

Buenos Aires, junio 10 de 1840

JULIÁN GONZÁLEZ SALOMÓN
Presidente.

Romeo,
Secretario.

—Ahora—dijo Daniel mirando á los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la mayor irresolución, ¿qué hombre es el que buscan en esta casa, que es como si fuera la mía, y en la que nunca se han escondido salvajes unitarios?

El ordenanza de Cuitiño iba á responder, cuando todos volvieron la cabeza al oir el gran ruido que hicieron cuatro ó seis caballos que entraron de improviso en el zaguán enlosado, produciendo un estrépito infernal con las herraduras sobre las losas, y con los sables y espuelas de los jinetes, que se desmontaron y penetraron en tropel en la sala.

Maquinalmente, Amalia vino á ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se asió del brazo de su señora.

—¡Vivo ó muerto!—gritó al entrar en la sala el que venía delante de todos.

—Ni vivo, ni muerto, comandante Cuitiño—replicó Daniel.

—¿Se ha escapado?

—No; los que se escapan, señor comandante—contestó Daniel,—son los unitarios, que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos é indisponernos á nosotros mismos. Con sus logias y con sus manejos, que están apren-

diendo de los «gringos», ya la casa de un federal no está segura: y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la federación, se esconde también algún salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante, y esta señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo, y no necesito jurar para que se me crea que donde estoy yo no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted á todos esos señores á que registren la casa por donde quieran.

—Ninguno se mueva de ahí—gritó Cuitiño á los soldados, que se disponían á seguir á Pedro;—la casa de un federal no se registra,—y continuó:—usted es tan buen federal como yo, señor don Daniel. Pero dígame, ¿cómo es que doña María Josefa me ha engañado?

—¿Doña María Josefa?—dijo Daniel fingiendo que no comprendía ni una palabra.

—Sí, doña María Josefa.

—Pero ¿qué le ha dicho á usted, comandante?

—Acaba de mandar á decirme que aquí estaba escondido el unitario que se nos escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

—¡Belgrano!

—Sí, Eduardo Belgrano.

—Es verdad. Eduardo Belgrano ha estado de visita esta tarde, porque suele visitar de cuando en cuando á mi prima; pero á ese mozo, á quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento—dijo Daniel con cierta sonrisa, muy significativa para Cuitiño.

—Y entonces, ¿cómo diablos es esto? ¿Pues qué yo soy hombre para que se juegue conmigo?

—Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar á los federales; y le han de haber ido con algún cuento á doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los días. Pero no importa, usted busque á ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar cómo conocerlo. Entretanto, yo he de ver á doña María Josefa y al mismo don Juan Manuel, para saber si ya nos andamos registrando las casas unos á otros.

—No, don Daniel, no dé paso ninguno, si son los unitarios, como usted ha dicho—le contestó Cuitiño que creía á Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

—¿Qué quiere tomar, comandante?

—Nada, don Daniel. Lo que yo quiero es que esta señora no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabíamos qué casa era ésta.

Amalia hizo apenas un ligero movimiento con la cabeza, porque estaba completamente atónita, menos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

—¿Entonces se retira, comandante?

—Sí, don Daniel, y ni la contestación le voy á llevar á doña María Josefa.

—Hace bien; son cosas de mujeres y nada más.

—Señora, muy buenas noches—dijo Cuitiño saludando á Amalia, y marchando con toda su comitiva, acompañado de Daniel, á tomar sus caballos.

XI

Continuación del anterior

Amalia permanecía de pie aún junto á la mesa, cuando Daniel, después de haberse retirado Cuitiño, entró en la sala riéndose como un muchacho, dirigiéndose á su prima á quien abrazó con el cariño de un hermano.

—Perdóname, mi Amalia —le dijo :— son herejías políticas y morales que tengo que cometer á cada paso en esta época de comedia universal, en que yo hago uno de sus más extraordinarios papeles. ¡ Pobre gente ! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre. Ahora ya están extraviados, mi Amalia : y sobre todo, ya están en anarquía ; Cuitiño ya no le hará caso á doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja se va á enojar con Cuitiño.

—¿ Pero, dónde está Eduardo?

—Perfectamente seguro.

—¿ Pero van á ir á su casa?

—Por supuesto que irán.

—¿ Tiene papeles?

—Ninguno.

—¿ Pero tú y yo, cómo quedamos?

—Mal.

—¿ Mal?

—Mal, malísimamente estamos ya, desde esta tarde. ¿ Pero qué hemos de hacer sino esperar los

sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?

—Pero bien, ¿cuándo veré á Eduardo?

—Dentro de algunos días.

—¡De algunos días! ¿Pero no hemos quedado en que mañana nos volveríamos á ver?

—Sí, pero no habíamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.

—No importa, si él no viene aquí, yo quiero ir adonde él esté.

—Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja queda satisfecha con lo que le ha sucedido á Cuitiño; al contrario, va á irritarse más é incomodarnos á todos. Hay una cosa, sin embargo, que me tranquiliza.

—¿Y cuál, Daniel?

—Que á estas horas tienen mucho en qué pensar Rosas y todos sus amigos.

—¿Y qué hay? ¡acaba, por Dios!

—Nada, una friolera, mi querida Amalia—dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo, junto á la chimenea.

—¿Pero, qué hay? Estás insufrible.

—Gracias.

—Lo mereces. Te estás riendo.

—Es que estoy contento.

—¿Contento?

—Sí.

—¿Y tienes valor de decírmelo?

—Sí.

—¿Pero, contento de qué? ¿De que todos estamos sobre un volcán?

—No: estoy contento... óyeme bien lo que voy á decirte.

—Te oigo.

—Bien; pero antes, Luisa, dí al criado de Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré por él una taza de té.

—Te lo repito, estás insufrible — dijo Amalia, después de haber salido Luisa.

—Ya lo sé; pero te decía que estaba contento, y quedé en explicarte el por qué, ¿no es así?

—No sé—dijo Amalia con un gesto del mal humor.

—Pues bien: estoy contento, primero, porque Eduardo está escondido en una buena casa; y segundo, porque Lavalle está á la vista y paciencia de todo el mundo, en la buena villa de San Pedro.

—¡Ya!—exclamó Amalia, radiantes sus ojos de alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

—Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el ejército libertador. Está á treinta leguas solamente del tirano, y me parece que éste es un asunto bien importante para no llamar la atención de nuestro Restaurador.

—¡Ah, pero vamos á estar libres entonces!—exclamó Amalia sacudiendo la mano de su primo.

—¡Quién sabe, hija mía, quién sabe! Eso dependerá del modo cómo se opere.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pensar que dentro de pocos días ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres días puede estar Lavalle en Buenos Aires?

—No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho días, dentro de seis. Pero puede también no estar nunca, Amalia mía.

—¡Oh, no, por Dios!

—Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresión de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale á la campaña á ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No: si la ciudad es atacada, Rosas se embarca y huye. Pero si el general Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entonces la suerte puede serle adversa. ¿Quieres oir unos fragmentos de la orden del ejército?

—Sí, sí—exclamó Amalia, llena de entusiasmo.

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó:

«Cuartel general de San Pedro.

»El ejército va á decidir en estos días la suerte »de todos los pueblos de la República; va á resol»ver el gran problema de la libertad de veinte pue»blos, cuyas ansiosas miradas se dirigen á las lan»zas de sus bravos soldados.

»El general en jefe exhorta á todos los jefes, ofi»ciales y soldados del ejército, para que se pene»tren de la importancia y gloriosa misión que están »llamados á cumplir en su patria...

»Señores jefes, oficiales y soldados del ejército »libertador: en estos días se va á decidir la suerte »de la República. Dentro de poco nos veremos ben»decidos por seiscientos mil argentinos, y cubiertos »de gloria, ó moriremos en los cadalsos del tirano, »ó arrastraremos una vida infeliz en países ex»tranjeros, mientras la rabia del déspota se »satisface con nuestros padres, esposas é hijos. »Elegid, mis bravos compañeros. Media hora de »coraje es bastante para la gloria y felicidad de la »República.

»En la próxima batalla, el enemigo nos presen-

»tará, probablemente, un ejército numeroso. Es »preciso no sorprenderse.

»Si el general en jefe manda atacar, la victoria »es segura. Para ello es preciso que los libertado»res desplieguen todo su coraje. Que la caballería »cargue con ímpetu, á estrellarse contra el enemi»go, el cual no resistirá. Las legiones que el gene»ral en jefe señale, es preciso que se reunan luego »que el enemigo haya dado la espalda; las demás »perseguirán.

»El general en jefe tiene una gran confianza en »su ejército.—*Juan Lavalle.*»

—¡Sublime, sublime!—exclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la orden del ejército.

—Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre que todas las proclamas y órdenes del ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo deseo ver siempre, es la sublimidad de las acciones; será sublime la empresa del general Lavalle, si él viene á estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

—Pero vendrá.

—Dios lo quiera.

—Y díme, ¿cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo?

—Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado á Eduardo.

—¿Pero qué casa es esa?

—Oh, nada menos que la de un empleado.

—¡Dios mío! ¿En la casa de un empleado de Rosas has puesto á Eduardo?

—No, señora, en la casa de un empleado mío.

—¿Tuyo?

—Sí... pero silencio... un caballo ha parado á la puerta... ¡Pedro!—gritó Daniel saliendo al zaguán.

—¿Señor?—contestó el fiel veterano de la Independencia.

—Hay gente en la puerta.

—¿Abro, señor?

—Sí; llaman ya; abra usted,—y Daniel volvió á sentarse al lado de su prima.

Amalia palideció.

Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecía venir á complicar la situación de sus amigos y la suya propia; porque á esas horas, cerca de las doce de la noche, nadie podía venir á aquella casa, sino haciendo relación á los sucesos que lo preocupaban.

El fiel Pedro entró en la sala con una carta en la mano.

—Un soldado trae esta carta para la señora—dijo.

—¿Viene solo?—preguntó Daniel.

—Solo.

—¿Ha mirado usted al fondo del camino?

—No hay nadie.

—Bien, vuelva usted y observe.

—Abrela—dijo Amalia, entregando la carta á su primo.

—¡Ah!—exclamó Daniel, después de abrirla.—Mira, esta firma es de un gran personaje, conocido tuyo.

—¡Mariño!—exclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmín.

—Sí, Mariño, ¿debo leerla aún?

—Lee, lee.

Daniel leyó:

«Señora: Acabo de saber que se halla usted »complicada en un asunto muy desagradable y pe»ligroso, hasta cierto punto, para su tranquilidad. »Las autoridades tienen aviso de que ha ocultado »usted en su casa, largo tiempo, á un enemigo del »Gobierno, perseguido por la justicia.

»Se sabe que esa persona ya no está en casa de »usted: pero, como es de suponer que sepa usted »su paradero, no tengo dificultad en creer que va »usted á ser el objeto de muy serios requerimien»tos de la autoridad.

»En tan difícil situación, yo no dudo que ten»drá usted necesidad de un amigo; y como en mi »posición, yo tengo algunos amigos de valor, me »apresuro á ofrecer á usted mis servicios, en la en»tera confianza de que, una vez que sean acepta»dos, ya no correrá usted ningún peligro.

»Para conseguir esto último, bastará que deposi»te usted en mí su confianza, dignándose decirme »á qué hora me concederá usted mañana el honor »de pasar á combinar con usted lo que debemos »hacer en el caso presente. Advirtiendo á usted »que su carta, como mi visita, y las que en adelan»te le hiciere, serán cubiertas por el mayor miste»rio...»

—¡Eh, basta, basta!—exclamó Amalia, haciendo acción de arrebatar la carta.

—No, no, espera. Hay algo más.

Daniel continuó:

«Hace tiempo que motivos muy poderosos, que »su talento habrá comprendido quizá, me han he»cho buscar, pero en vano, la ocasión que hoy se »me presenta de poder prestar á usted mis servi-

»cios con la más profunda sumisión y respeto, y »con la amistad con que saluda á usted su afectí»simo S. Q. B. S. P.—*Nicolás Mariño.*»

—No hay más—dijo Daniel, mirando á su prima con la expresión más burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

—¡Pero es de sobra para decir que ese hombre es un insolente!—exclamó Amalia.

—Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber qué se contesta á este hombre.

—¿Qué se contesta? A ver, dáme esa carta.

—No.

—¡Oh, dámela!

—¿Y bien, para qué?

—Para contestarle con los pedazos de ella.

—¡Bah!

—¡Oh, Dios mío, insultada también! ¡Pedirme cartas y visitas en secreto!—exclamó Amalia, cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo á la sala, y algunos minutos después, volvió al lado de Amalia, y le dijo:

—Esto es lo que tenemos que hacer; oye:

«Señor: Autorizado por mi prima, la señora do»ña Amalia Sáenz de Olabarrieta, para responder á »su carta, me complazco en decir á usted que to»dos sus temores, relativos á la seguridad de mi »prima, deben dejar de alarmarlo en adelante, por»que ella está ajena á todo cuanto se le atribuye; »y perfectamente tranquila en la justicia de Su Ex»celencia el señor Gobernador, á quien yo tendré »el honor de hacer presente mañana todo cuanto

»ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, »en el caso de que se lleve adelante esta desagra»dable ocurrencia.

»Con este motivo saluda á usted respetuosamen»te, etc.»

—Pero esa carta...

—Esta carta lo dejará sin dormir el resto de esta noche, temblando de que vaya mañana á parar á manos de Rosas; y para evitarlo, trabajará mañana porque no se toque más este negocio. Y es de este modo como hago que nuestros propios enemigos se conviertan en nuestros mejores servidores.

—¡Oh, bien, sí! Manda esa carta.

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba á la puerta.

Media hora después, Daniel se recostaba, sin desvestirse, en el aposento de Eduardo: y Amalia oraba de rodillas, delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas por la seguridad de los que amaba y por la libertad de su patria.

XII

DE CÓMO SE LEEN LAS COSAS QUE NO ESTÁN ESCRITAS

En la mañana siguiente á la noche en que ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse, es decir, en la mañana del 6 de agosto, la casa del Dictador estaba invadida por una multitud de correos

de la campaña, que se sucedían sin interrupción.

A ninguno de ellos se le detenía en la «oficina.» El general Corvalán tenía orden de hacer entrar á todos al despacho de Rosas. Y el edecán de Su Excelencia, con la faja en la barriga, las charreteras á la espalda, y el espadín entre las piernas, iba y venía por el gran patio de la casa cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del Dictador estaba sombría como la noche lóbrega de su alma. El leía los partes de sus autoridades de campaña, en la que le anunciaban el desembarco del general Lavalle, los hacendados que pasaban á encontrarlo con sus caballadas, etc., y daba las órdenes que creía convenientes para la campaña, para su acampamento general de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el corazón de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Expedía una orden para que el general Pacheco se replegase al Sur, y media hora después hacía alcanzar al chasque, y volaba una orden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallón á reforzar á Pacheco, y diez minutos después, resolvía que Maza se dispusiese á marchar con toda la artillería á Santos Lugares.

Nombraba jefes de día para el comando interior de las fuerzas de la ciudad, y cada nombramiento era borrado y substituido veinte veces en el transcurso de un día; todo era así.

Su pobre hija, que había pasado en vela toda la noche, se asomaba, de cuando en cuando, al gabinete de su padre, á ver si adivinaba en su fisonomía

algún suceso feliz que lo despejase del mal humor que lo dominaba después de tantas horas.

Viguá había asomado por dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo que cortaba el muro, á la derecha del zaguán de la casa; y el bufón de Su Excelencia había conocido en la cara de los escribientes que ése no era día de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo, comiéndose los granos de maíz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del Dictador machacaba el que había de servir para la mazamorra; que era, de vez en cuando, uno de los manjares exquisitos con que regalaba el voraz apetito de su amo.

Rosas escribía una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalán y dijo:

—¿Su Excelencia quiere recibir al señor Mandeville?

—Sí, que entre.

Un minuto después, el ministro de Su Majestad Británica entró, haciendo profundas reverencias al Dictador de Buenos Aires, que, sin cuidarse de responder á ellas, se levantó y le dijo:

—Venga por acá—pasando del gabinete á su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla, á su izquierda.

—¿La salud de Vuestra Excelencia, está bien?—le preguntó el ministro.

—No estoy para salud, señor Mandeville.

—Sin embargo, es lo más importante—contestó el diplomático, pasando la mano por la felpa de su sombrero.

—No, señor Mandeville, lo más importante es

que los Gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

—Sin duda.

—¿Sin duda? Pues su Gobierno de usted, y usted y su Gobierno, no han hecho sino mentir y comprometer mi causa.

—¡Oh, Excelentísimo Señor, eso es muy fuerte!

—Eso es lo que usted merece, señor Mandeville.

—¿Yo?

—Sí, señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, á nombre de su Gobierno, mediar ó intervenir en esta maldita cuestión de los franceses. Y es su Gobierno, ó usted, el que me ha engañado.

—Excelentísimo Señor, yo he mostrado á Vuestra Excelencia los oficios originales de mi Gobierno.

—Entonces, será su Gobierno quien ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses, hoy está Lavalle á veinte leguas de aquí, y toda la República en armas contra mi Gobierno.

—¡Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

—No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben, porque están en guerra conmigo. Son ustedes, los ingleses, los que me han hecho traición. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger á un amigo, les tienen miedo?

—Miedo, no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea, los principios del equilibrio continental...

—¡Qué equilibrio, ni qué diablos! Usted y sus paisanos pierden á menudo el equilibrio, y nadie

les dice nada. Traición, y nada más que traición, porque todos son unos, ó quizá porque usted y todos sus paisanos son también unitarios como los franceses.

—Eso no, eso no, Excelentísimo Señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa, y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

—¿En qué conducta, señor Mandeville?

—En mi conducta de ahora mismo.

—¿Y qué hay ahora mismo?

—Ahora mismo estoy aquí para ofrecer á Vuecelencia mis servicios personales, en cuanto quisiera ocuparme.

—¿Y qué haría usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

—Haría desembarcar fuerzas de los buques de Su Majestad para venir á proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

—¡Bah! ¿Y usted cree que los treinta ó cuarenta ingleses que bajasen, habían de ser respetados por el pueblo, si se levantase contra mí?

—Pero si no fueran respetados, las consecuencias serían terribles.

—¡Sí! ¡y á mí me habría de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad, después que me hubiesen fusilado! Así no se protegen los amigos, señor Mandeville.

—Sin embargo...

—Sin embargo, si yo fuera ministro inglés, si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haría sería tener una ballenera á todas horas á la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase á ella, poder embarcarlo con facilidad.

—Oh, bien, bien, así lo haré.

—No, si yo no le digo que lo haga. Yo no los necesito á ustedes para nada. Yo digo lo que haría en lugar de usted.

—Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de Vuecelencia velarán por su seguridad, mientras el genio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso país y de la causa tan justa que sostiene. ¿Vuecelencia ha tenido noticias de las provincias del interior?

—¿Y qué me importan las provincias, señor Mandeville?

—Sin embargo, los sucesos en ellas...

—Los sucesos en ellas no me importan un diablo. ¿Usted cree que si yo venzo á Lavalle y lo echo derrotado á las provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

—Que temer, no; ¡pero la prolongación de la guerra!...

—Es lo que me daría el triunfo, señor Mandeville; contra mi sistema no hay más peligros que los inmediatos á mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, esos me hacen bien, lejos de hacerme mal.

—Vuecelencia es un genio.

—A lo menos, valgo más que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la federación si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes! ¿Usted sabe por qué á los unitarios se los llevó el diablo?

—Creo que sí, Excelentísimo señor.

—No, señor, no lo sabe.

—Puede que esté equivocado.

—Sí, señor, lo está. Se los llevó el diablo, porque se habían hecho franceses é ingleses.

—¡Ah, las guerras locales!

—Las guerras nuestras, diga usted.
—Pues, las guerras americanas.
—No, las guerras argentinas.
—Pues, las guerras argentinas.
—Esas requieren hombres como yo.
—Indudablemente.
—Si yo venzo á Lavalle aquí, me río de todo el resto de la República.
—¿Vuestra Excelencia sabe que el general Paz ha marchado para Corrientes?
—¿No ve? ¿no ve si son zonzos los unitarios?
—Cierto, el general Paz no hará nada.
—No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se va por un lado, otro se va por otro, y están todos divididos y peleados, en vez de juntarse todos y venirse encima, como lo ha hecho Lavallé.
—Es la Providenica, Excelentísimo Señor.
—O el Diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.
—Es verdad, Excelentísimo Señor.
—¿Y qué hay?
—Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.
—¿Pero en qué cosas, señor Mandeville?
—¿Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de Lamadrid, ni de Brizuela?
—Son viejas las que tengo.
—Yo he recibido algunas por Montevideo.
—¿Cuándo?
—Anoche.
—¿Y viene usted á las doce del día á decírmelo?
—No, señor. Son las diez.
—Bueno, las diez.
—Yo siempre soy perezoso para lo que no tiene

relación con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

—Luego ¿son malas las noticias?

—Exageraciones de los unitarios.

—¿Y qué hay? Acabe usted—dijo Rosas, con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

—En mi correspondencia particular, se me dice lo siguiente—dijo Mandeville, sacando unos papeles de su bolsillo.

—Pero antes ¿quiere Vuestra Excelencia que lea?—agregó.

—Lea, lea.

El señor Mandeville leyo:

«A principios de julio, el general Lamadrid pisó »el territorio de Córdoba.

»Una carta fechada el 9 de julio, en Córdoba, da »el siguiente resumen de las operaciones del ejér»cito de los unitarios:

»Lamadrid viene á la cabeza de tres mil quinien»tos hombres y diez piezas de artillería.

»El coronel Acha, á la cabeza de novecientos ca»tamarqueños, ha acampado en la Loma Blanca, »estancia del finado Reynafé, limítrofe con Cata»marca.

»El coronel Casanova se ha alzado con las mili»cias de Río Seco y del Chañar.

—El coronel Sosa, con los coraceros de Santa »Catalina, ha hecho igual movimiento.»

—Hasta aquí lo que hay en la carta, relativo á las provincias.

—No es poco. Pero están muy lejos—contestó Rosas, á quien, en efecto, los sucesos de las pro-

vincias inquietaban poco, por cuanto tenía á sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

—¡Oh, muy lejos!—contestó el señor Mandeville.

—¿Y qué más le escriben á usted?

—Me mandan también esta proclama de Brizuela.

—A ver: léala.

«¡DIOS Y LIBERTAD!

»*El Gobernador y Capitán General de la provincia »de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela, á sus com»patriotas:*

»¡Hermanos y compatriotas! Las heroicas pro»vincias de Tucumán, Salta, Jujuy y Catamarca, »irritadas con la presencia de los males que el tira»no de Buenos Aires hace pesar sobre la Repúbli»ca entera, y queriendo preservarla para siempre »de las perfidias y asechanzas de aquél, han levan»tado su tremenda voz, y dicho: ¡Viva la liber»tad argentina! ¡muera el usurpador Rosas! Este »grito, tan análogo al corazón de los riojanos, fué »la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del co»rriente mes de América, por el órgano de sus »RR. respondieron y han jurado no permitir que »los malvados osen poner su inmunda planta so»bre el altar santo de la patria.

»¡Compatriotas! El usurpador D. J. M. Rosas, »allá en el sangriento elaboratorio de una alma de»pravada, tenía decretado el exterminio de la Re»pública: todas las provincias debían ser conver»tidas en hordas de salvajes habitantes del desier»to. Los campeones de la libertad: los que dieron

»patria á tantos pueblos con su espada y su saber: »los que hicieron clásica la tierra del sol, presen»tarían un espectáculo admirable al mundo viejo, »por la perfidia del tirano Rosas quedarían erran»tes y sin término; y donde sobran recursos á las »fieras y á las aves de rapiña, nuestros valientes, »sus esposas y sus hijos, no encontrarían un solo »árbol que los consolase con su sombra. Entretan»to, volved la vista hacia el tirano: él ríe cuando »la Naturaleza y la humanidad lloran á su lado. »El duerme tranquilo cuando la injusticia y el pu»ñal alevoso le hacen la centinela; él, por fin, se »divierte y entretiene creando escarapelas y divi»sas de la sangre misma que hace verter. Esta pin»tura es horrible, pero exacta.

»¡Paisanos! No permitamos que el sol de Amé»rica, su Dios en otro tiempo, desde su alto cenit »nos diga: «dejad esa tierra que no debéis pisar, »no merecéis que os alumbre: los sepulcros que, »ha más de trescientos años, abristeis, son más »dignos que vosotros de mi claridad y esplendor.» »Amigos: no, no es posible; hagamos por no me»recer tan humillante como justa reconvención; »principiemos por ser libres, abramos las puertas »á todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas »de tantas madres y esposas abandonadas á la or»fandad y miseria, consolémoslas en su amargo »llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra »los desnaturalizados que intentan sofocar en nues»tro corazón tan dulce sentimiento. No confiemos »más la suerte de nuestra patria á los caprichos de »un hombre solo, carguemos sobre nuestros pro»pios hombros el peso grave de nuestros destinos. »Nos falta mucho, es verdad, pero sabed que la »sinceridad y la buena fe son preferibles á las tre-

»tas dolosas y á la filosofía armada; adornados con »aquellas cualidades, arrojémonos á plantar el ár»bol santo de la libertad, garantida por una cons»titución, ante la cual el grande, el pequeño, el »fuerte, el débil, queden asegurados en sus dere»chos y propiedades.

»Tales son los votos que animan á vuestro com»patriota y amigo.—TOMÁS BRIZUELA.

»Está conforme.—*Ersilvengoa.*»

—¡Bah, palabras bonitas de los unitarios!

—¡Oh, nada más!—contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

—¿Sabe algo más?

—La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos, entre Rivera y Lavalle, entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el género humano, continúa haciendo prodigios en la República vecina.

—Ya lo sé: ¿y de Europa?

—¿De Europa?

—Sí, no hablo en gringo.

—Creo, Excelentísimo Señor, que la cuestión de Oriente se ha complicado más, y que las oficiosidades del gobierno de mi soberana darán una pronta y feliz solución á la injusta cuestión promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

—Eso mismo me decía usted hace un año.

—Pero ahora tengo datos positivos.

—Los de siempre.

—La cuestión de Oriente...

—No me hable más de eso, señor Mandeville.

—Bien, Excelentísimo Señor.

—Que se los lleve el Diablo á todos, es lo que yo deseo.

—Los negocios están muy gravemente complicados.

—Sí, está bueno, ¿y no sabe más?

—Por ahora, nada más, Excelentísimo Señor. Espero el paquete.

—Entonces usted me dispensará, porque tengo que hacer—dijo Rosas levantándose.

—Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

—Sí, señor Mandeville, tengo mucho que hacer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville, más débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la federación de entonces.

Más por un efecto de distracción que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su antegabinete, que daba al pasadizo, donde encontraron á Manuela dando órdenes á la mulata cocinera que continuaba en su faena del maíz.

Se deshacía Mandeville en cortesías y cumplimientos á la hija del Restaurador, cuando Rosas, por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trágico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacía violentas señas á su hija, que, con trabajo, pudo, al fin, comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la joven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo, ni lo que contestar al señor Mandeville, ni si debía ó no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Manuela;

y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operación de la criada.

—¿Usted sabe para qué es ese maíz que pisa mi hija, señor Mandeville?

—No, Excelentísimo Señor—respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela á su padre, y de la cocinera á Viguá, sentado al pie del mortero.

—Eso es para hacer mazamorra—dijo Rosas.

—¡Ah!

—¿Usted no ha comido mazamorra?

—No, Excelentísimo Señor.

—Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se la ha llevado en eso, y el maíz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. ¡Vaya! levántese Su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco á Manuela, porque el señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro.

—¡Oh, no, señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto á la señorita Manuelita—dijo Mandeville acercándose al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que á una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entonces la idea que había tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville, se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó á machacar el maíz á grandes golpes.

—Así; nadie diría que es inglés, sino criollo; así se pisa, ¿ves, Manuela? Aprende—decía Ro-

sas,—saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

—¡Oh, es una ocupación muy fuerte para una señorita!—exclamó el señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maíz sobre el padre Viguá que se los devoraba con mucho gusto.

—Más fuerte, señor Mandeville, más fuerte. Si el maíz no se quiebra bien, la mazamorra sale muy dura.

El ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, continuaba machacando el maíz para la mazamorra del Dictador argentino.

—¡Tatita!

Rosas le tiró del vestido á su hija para que callase, y prosiguió:

—Si se cansa, deje, no más.

—¡Oh. no, señor Gobernador, no!—le contestó Mandeville dando cada vez más fuerte, y empezando á sudar por todos sus poros.

—¿A ver? Espérese un poquito—dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano.—Ya está bueno—prosiguió después de examinar el maíz,—esto es saber hacer las cosas.

Y á tiempo de concluir estas palabras, doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

—¿Le parece bien á Vuecelencia?—preguntó Mandeville desdoblándose sus puños de batista, después de haber saludado á la recién venida.

—Muy bueno está, señor ministro. Manuela: acompaña al señor Mandeville, ó llévalo á la sala, si quiere. Conque, hasta siempre, mi amigo. Es-

toy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

—Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo Señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia haría en mi lugar si yo estuviera en lugar de Vuecelencia—dijo el ministro marcando sus palabras para recordar á Rosas que tenía presente su proyecto de la ballenera.

—Haga usted lo que quiera. Buenos días.

Y Rosas se volvió á su gabinete acompañado de su cuñada, mientras el señor Mandeville daba el brazo á Manuela y pasaba con ella al gran salón de la casa.

—Buenas noticias—le dijo doña María Josefa al entrar.

—¿De quién?

—De aquella ánima que se nos había escapado el 4 de mayo.

—¿Lo han «agarrado»?—preguntó Rosas resplandeciéndole los ojos.

—No.

—¿No?

—Pero lo «agarraremos». Cuitiño es un bruto.

—¿Pero dónde está?

—Á sentarnos primero—dijo la vieja, pasando con Rosas del gabinete á la alcoba.

XIII

CÓMO SACAMOS EN LIMPIO QUE DON CÁNDIDO RODRÍGUEZ SE PARECÍA Á DON JUAN MANUEL ROSAS

En esa misma mañana en que Su Señoría el se-

ñor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica machacaba el maíz para la mazamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo don Cándido Rodríguez se paseaba en el largo zaguán de su casa, cerca de la Plaza Nueva, metido entre su sobretodo color pasa que lo había acompañado en sus sustos del año 1820; con un gorro blanco metido hasta las orejas, dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes, unos viejos zapatos de paño que le servían de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso, las ojeras que bordaban sus párpados, y las gesticulaciones repentinas en su fisonomía, daban á entender que había pasado mala noche y que se hallaba en momentos de un diálogo elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados á la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó á ella, miró por la bocallave antes de preguntar quién estaba, y no viendo sino el pecho de una persona, se atrevió á interrogar con voz notablemente trémula:

—¿Quién es?

—Soy yo, mi querido maestro.

—¿Daniel?

—Sí, Daniel; abra usted.

—¿Que abra?

—Sí, con todos los santos del Cielo, eso es lo que he dicho.

—¿Eres tú, en efecto, Daniel?

—Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

—Oye: pon tu cara en línea recta, horizontal con el ojo de la llave, pero separado á una tercia

ó media vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y reconocerte.

Daniel tuvo intención de dar una patada á la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intención, y tuvo que hacer lo que su intransigente maestro le ordenaba.

—¡Ah! eres tú, en efecto—dijo don Cándido, y abrió la puerta .

—Sí, señor, yo soy; yo que tengo demasiada paciencia con usted.

—Espera, detente, Daniel, no sigas más adelante—exclamó don Cándido tomando la mano á su discípulo.

—¿Qué diablos significa esto, señor don Cándido? ¿Por qué no puedo seguir más adelante?

—Porque quiero que entres aquí en este cuarto de Nicolasa—respondió don Cándido señalando la puerta de una habitación que daba al zaguán.

—Ante todas las cosas, ¿ha sucedido algo?

—Nada, pero vén al cuarto de Nicolasa.

—¿Es usted quien va á hablarme ahí?

—Yo, yo mismo.

—Malo.

—Cosas muy serias.

—Peor.

—Vén, Daniel.

—Con una condición.

—Impón, ordena.

—Que la conversación no pasará de dos ó tres minutos.

—Vén, Daniel.

—¿Acepta usted?

—Acepto, vén.

—Vamos allá.

Y Daniel, llevado por la mano de su antiguo

maestro, entró en el cuarto de la provinciana, sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de vaqueta.

Don Cándido se paró á su lado, y extendiendo el brazo, le dijo:

—Tómame el pulso, Daniel.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Y qué diablos quiere usted que haga yo con su pulso?

—Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es éste que has metido en mi casa?

—¡Ahora salimos con esas! ¿No lo conoce usted ya?

—Lo conocí de niño, como te conocí á ti y á tantos otros, cuando era infante, tierno é inocente como todos los niños. Pero, ¿sé yo acaso cuál es su vida actual, cuáles sus opiniones, cuáles sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que á nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del Gobierno cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiración, algún complot, alguna revolución en que yo estoy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo, un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo que por mi grave y circunspecta posición actual como secretario de Su Excelencia el señor ministro Arana, que es un hombre excelente, como su señora y

toda su respetabilísima familia, y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesidad, circunspecto y leal á mis deberes oficiales? ¿Te parece?...

—Me parece que usted ha perdido el juicio, señor don Cándido, y como yo no quiero perder el mío, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia y me permita usted pasar á ver á Eduardo.

—¿Pero, hasta cuándo va á estar en mi casa?

—Hasta que Dios quiera.

—Pero eso no puede ser.

—Eso será, sin embargo.

—¡Daniel!

—Señor don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posición de todos.

—Sí, recapitulemos.

—Oígame usted: para evitar los peligros que la federación le pudiera hacer correr á usted en la época actual, lo he colocado de secretario privado del señor Arana, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Bien, pues; el señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un día á otro, no por orden de las autoridades, sino por orden del pueblo que puede levantarse contra Rosas de un momento á otro.

—¡Oh!—exclamó don Cándido, abriendo tamaños ojos.

—Colgados, sí, señor—repitió Daniel.

—¿Los secretarios también?

—También.

—¿Sin ser por equivocación?

—Sin ser por equivocación.

—¡Es espantoso!

—Los secretarios junto con el ministro.

—De manera que, si dejo mi empleo de secretario, la Mazorca me degüella; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocación.

—Exactamente; eso, sí, es lógica.

—¡Lógica de los infiernos, Daniel; lógica que me va á costar la vida, por tu causa!

—No, señor, no le costará á usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

—¿Y qué he de hacer? habla.

—Voy á ponerle á usted el dilema en otro sentido: estamos en el momento de crisis; en ella, ó Rosas ha de triunfar de Lavalle, ó Lavalle de Rosas, ¿no es así?

—Cierto, así es.

—Bien, pues: en el primer caso, usted tiene en don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna; y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

—¿En Eduardo?

—Sí, y no hay más que hablar sobre esto, ni repetirlo.

—De modo que...

—De modo que usted tiene que guardar á Eduardo en su casa hasta que yo determine.

—Pero...

—Otro hombre menos generoso que yo, compraría el secreto de usted, diciéndole: Señor don Cándido, muy buena está la orden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada de su puño y letra, y á la menor indiscreción suya, ese documento irá á manos de Rosas, señor don Cándido...

—¡ Basta, basta, Daniel!

—Bien, basta. ¿Entonces estamos de acuerdo?

—De acuerdo. ¡Oh, Dios mío, yo estoy como Rosas; soy igual á él en organización, está visto! —exclamó don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienes los parches de naranjo.

—¿Qué es usted igual á Rosas en organización?

—Sí, Daniel; idéntico.

—¡Diablo! ¿Me hace usted el favor de explicarme eso, señor don Cándido? Porque, si es así entre Eduardo y yo podríamos hacer ahora mismo un gran servicio á la humanidad.

—Sí, Daniel, igual—dijo don Cándido, sin comprender la burla de Daniel.

—¿Pero igual en qué?

—En que tengo miedo, Daniel; miedo de cuanto me rodea.

—¡Hola! ¿Y usted sabe que el señor Gobernador tiene miedo?

—Sí, lo sé. Ayer, á la oración, mientras yo escribía, es decir, mientras sacaba copia de los documentos que te enseñé más tarde, porque siguiendo tus órdenes, saco siempre una copia de más, el señor ministro conversaba muy quedito con el señor Garrigós, y ¿sabes lo que decía?

—Si usted no me lo dice, no creo que pueda adivinarlo.

—Le decía que el señor Gobernador había hecho poner á bordo de la *Acteon* cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene miedo de la situación que le rodea.

—¡Hola!

—Esas son las palabras textuales del señor ministro.

—¡Diablo!

—Y eso es lo mismo que siento yo: miedo de la situación que me rodea.

—¿También, eh?

—También, sí. Y es por eso por lo que he dicho que me parezco á Su Excelencia, porque es muy explicativo, muy elocuente, muy terminante, que, en unos mismos momentos, él y yo sintamos unas mismas impresiones.

—Cierto—dijo Daniel pensando en las palabras de don Cándido.

—Y ese fenómeno no tendría lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

—¿Conque, cuatro cajones de onzas, á bordo de la *Acteon*?

—Cuatro cajones.

—¿Y qué, tiene miedo?

—Miedo, eso fué lo que dijo.

—¿Y el señor Arana, no dijo alguna cosa relativa á él?

—Claro está que dijo, porque el señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mía: «Es »preciso que pensemos también en nosotros, ami»go mío—le dijo á Garrigós.—Nosotros no hemos »hecho mal á nadie; al contrario, hemos hecho »todo el bien que hemos podido, pero será bien que »tratemos de embarcarnos inmediatamente que el »señor Gobernador lo haga.» Y esto es lógico, Daniel: así como yo digo, que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el riachuelo, y para ir á la isla de Casajema.

—¿Y Garrigós dijo algo?

—Fué de distinta opinión.

—¿Opinaba él quedarse?

—No; trató de demostrar á don Felipe, al señor ministro quise decir, que lo más prudente era no esperar á que el Gobernador se embarcase, en el caso de que la situación se fuera haciendo más peligrosa. Pero á lo último, continuaron hablando tan despacio, que no pude oir más.

—Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oídos más abiertos.

—¿Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

—No, señor, no. Pero, así como yo lo lleno á usted de garantías presentes y futuras, quiero de usted circunspección y servicios activos.

—Cuanto yo pueda, Daniel. ¿Pero crees que corro peligro actualmente?

—Ninguno.

—¿Eduardo, estará muchos días aquí?

—¿Tiene usted una completa confianza en Nicolasa?

—Como en mí mismo. Odia á toda esa gente desde que le mataron á su hijo, á su buen, á su leal, á su tierno hijo; y desde que ha sospechado que Eduardo está escondido, le sirve con más prolijidad que á mí, con más esmero, con puntualidad, con...

—Vamos á ver á Eduardo, señor don Cándido.

—Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.

XIV

LOS DOS AMIGOS

—Vamos, pero hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de ese hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar solos con sus enfermos.

—¡Ah, Daniel!

—¿Qué hay, señor?

—Nada, entra; pasa adelante; yo me voy á la sala—dijo don Cándido al entrar Daniel en el lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

—Buen día, mi querido Eduardo,—dijo Daniel á su amigo sentado en la vieja poltrona de don Cándido, delante de su mesa de escribir.

—Bien podías haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie—dijo Eduardo.

—¡Ah! ¿empezamos con reconvenciones?

—Me parece que tengo razón: son las diez de la mañana.

—Cierto, las diez.

—¿Y bien, qué es de Amalia?

—Muy buena está, gracias á Dios, pero no gracias á ti, que haces todo lo posible por que lo pase mal.

—¿Yo?

—Tú, sí; y ahí está la prueba—dijo Daniel señalando ocho ó diez pliegos de papel dispersos so-

bre la mesa, en cada uno de los cuales había el nombre de Amalia veinte ó treinta veces escrito á lo ancho, á lo largo, al sesgo, de todos modos, y con infinitas formas de letra.

—¡Ah!—exclamó Eduardo poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

—Tú te entretenías en esto, mi querido Eduardo, y nada más natural; pero en tu situación es preciso que á lo conveniente ceda el lugar lo natural; y como no conviene que nadie sepa que tienes tanto amor á ese nombre, bueno será hacer esto,—dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos á una vieja chimenea que se encendía quince ó veinte días en cada invierno en el gabinete de don Cándido, para sacar la humedad de las paredes, según él decía, porque el fuego continuo le hacía mal; encendida ese día por consideraciones á su huésped por fuerza.

—Bien, te concedo que tienes razón, Daniel, pero yo quiero volverme á Barracas ahora mismo.

—Comprendo que lo quieras.

—Y lo haré.

—No, no lo harás.

—¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¡Oh! caballero, eso es abusar demasiado de la amistad.

—Si usted lo cree así, señor Belgrano, nada más sencillo entonces.

—¿Cómo?

—Que usted puede irse á Barracas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

—¡Por Dios, Daniel, por Dios! no mortifiques más mi situación. Yo no sé lo que digo.

—¡Vaya! al cabo has dicho una cosa razonable, y ahora que has empezado á tener razón, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente á Eduardo todas las ocurrencias de la noche anterior, como también la invasión del general Lavalle.

—Cierto, cierto. ¡Yo no puedo ya habitar en Barracas sin comprometerla!—dijo Eduardo poniendo el codo sobre la mesa, reclinada su frente en la palma de su mano.

—Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar á Amalia que poniéndote lejos de la mano de Rosas, porque, aun cuando yo pudiera salvarla de los insultos de la Mazorca, ó de una medida torpe del tirano, yo no tendría poder para libertarla de los rigores de su propia organización, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginación exaltada la llevarían al último extremo de la vida, ó del infortunio, si llegase hasta su corazón una sola gota de tu sangre.

—¿Y qué hago, Daniel, qué hago?

—Desistir de la idea de verla por algunos días.

—Imposible.

—La pierdes entonces.

—¿Yo?

—Tú.

—¡Oh, no puedo, no!

—No la amas, entonces.

—¡Que no la amo! ¡Oh! sí, sí; no la amo como ella merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y yo soy un hombre; ella merece el amor del Cielo y de la tierra, y yo no puedo



darle sino el amor de mi alma. ¡Ah! Daniel, desde anoche me parece que me falta la luz, porque sus ojos no la derraman sobre los míos; me parece que me falta el aire de mi existencia, porque no lo aspiro en sus alientos. ¡Que no la amo! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa doble pasión del amor, obra de Dios para las almas generosas y grandes, que él sentía también aunque sin la exaltación de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenía obstáculos que lo irritasen, ni su espíritu estaba ajeno á otras nobles y grandes impresiones que lo distraían; ni él tenía tampoco la organización reconcentrada de Eduardo en la cual, por esa desgraciada condición, las pasiones, la felicidad y la desgracia, obraban sus efectos con más poder.

—Pero no; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decías que debo hacer, Daniel?—dijo Eduardo sacudiendo su cabeza, echando atrás las hebras de sus cabellos de ébano que caían sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente á su amigo.

—No ver á Amalia en algunos días.

—Bien.

—Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin que les deseamos, entonces todo está ganado en tus negocios.

—Sí, cierto.

—Si, por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entonces que emigres.

—¿Solo?

—No, no irás solo.

—¿Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

—Sí, lo creo perfectamente. Pero, además de Amalia, irán otras personas de tu relación..

—¡Oh! Sí, vamos al extranjero, Daniel, el aire de la patria mata á sus hijos, hoy nos sofoca.

—No importa; es necesario respirarlo como se pueda, hasta haber perdido toda esperanza.

—¿Pero, y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

—No es posible.

—Nada más fácil de suceder, sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entonces...

—Entonces todo se habrá perdido; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas .

—Pero, no, amigo, no estará perdido; y porque no lo estará, estaremos todos los días esperando que al siguiente entre Lavalle.

—Lo esperarán otros, pero yo no, Eduardo. El personal del ejército libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de éste son en relación de mil á uno, comparados con los de nuestro bravo general. En favor de éste, pues, no hay más que la impresión moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes soldados. Pero, si el momento de esa impresión se pierde, todas las probabilidades estarán entonces en contra de la cruzada.

—Pero, bien, supongamos el caso de una prolongación de tiempo en la guerra; ¿cómo vivir entonces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

—Si llegara ese caso, la verías, pero no en Barracas.

—¿Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos?—dijo don Cándido asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete que entreabrió.

—Adelante, mi querido y estimado maestro—dijo Daniel.

—Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa...

—¿Usted me hará el favor de decírmela de una vez, señor don Cándido?

—Es el caso que yo me paseaba en el zaguán, porque cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien pasearme, como también ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habéis de saber, hijos míos, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organización la virtud específica...

—De mejorarlo á usted y enfermar á los otros. ¿Qué es lo que hay?—preguntó el impaciente Daniel.

—A eso camino.

—¡Pero llegue usted de una vez, con todos los santos!

—Ya llego, genio de pólvora, ya llego. Me paseaba en el zaguán—decía,—cuando sentí que alguien se paró en la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quién era. Me convencí de la identidad de la persona que me respondió, y entonces abrí: ¿quién te parece que era, Daniel?

—No sé, pero me alegraría de que hubiese sido el Diablo, señor don Cándido—dijo Daniel dominando su impaciencia como era su costumbre.

—No, no era el Diablo, porque ése parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermín, tu leal, tu fiel, tu...

—¿Fermín está ahí?

—Sí. Está en el zaguán, dice que quiere hablarte.

—¡Acabara usted, con mil bombas!—exclamó Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

—¡Qué genio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye, tú, Eduardo, tú que pareces más circunspecto, aun cuando después que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo y estudioso, no he tenido la satisfacción de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situación actual. Díme: ¿por qué no entras hoy mismo á estudiar con los jesuítas y te entregas á la carrera eclesiástica?

—Señor, ¿me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

—¡Ay! ¡malo! ¿También eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis, jóvenes extraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que hoy os habéis lanzado?

—Pretendemos que nos deje usted solos un momento, señor don Cándido—dijo Daniel que entraba en el gabinete á tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

—¿Nos amenaza algún peligro, Daniel?—preguntó don Cándido mirando tímidameite á su discípulo.

—Ninguno absolutamente. Son asuntos míos y de Eduardo.

—Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

—No importa; lo dividiremos momentáneamente. Háganos usted el favor de dejarnos solos.

—Quedad—dijo don Cándido extendiendo su ma-

no en el aire en dirección á los dos jóvenes y saliendo pausadamente del gabinete.

—El negocio se vuelve más serio, Eduardo.

—¿Qué hay?

—Algo de Amalia.

—¡Oh!

—Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía le hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir por Fermín á quien yo había mandado á Barracas antes de venir á verte.

—¿Y qué hacemos Daniel? ¡Pero, oh, cómo pregunto qué hacemos!... Daniel, me voy á Barracas.

—Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo estimo mucho á mi prima para permitir á nadie que arroje sobre ella la desgracia—dijo Daniel con un tono y una mirada tan serios, que hicieron una fuerte impresión en el ánimo de Eduardo.

—Pero yo soy la causa de los insultos á que esa señora se ve expuesta, y soy yo, caballero, quien debe protegerla—contestó Eduardo con sequedad.

—Eduardo, no hagamos locuras—repitió Daniel, volviendo á la dulzura natural con que trataba á su amigo,—no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de más que fuesen, con la espada en la mano, yo te dejaría muy tranquilo el placer de entretenerme con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces de quienes debemos defenderla, y para con ellos tu valor es impotente; tu presencia les daría mayores armas contra Amalia, y no conseguirías libertar, ni tu cabeza ni la tranquilidad de mi prima.

bertar, ni tu cabeza ni la tranquilidad de mi prima.

—Tienes razón.

—Déjame obrar. Yo voy á Barracas en el acto, y á la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de extraviar el instinto de la bestia con la inteligencia del hombre.

—Bien, anda, anda pronto.

—Tardaré diez minutos en llegar á mi casa á tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barracas.

—Bien, ¿y volverás?

—Esta noche.

—Díle...

—Que te conservas para ella.

—Díle lo que quieras, Daniel—añadió Eduardo, dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos había algo que quería ocultar á la mirada de su amigo. Jamás un hombre apasionado como Eduardo, con su valor y su generosidad, puede haberse encontrado en situación más difícil; veía en peligro á la bien amada de su alma, en peligro por él, y no podía defenderla, sin agravar su desgracia.

Cuando volvió de su primer paseo en la habitación, ya no halló á Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y don Cándido empezó á vestirse para ir á la secretaría privada del señor don Felipe.

XV

AMALIA EN PRESENCIA DE LA POLICÍA

Daniel llegó á su casa, montó en su soberbio alazán, partió á gran galope para Barracas, tomando las peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que le detuviesen, pues los del terreno los salvaba siempre sin dificultad el superior caballo que montaba; pero todo era inútil porque iba á llegar tarde á la quinta.

Cuando, á las nueve de la mañana, Daniel había dejado á su prima para dirigirse á la ciudad, había dado orden á Fermín que lo esperase en Barracas, designándole las casas en que lo encontraría, en caso que ocurriese alguna novedad.

Una ocurrió, en efecto. Poco rato después de su partida llegó á la quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la policía, y la joven mandó dar aviso á Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba á hacerse en su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del inglés, en que solía entretenerse el joven, y convencida de que no había un solo objeto que pudiese revelar en ese aposento lo que probablemente venía á buscar la policía, volvió á la sala, echó los papeles á la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural en los que esperan de un momento á otro ser actores en una esce-

na desagradable, cuando sintió parar varios caballos en la puerta de la quinta. Y esto sucedió, cinco ó seis minutos después de la partida de Fermín; mucho antes, pues, de lo que Amalia creía.

Mujer sola, rodeada de peligros que se extendían desde ella hasta el ser amado de su corazón, la Naturaleza se expresó en ella con sinceridad: pálida y débil, se echó en un sillón, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse á sí misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de policía y Nicolás Mariño se presentaron en la sala, introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradación de la época, era, sin embargo, menos malo de lo que generalmente se creía. Y sin faltar jamás á la severidad que le prescribían las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podía hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semitolerancia, que hubiera sido un delito á los ojos de Rosas, pero que era empleada por el jefe de policía, especialmente cuando tenía que ejercer sus funciones sobre personas á quienes creía comprometidas por alguna delación interesada, ó por el excesivo rigorismo del Gobierno. (1)

---

(1) Cuando en 1839 recibí, en la cárcel y en los grillos de Rosas, el bautismo cívico, destinado por él á todos los argentinos que se negaban á prostituirse en el lupanar de sangre y vicios en que se revolcaban sus amigos, don Bernardo Victorica usó para conmigo ciertas atenciones que estaban absolutamente prohibidas.

Solo, sumido en un calabozo donde apenas entraba la luz del día por una pequeña claraboya, yo no olvidaré nunca el placer

Con el sombrero en la mano, y después de hacer una profunda reverencia, dijo á Amalia:

—Señora, soy el jefe de policía; tengo el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa: es una orden expresa del señor Gobernador.

—¿Y estos otros señores vienen también á registrar mi casa?—preguntó Amalia, señalando hacia Mariño y hacia el comisario de policía.

—El señor, no—contestó Victorica indicando á Mariño;—este otro señor es un comisario de policía.

—¿Y puedo saber á quién ó qué se viene á buscar en mi casa, de orden del señor Gobernador?

—Dentro de un momento se lo diré á usted—respondió Victorica con una fisonomía muy seria, pues que él y sus compañeros estaban de pie, sin haber recibido de Amalia la mínima indicación de sentarse.

Ella tiró del cordón de la campanilla, y dijo á Luisa, que apareció al momento:

—Acompaña á este señor y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo á Amalia y siguió á Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura y luego al suntuoso aposento de la joven. El jefe de policía no era hombre de tan delicado

---

que sentí cuando el Jefe de Policía consintió en que se me permitiese hacer traer algunas velas y algunos libros. Y fué sobre la llama de esas velas donde carbonicé algunos palitos de hierba mate para escribir con ellos, sobre las paredes de mi calabozo, los primeros versos contra Rosas, y los primeros juramentos de mi alma de diecinueve años de hacer contra el tirano y por la libertad de mi patria, todo cuanto he hecho y sigo haciendo, en el largo período de mi destierro.—*Mármol*

gusto, que pudiese fijarse en todos los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde había penetrado más de una vez la mirada enamorada de Eduardo, al través de las tenues neblinas de batista y tul que cubrían los cristales. Pero al mismo tiempo, Victorica tenía muy buenos ojos para dejar de ver que cuanto allí había, estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa á la santa causa de la federación.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba á los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste, blanco y azul, celeste ó azul solamente. Y las pobladas cejas del intransigente federal empezaban á juntarse y endurecerse.

—Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero á lo menos no será porque en esta casa no haya unitarios—se decía á sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se le presentaba.

—A ver, niña, abre esos roperos—dijo á Luisa.

—¿Y qué va usted á ver en los roperos de la señora?—preguntó la pequeña Luisa alzando su linda cabeza y mirando cara á cara á Victorica?

—¡Hola! Abre esos roperos te he dicho.

—¡Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos —dijo Luisa abriendo las puertas de los guardarropas con una prontitud y una acción de enojo, que hubiera hecho sonreir á otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

—Bien, ciérralos.

—¿Quiere usted ver si hay alguien escondido en los bebedores de los pájaros?—dijo Luisa señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

—Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace perdonarte. A ver, abre esa puerta.

—¿Esta?

—Sí.

—Esta puerta da á mi aposento.

—Bien, ábrela.

—No hay nadie en él.

—No importa, ábrela.

—¿Yo? no, señor, no la abro. Abrala usted, ya que no creo en mi palabra.

Victorica miró largo rato á aquella criatura de diez ú once años que osaba hablarle de ese modo, y en seguida levantó el picaporte de la puerta y entró en el dormitorio de Luisa.

—Vén, niña—le dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

—Iré si manda usted á este señor que vaya también con nosotros—dijo Luisa señalando al comisario que se entretenía en examinar los pebeteros de oro.

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar á la intrépida Luisa, y volviendo el pebetero á la rinconera, volvió á seguir los pasos de Victorica.

—Señor, no me revuelva usted mi cama. Después no se vaya usted á enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajarillos—dijo á Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

—¿Adónde da esta puerta?

—Al patio.

—Abrela.

—Tire usted no más, está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una seña al comisario, que por la verja de hierro se dirigió á

la quinta, y él y Luisa se dirigieron á aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo y el comedor.

—¿Quién habita en ese cuarto?—preguntó Victorica examinando el de Eduardo.

—El señor don Daniel cuando viene á quedarse —contestó Luisa sin la mínima turbación..

—¿Y cuántas veces por semana sucede eso?

—La señora me ha mandado que le enseñe á usted la casa, y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella. Puede usted preguntárselo á la señora.

Victorica se mordió los labios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó á otra habitación, y, por último, al comedor, sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Durante se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptados por la dictadura, una escena bien diferente, pero no menos interesante, tenía lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron á las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos á honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo:

—Puede usted sentarse, si tiene la intención de esperar al señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño, por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer, cuya belleza fascinaba y cuyar maneras imperiosas y aristocráticas, podemos decir, imponían.

—Mi intención—dijo Mariño, sentándose á algunos pasos de Amalia,—mi intención ha sido prestar á usted un servicio, señora, un grán servicio en estas circunstancias.

—¡ Mil gracias !—contestó Amalia con sequedad.

—¿ Ha recibido usted mi carta esta mañana?

—He recibido un papel firmado por Nicolás Mariño, que supongo será usted.

—Bien — contestó el comandante de serenos, dominando la impresión que le causó la desdeñosa respuesta de la joven.—En esa carta, en ese papel, como usted le llama, me apresuré á participar á usted lo que iba á ocurrir.

—¿ Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, señor?

—Con el objeto de que adoptase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

—Es usted demasiado bueno para conmigo; pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traición.

—¡ Traición !

—Me parece que sí.

—Eso es muy fuerte, señora.

—Sin embargo, ese es el nombre.

—Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Además, yo sabía que desde anoche no podía haber ningún hombre en esta casa, después de la visita de Cuitiño. Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, mientras yo lo tengo en protejerla, fué esta mañana á dar parte al señor Gobernador de que aquí se ocultaba una persona que se busca hace mucho tiempo por la autoridad. Su Excelencia mandó llamar al señor Victorica, le dió la orden que está cumpliendo, y yo, que tuve la suerte de saber lo que ocurría, no perdí un instante en comunicárselo á usted, decidiéndome también á acompañar al señor Victorica, por si tenía la suerte de poder librar á usted de algún compro-

miso. Ésta es mi conducta, señora; y si hago una traición á mis amigos, la causa por que así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entonces mi vida entera está consagrada á buscar los medios de acercarme á esta casa; y mi posición, mi fortuna, mi influencia...

—Su posición y su influencia de usted no impedirán que yo le deje solo, ya que no comprende usted que su presencia me fastidia—dijo Amalia levantándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de éste á su alcoba, donde se sentó en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

—¡Ah, yo me vengaré, perra unitaria!—exclamó Mariño pálido de rabia.

Pocos momentos hacía que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvía con Luisa, por el mismo camino que había andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

—Señora—le dijo,—he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y, felizmente para usted, podré decir á Su Excelencia que no he encontrado en esta casa á la persona que he venido á buscar.

—¿Y puedo saber qué persona es esa, señor jefe de policía? ¿Puedo saber por qué se me hace el insulto de registrar mi casa?

—¿Quiere usted decir á esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña á Luisa, que se retiró, no sin torcerle los ojos á Victorica.

—Señora, debo tomar á usted una declaración, pero deseo evitar con usted las formalidades de

estilo, y que sea más bien una conferencia leal y franca.

—Hable usted, señor.

—¿Conoce usted á don Eduardo Belgrano?

—Sí, lo conozco.

—¿Desde qué tiempo?

—Hará dos ó tres semanas—contestó Amalia rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por primera vez en su vida.

—Sin embargo, hace más tiempo que lo han visto en esta casa.

—Ya he contestado á usted, señor.

—¡Podría usted probar que don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa desde el mes de mayo hasta el presente?

—No me empeñaría en probar semejante cosa.

—¿Luego es cierto?

—No he dicho tal cosa.

—Pero, en fin, usted dice que no probaría que no estuvo..

—Porque es usted, señor, quien debe probar lo contrario.

—¿Y sabe usted dónde se encuentra actualmente?

—¿Quién?

—Belgrano.

—No lo sé, señor; pero si lo supiera, no lo diría—contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasión de decir la verdad.

—¿Ignora usted que estoy cumpliendo una orden del señor Gobernador?—dijo Victorica empezando á arrepentirse de su indulgencia con Amalia.

—Ya me lo ha dicho usted.

—Entonces debe usted guardar más respeto en las contestaciones, señora.

—Caballero, yo sé bien el respeto que debo á los demás, como sé también el que los demás me deben á mí. Y si el señor Gobernador, ó el señor Victorica quieren delatores, no es en esta casa, por cierto, donde podrán hallarlos.

—Usted no delata á los demás, pero se delata á sí misma.

—¿Cómo?

—Que usted se olvida de que está hablando con el jefe de policía, y está revelándole muy francamente su exaltación de unitaria.

—¡Ah, señor, yo no haría gran cosa en serlo en un país donde hay tantos miles de unitarios!

—Por desgracia de la patria y de ellos mismos—dijo Victorica, levantándose sañudo,—pero llegará el día que no haya tantos, yo se lo juro á usted.

—O que haya más.

—¡Señora!—exclamó Victorica, mirando con ojos amenazantes á Amalia.

—¿Qué hay, caballero?

—Que usted abusa de su sexo.

—Como usted de su posición.

—¿No teme usted de sus palabras, señora?

—No, señor. En Buenos Aires, sólo los hombres temen; pero las señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

—Cierto, son peores las mujeres—dijo Victorica para sí mismo.—A ver, concluyamos—continuó, dirigiéndose á Amalia,—tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

—¿Para qué, señor?

—Tengo que cumplir este último requisito; abra usted.

—¿Pero qué requisito?

—Tengo orden de inspeccionar sus papeles.

—¡Oh! esto es demasiado, señor, usted ha venido en busca de un hombre á mi casa; ese hombre no está, y debo decir á usted que nada más consentiré que se haga.

Victorica se sonrió, y dijo:

—Abra usted, señora, abra usted, por bien.

—No.

—¿No abre usted?

—No, no.

Victorica se dirigía á la papelera, cuya llave estaba puesta, cuando Mariño, que había oído el interrogatorio desde el gabinete, se precipitó en el aposento, para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazón de la altanera Amalia.

—Mi querido amigo—dijo á Victorica,—yo salgo garante de que entre los papeles de esta señora no hay ninguno que comprometa nuestra causa; ni diario, ni carta de los inmundos unitarios.

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creía conquistado el derecho á la gratitud de aquel corazón rebelde á sus ternuras, cuando Amalia se precipitó á la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró de cuatro pequeñas gavetas, que contenían algunas cartas, alhajas y dinero, y con una expresión marcada de despecho, se volvió á Victorica, dando la espalda á Mariño, y le dijo:

—He ahí cuanto encierra esta papelera, registradlo todo.

Mariño se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo:

—He concluido, señora.

Amalia le contestó apenas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentía que, después del violento esfuerzo que acababa de hacer, una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete á encontrar al comisario, que los estaba esperando.

Y fué en el momento en que todos montaban á caballo, cuando Daniel bajó del suyo, y después de un cortés saludo á Victorica y á Mariño, entró en la casa de su prima, diciéndose á sí mismo:

—Malo. Empiezo á llegar tarde, y es mal agüero.

A su vez Mariño decía á Victorica:

—Este lo debe saber todo. Este es unitario, á pesar de su padre y de todo lo que hace.

—Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

—Y el puñal—agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.

XVI

TODOS COMPROMETIDOS

Una hora después, el soberbio alazán que había llegado á la quinta á gran galope, volvía paso á paso en dirección á la ciudad, llevando á su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora antes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cerrados sus hermosos ojos.

Al verlo así, cualquiera diría que era un joven indolente, cuya organización voluptuosa salía á gozar de los rayos acariciadores del sol de agosto en aquel riguroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo á caballo, para no poner sus delicados pies sobre las húmedas arenas de Barracas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno ó en verano, ni gozaban solaz alguno sus sentidos ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstracción completa de cuanto lo rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sugería su fecunda imaginación para ver de encontrar aquél que le hiciese señor de la difícil situación en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba exclusivamente confiada. Situación que le mortificaba, tanto más, cuanto que por ésta se veía distraído á cada momento de los sucesos públicos á que quería consagrar toda la actividad de su espíritu.

Además, Daniel era supersticioso como su prima, ó mejor dicho, más supersticioso que ella, por cuanto era más exaltada su imaginación y más profundas sus convicciones sobre el fatalismo de las cosas. Y una inquietud vaga se había apoderado de su espíritu desde el momento en que vió que no había llegado á tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponía sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se había manifestado contento á su prima, inspirándole toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podía dar tranquilidad á su corazón. Había también convenido con ella en que, si los sucesos se prolongaban más de ocho

días, se le buscaría alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, ó cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barracas; facilitándose de este modo la felicidad de ver á Eduardo y la de embarcarse en un momento dado. Y, por último, había concluido por hacerle reir, como era de costumbre, cuando él sufría, ocultándolo á los demás.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al fin, á la barranca del general Brown, y enfilando la calle de la Reconquista, llegó á la casa de su Florencia, á respirar un poco de esencia de amor y de ventura en los alientos de aquella flor purísima del cielo, caída sobre la tierra argentina para ser velada por el amor, en la noche frígida de las desgracias de este pueblo infeliz.

Pero ese día era fatal.

Al entrar en la sala, halló á la señora Dupasquier desmayada en un sillón, y á Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de Colonia.

—¡Daniel, vén!—exclamó la joven.

—¿Pero, qué hay, Dios mío?—preguntó Daniel, acercándose á aquella pintura del dolor y del amor filial.

—Despacio: no hables fuerte. Es un desmayo.

Daniel se arrodilló delante del sillón, y tomó la mano pálida y fría de madama Dupasquier.

—No es nada, volverá en sí—dijo, después de haber observado el pulso de la señora.

—Sí, empieza á transpirar. Entra en la alcoba, alcanza una capa ó un pañuelo, cualquier cosa, Daniel.

El joven obedeció, y después de cubrir él mismo

á su futura madre, y de arrodillarse delante de ella con su Florencia, cada uno teniéndole una mano, fijos sus ojos en aquéllos cuya primer mirada esperaban con impaciencia. Daniel se atrevió á preguntar á su Florencia, con palabras dichas casi al oído:

—¿Pero qué ha habido? Este desmayo no le da, sino después de algún disgusto.

—Lo ha habido.

—¿Hoy?

—Ahora mismo. ¿Has encontrado á Victorica?

—No.

—Acaba de salir de aquí.

—¿De aquí?

—Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la casa.

—¿Pero á quién buscaba?

—No lo ha dicho, pero creo que á Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas á mamá.

—¿Y?...

—Mamá se negó á responderle.

—Bien.

—Se negó también á abrir la puerta de un cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

—¿Pero, por qué no se abrió esa puerta?

—Porque mamá dijo desde el principio á Victorica que no se quería prestar á conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenía la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propios de ella. Pero luego que ha quedado sola, me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del país y para siempre. En mis bra-

zos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala: parece que vuelve... Sí... sí—y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada.

Madama Dupasquier había vuelto de su desmayo.

Esa mujer, tipo perfecto de lo más delicado, de lo más culto de la sociedad bonaerense, reunía en sí todo el orgullo, toda la altivez, todo el espíritu de los nobles descendientes de los héroes de nuestra independencia, que, enorgullecidos por su origen, fueron siempre intransigentes con todo lo que no era gloria, talento ó nobleza en la República; de esas mujeres que sufrían más que los hombres por la humillación que la dictadura hacía sufrir al país; y que, más que los hombres, tenían valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada é insolentada por él.

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía, que han caído al puñal ó al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del pueblo argentino, se escribe continuamente el martirologio de los que se negaron á la ruina y á la degradación de su patria. Pero sólo Dios puede haber escrito en las páginas santas del libro eterno de su justicia la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercidos sobre la organización y la moral. ¡Sólo Dios sabe cuántas madres han ido á la tumba por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuántas esposas han ido al Cielo á buscar al compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, ó por el cu-

chillo voraz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fué á vender su mano y su alma á un tirano extranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato á los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobación y de su desprecio!

¡Sólo Dios, sí, sabe cuántas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro, paso á paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazón sensible!

—Daniel—dijo madama Dupasquier,—es preciso salir del país; usted y Eduardo, mañana, si es posible. Amalia, yo y mi hija, los seguiremos pronto.

—Bien, bien, señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

—¿Y cree usted posible tenerlo en este país? ¿No cree usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Además, una vez que se han fijado las sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada á continuos insultos: y cada persona que entre en ella, á ser espiada y perseguida también.

—Dentro de ocho días, quizá, estaremos libres de esta situación.

—No, Daniel, no. La mirada de Dios se ha separado de nuestra patria, y no tenemos que prever sino desgracias. No quiero, ni que Amalia pise esta casa.

—Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

—¿También?

—Sí; hace dos horas.

—¡Ah, ésta es doña María Josefa, mamá!

La señora Dupasquier hizo un gesto como si le

hubiesen nombrado el más repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entonces la relación de cuanto había ocurrido en la quinta de Barracas, desde las diez de la noche anterior.

—Pero en todo esto—agregó,—no hay ningún peligro real todavía. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy á trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victorica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada, con la intención de dejar desairada la diligencia de la policía. De ese modo, doy seguridad á Amalia y á esta casa. Y en cuanto á mí, no tengo nada absolutamente que temer—dijo Daniel, queriendo inspirar á su amada y á su madre una confianza de que él empezaba á carecer.

—Mamá—dijo Florencia,—pues ya que no hay motivo para que Amalia no venga, yo querría mandarla á buscar, para que nos acompañase á comer; Daniel lo hará también, y así pasaremos juntos todo el día.

—Sí, sí—dijo Daniel.—Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible empezaba á oprimir el corazón de Daniel.

—Bien, hazlo—le contestó madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas á Amalia, y dió orden de poner el coche, para mandar traer á su amiga.

Florencia volvió á la sala por las piezas interiores, cuando llamaban á la puerta exterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió, y dijo:

—Es Fermín.

—¿Qué hay?—le preguntó á su criado, sin permitirle entrar en la sala, para que no oyesen las señoras, si ocurría algo desagradable, en ese día en que todo parecía conspirarse contra todos.

—Ahí está el señor don Cándido—respondió Fermín.

—¿Dónde?

—En el zaguán.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

—¿Qué hay de Eduardo?—le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

—Nada.

Daniel respiró.

—Nada—prosiguió don Cándido,—está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay algo de ti.

—¿De mí?

—Sí; de ti, joven imprudente, que te precipitas en un...

—En un infierno, está bien. ¿Pero qué hay?

—Oye.

—Pronto.

—Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.

—Bien.

—Mariño habló con Beláustegui,

—Adelante.

—Beláustegui habló con Arana.

—Adelante.

—Y yo oí á Beláustegui y á Arana.

—¿Y de ahí?

—De ahí resulta que Beláustegui le ha dicho á Arana que Mariño le ha dicho á él que Victorica le ha dicho en la policía que ha dicho al comisario de tu sección, que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles sobre ti.

—¡Hola! Muy bien, ¿y qué más?

—¡Qué más! ¿Te parece poco el enorme, el monstruoso peligro que está pesando sobre tu frente, y, naturalmente, sobre la mía, desde que todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales relaciones? ¿Quieres?...

—Quiero que me espere usted aquí un momento, con eso seguiremos esta conversación en el coche que se detiene en este momento á la puerta, en el tránsito hasta mi casa.

—¿Yo á tu casa, insensato?

—Espere usted, mi querido amigo—dijo Daniel, dejándolo en el zaguán.

—Fermín, monta en mi caballo, y véte á casa—dijo á su criado, que lo esperaba en el patio.

—¿Qué hay?—preguntaron madre é hija al entrar Daniel en la sala.

—Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salir de su escondite y volar á Barracas. Pero yo parto á casa, á escribirle y ponerlo en juicio.

—Sí, no vaya usted en persona—dijo madama Dupasquier.

—Daniel, prométamelo usted—dijo Florencia, poniéndose de pie delante de su amado.

—Lo prometo—dijo Daniel, sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

—¿Se va usted ya?

—Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir á buscar á Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

—¿Y vuelve usted?

—A las tres.

—Bien, á las tres—dijo Florencia, apretando

fuertemente entre sus manos de azucena la mano que debía recibir más tarde ante el pie del altar.

Daniel besó la de madama Dupasquier, y salió de la sala aparentando un contentamiento que, desgraciadamente, empezaba á alejarse de su corazón.

—¿Sabes, Daniel, una cosa?—dijo don Cándido, que se paseaba en el zaguán, esperándolo.

—Después, después. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dió un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que á paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado á la nuca, pasaba, casualmente, en aquel momento.

—Dispense usted, caballero—dijo Daniel, sin mirarle á la cara, acercándose á la portezuela del coche, abriéndola él mismo, y diciendo al cochero:

—A mi casa.

—¡Hombre, esta voz!...—dijo el personaje del sombrero á la nuca, parándose y mirando á Daniel, que subía al estribo.

—Caballero, ¿me hace usted el favor de oirme una palabra?—prosiguió el desconocido, dirigiéndose á Daniel.

—Las que usted quiera, señor mío—dijo el joven, con un pie en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hacia aquel hombre, cuya cara no había visto todavía; mientras don Cándido, pálido como un cadáver, se escurrió hasta el coche, por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero, evidentemente enmascarándose.

—¿Me conoce usted?

—¡Ah! me parece que es el señor cura Gaete

con quien he tenido la desgracia de tropezar—contestó Daniel, con la mayor naturalidad.

—Y yo creo que he oído la voz de usted en alguna otra parte. Y aquel otro señor que está dentro del coche, será... ¿Cómo está usted, señor?

Don Cándido hizo tres ó cuatro saludos con la cabeza, sin desplegar los labios, y sin acabar de limpiar el rostro con el pañuelo.

—¡Ah, es mudo!—prosiguió el fraile.

—¿Quería usted alguna cosa, señor Gaete?

—Me gusta mucho oir la voz de usted, señor... ¿quiere usted decirme?

—Que tengo que hacer, señor—dijo Daniel, saltando al coche y haciendo una señal al cochero, que hizo partir los caballos á trote largo, en dirección á la plaza de la Victoria, mientras el reverendo cura Gaete se quedó sonriendo, con una expresión de gozo infernal en su fisonomía, y mirando el número de la casa de madama Dupasquier.

CUARTA PARTE

I

EL 16 DE AGOSTO

I

Once días después de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana se extraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apenas las cinco de la mañana de aquel día. No se veía un solo astro sobre el firmamento; y el Oriente, envuelto en el espeso manto de la noche, no quería levantar aún las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes á otras tantas visiones de la imaginación de Hoffmann, parecían de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la joven viuda de Barracas del gran patio de la quinta, cortado por una verja de hierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento,

cosa que jamás había acontecido á tales horas, después de la tristísima noche con que empezamos la exposición de esta historia.

—Si no hay nadie. Aunque Su Merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz, ni á nadie—dijo, sin el misterio que parecía requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

—¿Pero cuándo, adónde se han ido?—exclamó con un acento de impaciencia y rabia la persona á quien se había dirigido la mujer.

—Ya le he dicho á Su Merced que se han ido anteayer, y que han de estar por ahí no más. Yo los vi salir. Doña Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servía. Junto con doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y después se bajó del coche doña Amalia, abrió las piezas y volvió á salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la quinta.

Restablecióse el silencio y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió á correr de puerta en puerta, de ventana en ventana, á ver si descubría alguna luz, si percibía algún ruido que le indicase la existencia de alguien en aquella mansión desierta y misteriosa.

Pero todo era en vano: él no oía sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la quinta, mecidos por la recia brisa de aquella noche de invierno obscura y fría.

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó y volvió al lugar en que

estaban su compañero y la persona que les había dado los informes que se conocen.

—Señor comandante, sabe Usía que la escolta marcha hoy muy temprano, y ya es la madrugada.

—Bien, teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo más. Vámonos y marche á su cuartel.

—Señor de Mariño, mire Su Merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles á los de casa.

—Bien, mañana.

—¿Pero, cómo mañana?

—Vamos, toma y déjame en paz.

—¿Y cuánto es esto?

—No sé. Pero no debe ser poco.

—Cuando más, cinco pesos—dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del comandante Mariño y teniente del escuadrón escolta; y pasando por la verja de hierro, cuyo puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

Un momento después esos dos personajes de la federación dejaban á su colega por ella en la pulpería contigua á la casa de Amalia, satisfecha de ver que, aunque negra como era, prestaba servicios de importancia á la santa causa de pobres y ricos. Y comandante y teniente tomaban el galope para la ciudad, dirigiéndose, el primero á su cuartel de serenos; y el otro al de la escolta de Su Excelencia.

II

Apenas allá en el horizonte del gran río se veía una ligerísima claridad sobre las olas, como una leve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venía.

Todo, menos el hombre, iba á armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la Naturaleza y su Creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra Pampa sacudirían en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correría, arqueando su potente cuello, á apagar su sed, nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuctros pájaros meridionales, menos brillantes que los del trópico, pero más poderosos unos y más tiernos otros, saltarían desde el nido á la copa de nuestros viejos ombúes, ó de nuestros erizados espinillos, á saludar los albores primitivos del día: y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y entre la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarían á abrir sus blancas, punzóes y amarillas hojas, para tener el gusto, como la virtud, de contemplarse á sí mismas á la luz del cielo, porque la luz de la tierra no alcanza ni á las unas ni á la otra. Toda la naturaleza, sí, menos el hombre. ¡Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servía en la infeliz Buenos Aires sino para hacer más visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvían en caos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crimen, el sufrimiento y la desesperación!...

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas, dirigiéndose á los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos esos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires, al venir el día, hacia ya cuatro ó cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos, cuyas almas estaban, unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle, y otras en el infierno del crimen esperando el de Rosas.

Sólo en el camino de San José de Flores, que arranca de la ciudad: en aquel célebre camino, gloria de la federación y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; sólo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos. Era don Juan Manuel Rosas que marchaba á encerrarse en su campamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de agosto de 1840, saliendo de la ciudad, oculto entre las sombras de la noche, y calculando, sin embargo, poder llegar de día á la presencia de sus soldados, á quienes, por la primera vez en su vida, iba á poder decirles *compañeros*.

Su escolta tenía orden de marchar una hora después.

Nada más lúgubre, nada más dramático, nada más indeciso y violento, que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento en todo el horizonte revolucionado de la República Argentina.

Era un duelo á muerte entre la libertad y el

despotismo, entre la civilización y la barbarie: y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en la mano, prontos á atravesarse el corazón, teniendo por testigos de su terrible combate á la humanidad y á la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate ¿en qué lugar? sobre la República entera.

El general Paz marchaba á Corrientes, á ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantándose, luchando brazo á brazo con la dictadura de Rosas, y que entonces victoreaba la libertad y recibía á la noble hechura de Belgrano.

Lamadrid, ese mosquetero de Luis XIII, resucitado en la República Argentina en el siglo XIX, bajaba sobre Córdoba á extender la poderosa Liga del Norte.

Lavalle, nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el Cruzado argentino, en fin, marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil legionarios, valientes como el acero, ardientes como la libertad, entusiastas como la poesía, y nobles como la causa santa por que abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver á ella con la privación y con la roída casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte más culta y distinguida de la juventud argentina, comandado por lo más selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio; que partían á la guerra hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesía de

la imaginación, sino con la expresión de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido á la sombra de nuestros viejos padres y á la libertad futura de la patria.

Isla de la Libertad, agosto 31 de 1839.

«Mi querida mamá: he derramado lágrimas al »leer su carta tan llena de amor maternal. De»vuelvo á usted esos tiernos sentimientos que me »manifiesta, con todo mi corazón. Confío en que »el cielo presidirá nuestros destinos y que yo ten»dré el gusto de abrazarla á usted y á mis queri»das hermanas en el seno de nuestra patria ado»rada. Diez años han durado nuestros sufrimien»tos, y la esperanza de terminarlos me llena de »ardor y de entusiasmo. Deseche toda idea tris»te: Dios regla el destino del hombre. Si muero, »le pido su perdón y su olvido.—*Eduardo Al»varez.*»

¡Soldados, así, como ese joven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros viejos generales, que se despedía de su madre para ir á morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, después de haberse cubierto de gloria en el Yeruá y Don Cristóbal; cayendo al expirar en los brazos de su hermano, enviándole un beso á su madre y haciendo jurar á ese hermano que no dejaría la espada sino con la libertad argentina, ó con su muerte!...

De parte de la tiranía, Echagüe en Entre Ríos, López en Santa Fe, Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el exterior, por parte de la Francia sólo había la novedad en el nombramiento del vice almirante Baudin para el comando de una expedición militar al Plata, que parecía haberse resuelto con el fin de poner término á los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental, el general Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel general en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuía con brindis á la cruzada argentina; bebiendo «Por »que la República Argentina, anonadando al ti»rano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, »y comprenda que la única base de la felicidad de »los pueblos es la que se funda en leyes justas y »análogas á sus necesidades;» y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, tenía una fisonomía especial en ese momento: la fisonomía especial de la angustia, la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en don Felipe Arana, y salía á esperar á Lavalle, ó más bien, huía de la ciudad á su campamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallón de Maza, el de Revelo, el número 1 de caballería, los dos escuadrones de abastecedores, el escuadrón-escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componían, en número de 5,000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad estaba guardada de otro modo.

En el fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de serenos, y de noche se reunían la plana mayor activa y la inactiva: los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 á 500 hombres.

En su cuartel del Retiro estaba el coronel Rolón con 250 veteranos.

El coronel Ramírez mandaba 80 negros viejos é inválidos.

Y el cuarto batallón de patricios estaba mandado accidentalmente por don Pedro Jimeno.

El coronel Vidal mandaba también alguna pequeña fuerza.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos Aires, no estaban organizados, ni alistados siquiera.

El cuerpo de la Mazorca, compuesto de 80 á 100 facinerosos, se distribuía desde la oración en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrían toda la noche la ciudad, sin hacer otra cosa hasta esos días, sin embargo, que registrar escrupulosamente á los que hallaban en la calle, llevarlos á la presencia de Salomón si tenían armas, ó insultarlos groseramente si no iban con gran divisa ó con papeleta de «socio popular restaurador.»

El inspector general Pinedo, hacía los nombramientos de «jefe de día;» cargo que recaía siempre en alguno de los generales que sin destino permanecían en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes, recorrían la ciudad toda la noche, visitando los cuarteles para ver si se observaban las órdenes expedidas.

Pero ninguna época de la federación hizo más tolerantes á sus hijos, que estos días que estamos

describiendo; es decir, aquéllos en que el general Lavalle marchaba aproximándose á la ciudad.

La Mazorca no hacía uso de sus armas, como hemos dicho.

Los jefes de día, en el curso de sus paseos nocturnos, solían llamar á alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo, y preguntaban con el mayor esmero si algo se ofrecía, si había alguna novedad, ó aseguraban que no había nada que temer, etc.

El gobernador delegado mandaba indirectamente ciertos avisos á ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo de las «parroquiales» se demostraban mútuamente, con una lógica concluyente, lo terrible que era no poder vivir en paz y tener que pelear con sus «hermanos...» ¡Ah, Lavalle, Lavalle, por qué no mandasteis un escuadrón á gritar: ¡Viva la patria! en la plaza de la Victoria!

Pero sigamos.

De otro lado, las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querían reir, y sentían el corazón oprimido; Lavalle se acercaba, pero cada una de ellas tenía un hijo, y una bala enemiga podría abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, el puñal de la Mazorca estaba más cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejían coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gavetas algún traje celeste, escondido por muchos años, para recibir á los libertadores; y las madres querían esconder dentro de sí mismas á

los hijos que les quedaban aún en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levas de la Mazorca.

—Cada familia, cada individuo, era, en fin, la imagen viva y palpitante de la ansiedad, de la más penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que apenas bosquejamos, al fin de la primera mitad de agosto, tiempo también en que vamos á encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazón de los patriotas latía de temor y de esperanza. El de los héroes de las «parroquiales» de miedo y de temor.

Pero, antes de cerrar este capítulo, vamos á explicar esa voz «parroquiales», con que en este libro se ha determinado á menudo una época á que no se ha dado todavía un nombre especial.

III

Al anochecer del 27 de junio de 1839 fué asesinado en las antesalas de la cámara de representantes el presidente de ésta, don Manuel Vicente Maza.

Dejemos la palabra á los documentos, porque éstos de suyo han de reflejar sobre la conciencia del lector todo lo que hay de horrible y de repugnante en los hechos que fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó «fiesta de las parroquias.»

«En Buenos Aires, á 27 de junio de 1839, á »las seis y media de la noche, se presentó en la »casa-habitación del señor vicepresidente primero »de la honorable sala, ciudadano general don Agus-

»tín Pinedo, el ordenanza de dicha sala, Anasta»sio Ramírez, y anunció al referido vicepresiden»te que acababa de ser violentamente muerto el »señor presidente de la honorable sala, doctor don »Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver había en»contrado el exponente en la sala de la presi»dencia.»

La comisión permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver, y encontraron en él dos heridas hechas con cuchillo ó daga.

La sala se reunió al día siguiente: ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? No: se reunió para oir un discurso del diputado Garrigós. He aquí un pequeño fragmento de ese discurso: «...Se ha »querido contrastar la acrisolada fidelidad de nues»tra tropa. Pero por todas partes, señores, ha en»contrado el vicio la resistencia que le ofrece la »virtud. Estos leales federales, que detestan al »bando unitario, y mucho más aún á los traidores »que desertan de la causa nacional de la Confe»deración argentina, volaron presurosos á partici»par al Gobierno aquel inicuo atentado, exhibien»do al mismo tiempo comprobantes inequívocos »de la certeza de su aserto. Pues bien, señores, »el autor principal de crimen tan execrable era »el hijo de nuestro presidente, y sin duda alguna, »datos muy exactos y antecedentes muy fundados »comprobaban la connivencia del padre en el com»plot del hijo: estos graves cargos, que gravita»ban contra el presidente, desparramados en la »población, cundieron con una rapidez eléctrica: »los ciudadanos de todas clases miraron con ho»rror tan inaudito crimen y se apresuraron en-

»tonces á dirigirse á esta honorable legislatura »ejerciendo el derecho de petición. Al efecto pre»pararon una solicitud con el objeto de que se »separase del elevado puesto de presidente de la »representación de la provincia, y aun del seno de »la legislatura, á un ciudadano contra quien pesa»ban graves cargos y contra quien la opinión pú»blica se había ya manifestado del modo más se»vero, y que, por consiguiente, debía quedar fuera »del amparo de esta posición, para que el fallo de »la ley se pronunciase contra su conducta. Aun no »fué esto todo, señores; pendiente este paso, la »animadversión pública se explicó más palpable»mente. La casa del presidente fué agredida la »noche del jueves de un modo que se conoció que »el pueblo estaba en oposición á la permanencia »del presidente en su puesto, que aún esa maña»na ocupó. Tales antecedentes decidieron al pre»sidente á hacer su renuncia, no tan sólo del cargo »que ocupaba en este recinto, sino también de la »presidencia del tribunal de justicia. Recién en»tonces se apercibió que debía alejarse de esta »tierra, y no poner á prueba tan difícil la irrita»ción del pueblo, y la justificación del jefe ilustre »del Estado que fluctuaría entre el severo deber »de la justicia y el cruel recuerdo de una antigua »amistad...

»... En tal estado, señores, ¿qué cosa resta á la »honorable sala, que dar cuenta de este trágico »suceso al P. E. acompañándole todos los ante»cedentes de la materia, para que en su vista dicte »las medidas que su sabiduría le aconseje?»

Al día siguiente, es decir, el día 28, en que tuvo lugar la sesión, el hijo del presidente de la

sala, teniente coronel don Ramón Maza, fué fusilado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver de su hijo, y juntos fueron echados á la zanja del cementerio.

Tras este horrendo asesinato del presidente de la legislatura y del tribunal de justicia, ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor de Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabién al asesino. «En virtud del des»cubrimiento del feroz, inicuo y salvaje plan de »asesinato premeditado por los parricidas, reos de »lesa América, traidores Manuel Vicente y su hijo »espúreo, Ramón Maza, vendidos al inmundo oro »francés,» decía uno. Otro le hacía coro, repitiendo: «Esté bien convencido Vuecelencia de que el »Dios de los ejércitos proteje la causa de la jus»ticia, poniendo en descubierto los planes infer»nales de los traidores sobornados por un vil inte»rés, como sucede con el traidor sucio, inmundo y »feroz, Manuel Vicente Maza y su hijo bas»tardo.»

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa Mazorca de la federación, y centenares de páginas no podían abrazar en sus millones de tipos todo el palabreo inmundo de esa época, y fué preciso abrir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debía celebrarse en los templos.

El asesino fué deificado, y el asesinato bendecido, no sólo en la ciudad, sino en la campaña.

Del día del delito se decía en la cátedra del Espíritu Santo: «Yo no haré otra cosa en esta mi »breve alocución, que exhortaros con las palabras »del profeta real á establecer este día hasta el cor- »nijal del altar: *Constituite diem solemnem in »condensis usque ad cornu altaris.* Solemne llamo »á este día por el feliz descubrimiento de la trama »horrorosa contra la vida de nuestro Ilustre Res- »taurador de las Leyes; solemne llamo á este día, »por el escarmiento público que la divina Provi- »dencia hizo de los enemigos de nuestra libertad »é independencia... La divina Providencia... ella »quiso que este público... á la verdad, Dios vela »sobre los buenos y sobre los malos; sobre los »buenos para darles á su tiempo el premio en el »Cielo sobre los malos para darles á su tiempo el »condigno castigo.»

El juez de paz de cada parroquia citaba á los vecinos, y previamente le sacaba á cada uno lo que podía, ó no podía dar, para subscripción de la fiesta. Luego se nombraba la comisión, se señalaba el día, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestía de federal y... pero que hablen los documentos.

«La cuadra de la iglesia estaba toda adornada »de olivo y lindas banderas, las cuales fueron to- »madas por los vecinos y de «golpe las rindieron »al pasar el retrato, hincando la rodilla,» causan- »do un espectáculo verdaderamente imponente el »repique de las campanas, cohetes de todas clases »y vivas del inmenso pueblo que había allí re- »unido; al llegar al atrio, tomaron, el señor juez »de paz y el señor maestre, el retrato, y entraron

»con él en la iglesia en cuya puerta el señor cura »y seis sacerdotes de sobrepelliz acompañaron el »retrato hasta que se colocó en el lugar destinado, »y como se retirase la comitiva por no empezarse »la función de la iglesia, se dejaron dos tenientes »alcaldes, uno á cada lado del retrato, haciéndole »la guardia... hasta que, concluída la función, »tomó asiento el acompañamiento esperando al »señor cura y demás sacerdotes que, de sobrepe»lliz, salieron á acompañar el retrato que fué sa»cado hasta el atrio, donde lo recibió el señor juez »de primera instancia, don Lucas González »Peña...

»Gran porción de vecinos se reunió en la casa »contigua á la del juez de paz, donde fué servida »con abundancia carne con cuero; concluída la »comida, se formó del contento general la más fe»deral y republicana danza en el patio de la casa »del señor juez de paz, adoptando nuestra «alegre »media caña por baile,» la que era tocada por la »música restauradora: en esta danza, aceptada »alegremente por todos, no quedó nadie sin bailar, »pues, todos entreverados, no se conoció distin»ción. La señorita doña Manuelita de Rosas, dig»na hija del Ilustre Restaurador, y la respetable »familia de S. E. dieron realce con su presencia,» etcétera (1).

Los documentos de la época van más adelante todavía: veneros inagotables de la más desesperante filosofía sobre la debilidad de la raza humana cuando gravita sobre ella la pesada mano del

---

(1) Descripción de la fiesta de la parroquia de Montserrat, publicada en el número 4884 de la «Gaceta Mercantil», de 10 de agosto de 1839

despotismo, en cada página, en cada día de esa época funesta, enseñan en progreso la degradación del pueblo sometido á Rosas. Las inspiraciones de éste eran las que daban impulso á las acciones: obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposición, que, á los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber dónde comenzaba esa imposición, y dónde terminaba la acción espontánea, en conciencias que el miedo había pervertido.

La descripción de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4891 de la *Gaceta*, «brilla» todavía con mayor lujo de degradación, de prostitución, de escarnio.

Más todavía; la fiesta de la catedral que describe la *Gaceta* 4866: he aquí un fragmento:

«En la entrada del templo se agolpaba un nume»roso gentío, y saliendo á la puerta el senado del »clero, fué introducido en el templo el retrato de »Su Excelencia por los mismos generales que lo »habían recibido, etc. La función fué celebrada »con majestuosa solemnidad. Nuestro venerable »y digno compatriota, el ilutrísimo obispo dio»cesano de Buenos Aires, doctor don Mariano Me»drano, rodeado de todo el esplendor y pompa con »que se ostenta el culto de la Iglesia católica en »sus augustas fiestas, ofició en tan importante ac»ción de gracias. Una magnífica orquesta acom»pañaba el canto de algunos profesores y aficiona»dos. Concluída la misa, se entonó el *Te Deum* »por el ilustrísimo prelado, que se anunció al pú»blico con repiques de campanas y una salva de »artillería en los baluartes de la fortaleza. En »seguida fué reconducido el retrato de Su Excelen»cia al carro. La caballería formó en columna, etc.

»Luego que el señor inspector general dispuso »la retirada del retrato, empezó la marcha en el »mismo orden, siguiendo la columna por el ex»presado arco principal, y de éste por la calle de »la Reconquista hasta la casa de Su Excelencia. »Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se »empeñaron las señoras en conducir el retrato de »Su Excelencia, tirando del carro que alternati»vamente habían tomado los generales y jefes de »la comitiva al conducirlo al templo. Las señoras »mostraron el más delicado y vivo entusiasmo, y »vimos con inmenso placer á las distinguidas se»ñoras doña...» etc., etc. (1).

Como se ve, pues, estas célebres fiestas tuvieron por origen un crimen; y dignas sucesoras de esa causa, las fiestas en sí mismas eran un crimen, y fueron más tarde madre de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunión pública, se trata de poner en competencia la cultura ó el talento, la elegancia ó el lujo.

En toda reunión pública, ó se trata de agradar, ó se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales todo era á la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquia era un inmenso certamen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanación del templo seguía la profanación del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo

(1) El carro, según el documento que estamos citando, tenía nueve varas de elevación, cinco de largo y tres de ancho.

que se llamaba el ambigú federal, cuya mesa se colocaba, ora en la sacristía, á veces en algún corredor, bajo algún claustro, y alguna vez también en la casa del juez de paz de la parroquia.

El primer asiento estaba reservado á Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar á su padre los pensamientos de cuantos allí había, cada uno empleaba todo el poder de la oratoria especial de la época, para mostrarse á los ojos de la hija fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenía su vigor, su brillo, su sello federal, en la abundancia de los adjetivos más extravagantes, más cínicos, más bárbaros.

El enemigo, debía ser inmundo, sucio, asqueroso, chancho, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el héroe de la federación, en boca de los aseados federales, para quienes el oro francés era inmundo, pero el oro argentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo á manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitución y el vicio que allí representaban.

En pós de la borrachera federal venía la danza federal. Y la joven inocente y casta, llevada allí por el miedo ó la degradación de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces á esas orgías pestíferas con las lágrimas en los ojos, tenían luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza, con lo más degradado y criminal de la Mazorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la revolución del Sur, en octubre del mismo año 1839, pero continuadas tan pronto como fué sofocado aquel heroico movimiento. Y

en ellas fué donde debía engendrarse la época de sangre que debía comenzar en 1840. Porque, si las cabezas de Zalarallán, de Castelli y otros, habían dado ya ocupación al cuchillo, todo eso no era sin embargo sino los preludios de las ejecuciones en masa que debían cometerse más tarde.

El terror fué graduado, fría y sistemáticamente por el Dictador.

Las personerías.

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las señoras.

Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fué arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperación y del miedo, y cuyo fondo insondable debía empujarlos con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así, la sociedad á esta época se hallaba dividida en víctimas y en asesinos. Y estos últimos que desde muy atrás traían sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentación de su cinismo, temblaban, sin embargo, cuando la pisada del ejército libertador hacía vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de agosto de 1840, á cuyos días hemos llegado en esta historia; mientras que la parte oprimida del pueblo sufría también la incertidumbre penosa por el éxito próximo de la cruzada.

Y para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusión, la novela ha tenido que historiar brevemente los antecedentes que se acaban de leer.

II

EL GOBERNADOR DELEGADO

Pasado el zaguán que conducía del primero al segundo patio en la casa de Don Felipe Arana, calle de Representantes, número 153, se hallaba á mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra más pequeña en uno de los ángulos, y un estante conteniendo muchas obras teológicas, las Partidas, un diccionario de la lengua, edición de 1764: un grabado representando á San Antonio; un botellón de agua; unas tazas de loza y un damero; nada más tenía el estante del señor don Felipe, pues acabamos de conocer el gabinete del señor ministro, ascendido al alto rango de Gobernador delegado.

En la pequeña mesa copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el señor don Cándido Rodríguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchos legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, estaban sentados don Felipe Arana y el ministro de S. M. B., Caballero Enrique Mandeville, y nuestro «entremetido» Daniel.

—Pero si no ha habido declaración de guerra, señor Mandeville—decía el señor don Felipe á tiempo que entramos con el lector en su gabinete. Y eso lo decía con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las se-

ñoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

—Así es, no ha habido declaración de guerra— contestó el señor Mandeville, jugando con la punta de sus rosados dedos.

—Y usted sabe, señor ministro—prosiguió don Felipe,—que, según el derecho de gentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra sin que á ese acto preceda una declaración, solemne y motivada.

—¡Pues!

—Y como el derecho de gentes nos comprende á nosotros también, ¿digo bien, señor Bello?

—Perfectamente, señor ministro.

—Luego, si nos comprende á nosotros el derecho de gentes—prosiguió don Felipe,—teníamos derecho á que la Francia nos declarase la guerra antes de mandar una expedición. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debía estorbarle el envío de la antedicha expedición; porque, conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la Confederación. Y por eso concluyo repitiendo al señor ministro á quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al paso por mar de la susodicha expedición que debe salir de Francia, ó estar ya en camino.

—Yo transmitiré á mi Gobierno las poderosas observaciones del señor Gobernador delegado,— contestó el señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por don Felipe como lo estaba por Rosas, podía medir á su antojo la diplomacia y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

—Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diría al señor Gobernador cuál es en

mi opinión la política que ha creído conveniente seguir en los negocios del Plata el gabinete de Saint James—dijo Daniel con un tono tan humilde y tan comedido, que acabó de encantar á don Felipe, quien no deseaba otra cosa sino que alguien hablase cuando él tenía que hacerlo.

—Las opiniones de un joven tan aventajado como el señor Bello deben ser oídas siempre.

—Mil gracias, señor Arana.

El señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel joven cuyo nombre le era conocido; y se dispuso con toda su atención á escucharlo.

—Es muy probable que á la fecha en que estamos, el señor Palmerston esté en posesión de un documento muy grave de la actualidad; me refiero al protocolo de una conferencia tenida el 22 de junio de este año entre la comisión argentina y el señor Martigny. ¿El señor Mandeville sabe algo de este documento?

—Nada absolutamente—contestó el ministro inglés,—y dudo que mi Gobierno lo tenga, toda vez que no ha ido por mi conducto.

—Entonces me cabe la dicha de haber hecho las veces del señor ministro.

—¿Es posible?

—Sí, señor: el 22 de junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Londres, enviado por mí al vizconde Palmerston. Tiene, hoy, pues, cincuenta y dos días de viaje.

—¿Pero, ese documento?—dijo el señor Mandeville, algo intrigado.

—Helo aquí, señor ministro. Leámoslo y después observemos—dijo Daniel sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó:

PROTOCOLO

De una conferencia entre el señor Buchet Martigny, Cónsul General Encargado de Negocios y Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses, y la Comisión Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos á la cuestión pendiente en el Río de la Plata.

«Los sucesos que han tenido lugar en el Río »de la Plata desde el 28 de marzo de 1838, en que »las fuerzas navales de S. M. el Rey de los Fran»ceses establecieron el bloqueo del litoral argen»tino, produjeron una alianza de hecho entre los »jefes de las expresadas fuerzas y los agentes de »Su Majestad por una parte, y las provincias y »ciudadanos argentinos, armados contra su tira»no, el actual Gobernador de Buenos Aires, por »la otra.

»Esta alianza se hizo más estrecha y adquirió »alguna más regularidad, desde que el señor ge»neral Lavalle, en julio de 1839, se puso de acuer»do con dichos jefes y agentes para organizar en »la isla de Martín García la primera fuerza argen»tina, destinada á obrar contra el Gobernador de »Buenos Aires, y desde que el gobierno de la pro»vincia de Corrientes abrió comunicaciones con »ellos en octubre del propio año.

»Desde entonces, los señores agentes diplomáti»cos y los jefes de las fuerzas navales francesas »han prestado reiterados servicios á la causa de »los argentinos, donde quiera que se han armado »contra su tirano, y han recibido, á su vez, prue»bas de sinceras simpatías hacia la Francia, don»de quiera que no ha dominado la influencia de »aquél. Todo esto había estrechado más cada día »la expresada alianza de hecho.

»Actualmente, los últimos periódicos de Fran»cia, que acaban de recibirse en esta capital, han »dado á conocer el discurso pronunciado en la Cá»mara de diputados, el 27 de abril último, por el »señor Thiers, presidente del Consejo de minis»tros de S. M.: y en el cual S. E. reconoció pú»blica y solemnemente como aliados de la Francia »á las provincias y ciudadanos de la República »Argentina, armados contra el tirano de Buenos »Aires, dando así una especie de sanción á la »alianza, que sólo de hecho existía.

»Esta circunstancia ha dado lugar á que las »partes interesadas en el negocio creyesen, como »realmente creen, llegado el momento de fijar al»gunos puntos que den á la alianza toda la regu»laridad posible, y establezcan al mismo tiempo »sus más naturales consecuencias.

»Por este efecto, los abajo firmados, á saber:

»Por una parte, el señor Claudio Justo Enri»que Buchet Martigny, cónsul general encargado »de negocios y ministro plenipotenciario de Su »Majestad el Rey de los Franceses.

»Y por la otra los señores don Julián Segundo »de Agüero, don Juan José Cernadas, don Grego»rio Gómez, doctor don Ireneo Portela, doctor »don Valentín Alsina, doctor don Florencio Vare»la, miembros que componen la comisión argenti»na, establecida en Montevideo, por especial de»legación del señor general Lavalle, que como jefe »de todas las fuerzas argentinas dirigidas contra »el dictador Rosas, representa de hecho los inte»reses y negocios de la provincia de Buenos Ai»res, cuya representación delegó en dicha comi»sión:

»Se han reunido, hoy día de la fecha en la

»casa-habitación del señor Buchet Martigny, y »después de prestar á este negocio su más seria »atención, han reconocido, de común acuerdo, que »es de la mayor importancia que la desavenencia »entre la Francia y Buenos Aires, á que han dado »lugar las crueldades y actos arbitarrios ejercidos »por el actual Gobernador de esta provincia con- »tra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo »que ha sido su consecuencia, cesen en el instan- »te mismo en que haya desaparecido la autoridad »del dicho Gobierno y haya sido reemplazada por »otra conforme á los deseos del país, como las »circunstancias dan lugar á esperarlo.

»Y, creyendo necesario entenderse de antemano »respecto de los mejores medios que deben em- »plearse para obtener ese resultado de un modo »igualmente honroso para ambos países, han dis- »cutido maduramente el negocio, y han conveni- »do, por fin, en lo siguiente:

»Tan luego como se haya instalado en Buenos »Aires una nueva administración, en lugar del »despotismo que allí domina actualmente, anun- »ciará ella misma este suceso al señor Buchet »Martigny, instándole á trasladarse cerca de ella. »El señor Buchet Martigny aceptará inmediata- »mente esta invitación, y se presentará á la nue- »va administración en calidad de cónsul general, »encargado de negocios y plenipotenciario de »Francia.

»Su primer acto, en respuesta á la nota que se »le haya dirigido, será hacer á la nueva admi- »nistración una declaración al efecto siguiente:

»El bloqueo establecido en el litoral de Buenos »Aires, y los actos hostiles que lo han acompaña- »do, jamás han sido dirigidos contra los ciudada-

»nos de la República Argentina; lo que más de »una vez han demostrado las medidas tomadas »en favor de los mismos ciudadanos argentinos »por los agentes de S. M. y por los comandantes »de las fuerzas navales francesas en el Plata. Esos »actos ningún otro objeto han tenido que com»peler al tirano, bajo cuyo yugo gemía la Repú»blica, á poner término á sus crueldades contra los »ciudadanos franceses, á conceder justas indem»nizaciones á aquellos que las habían ya sufrido, »y á respetar la cosa juzgada. Vivamente ha sen»tido el gobierno del Rey verse obligado á echar »mano de medidas que debían producir grandes »males para el pueblo argentino, pues jamás ha »creído que ese pueblo haya tenido parte alguna »en semejantes excesos ni que los haya apro»bado.

»Hoy, pues, que ha desaparecido el monstruoso »poder contra el cual se dirigían determinadamen»te las hostilidades de la Francia, y que el pueblo »argentino ha recobrado el ejercicio de sus dere»chos y de su libertad, no hay ya motivo alguno »para que continúe la desavenencia entre los dos »países, ni el bloqueo á que había dado lugar; »contando positivamente el Gobierno de S. M. y »el infrascripto con la disposición del pueblo ar»gentino y de la administración que acaba de es»tablecerse en Buenos Aires, para hacer justicia »á la nación francesa y acceder á sus justas re»clamaciones.

»En consecuencia, el señor Buchet Martigny va »á apresurarse á escribir al contralmirante, co»mandante de las fuerzas navales francesas en el »Plata, para darle noticia de los acontecimientos »y para rogarle que declare levantado el bloqueo

»del Río de la Plata, y dé las órdenes necesarias,
»á fin de que las fuerzas francesas que se hallan
»en la isla de Martín García, se retiren; y al de-
»jarla entreguen al jefe militar y á la guarnición
»que, á efecto de relevarlas, mande el Gobierno de
»Buenos Aires, la artillería y todos los otros ob-
»jetos que existían en la isla antes de su ocupación
»por los franceses.»

En cambio de esta nota, la nueva administración de Buenos Aires transmitirá al señor Buchet Martigny una declaración concebida, poco más ó menos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha de seis ú ocho días después.

«El Gobierno provisorio de Buenos Aires, de-
»seando corresponder á la generosidad de la de-
»claración que con fecha... le ha sido hecha por el
»señor Encargado de Negocios y Plenipotenciario
»de la Francia, deseando también dar á esta Na-
»ción una prueba de su amistad y su reconoci-
»miento por los eficaces servicios que en estas úl-
»timas circunstancias ha prestado á la causa ar-
»gentina;

»Considerando igualmente la justicia con que el
»Gobierno de S. M. el Rey de los Franceses ha
»reclamado indemnizaciones en favor de aquéllos
»de sus connacionales que hayan sido víctimas de
»actos crueles y arbitrarios del tirano de Buenos
»Aires don Juan Manuel Rosas;

»Ha decretado lo que sigue:

»Art. 1.º Hasta la conclusión de una conven-
»ción de amistad, comercio y navegación, entre
»Su Majestad el Rey de los Franceses y la pro-
»vincia de Buenos Aires, los ciudadanos france-
»ses establecidos en el territorio de la provincia,
»serán tratados, respecto de sus personas y pro-

»piedades, como lo son los de la nación más fa-
»vorecida.

»Art. 2.º Se reconoce el principio de las in-
»demnizaciones reclamadas por S. M. el Rey de
»los Franceses en favor de aquéllos de sus conna-
»cionales que hayan sufrido antes ó después de
»establecido el bloqueo por medidas inicuas y ar-
»bitrarias del último Gobernador de Buenos Aires
»don Juan Manuel Rosas, ó por sus delegados.

»Invitará este Gobierno al señor Buchet Mar-
»tigny á que se entienda con él, para hacer deter-
»minar en un plazo breve, el monto de esas in-
»demnizaciones, por árbitros elegidos por ambas
»partes en igual número; y que en caso de empate
»tendrán la facultad de asociarse un tercero en
»discordia, nombrado por ellos á mayoría de
»votos.

»Se reconoce también el principio del crédito
»del señor Despuy contra el Gobierno de Buenos
»Aires. Los mismos árbitros fijarán su monto por
»documentos auténticos.

»El señor Martigny, en respuesta á la notifica-
»ción que reciba de esta resolución, dará las gra-
»cias al Gobierno de Buenos Aires por este tes-
»timonio de amistad y de justicia, y lo aceptará en
»nombre del Gobierno de S. M.

»Los señores miembros de la comisión argen-
»tina, reconocidos á los servicios que la Francia
»ha hecho á su República en la lucha que sostiene
»contra el tirano, se comprometen del modo más
»formal, tanto en su nombre como en el del ge-
»neral Lavalle, de quien son delegados, á emplear
»todos sus esfuerzos y á usar de toda su influen-
»cia, para que el nuevo Gobierno de Buenos Aires,
»legalmente constituído, concluya sin demora con

»el Encargado de Negocios y Plenipotenciario de »Francia una convención de amistad, comercio y »navegación, en los mismos términos de la que »se firmó en Montevideo el 8 de abril de 1836, »entre la Francia y la República Oriental del Uru»guay; lo que será también una nueva prueba de »la moderación é intenciones de la Francia; pues »que nada pide ni desea de la República Argenti»na, sino lo mismo que propuso, en medio de la »paz y de la amistad, al Estado Oriental del Uru»guay.

»Terminado así el objeto de la presente confe»rencia, se formó este protocolo, que quedará se»creto y que firmaron todos los miembros de ella, »en dos ejemplares, en francés el uno y en caste»llano el otro, en Montevideo á 22 de junio de »1840.—*Buchet Martigny, Julián S. de Agüero,* »*Juan J. Cernadas, Gregorio Gómez, Valentín Al*»*sina, Ireneo Portela, Florencio Varela.*»

El señor Mandeville estaba absorto.

Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que lo dominaba siempre, y bajo su inspiración dijo:

—Pero ¿qué dirá el señor Gobernador cuando sepa que ese documento ha existido en manos de usted por tanto tiempo, sin saberlo él?

—El señor Gobernador conoce ese documento desde el mismo día en que llegó á mis manos.

—¡Ah!

—Sí, señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa, y segundo para que no declinase en su heroica resistencia contra las pretensiones francesas.

—Es un prodigio este joven—dijo don Felipe

mirando á Mandeville; mientras don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel había hecho pacto con el Diablo, y que él se encontraba en la asociación.

—Bien, pues—continuó Daniel,—á primera vista, esta alianza debería inspirar recelos al gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiría la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero éstos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas á la Francia no son una especialidad, sino un programa general que establecen para lo futuro en sus relaciones políticas y comerciales para con los demás Estados. Que su sistema de orden y garantías se extenderá á todos los extranjeros que residan en la República. Anuncian la libre navegación de los ríos interiores. Proclaman la emigración europea como una necesidad de estos países y distraen los intereses políticos con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos, una vez que triunfe su partido.

—¡Traición es todo esto!—exclamó don Felipe, que no entendía una palabra de cuanto acababa de oir.

—Prosiga usted—dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

—En presencia de tal programa—prosiguió el joven,—el Ministerio inglés toma en cuenta, de una parte, los inconvenientes de una hostilidad directa á la Francia en su cuestión en el Plata; y por otra, las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con sólo que la Inglaterra se mantenga neutral en una cuestión cuyo resultado puede ser

el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas al comercio, al capital y á la emigración europeos, y cuya amistad quizá convendrá más tarde adquirir á todo trance para equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

—¡Pero es una picardía!—exclamó el señor don Felipe,—una traición, un ataque á la independencia y á la soberanía nacional.

—Por supuesto que lo es—dijo Daniel,—es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza, en este caso, se funda en la habilidad de usted, señor Arana, para hacer entender al señor Mandeville todo lo que tiene de traidor á los intereses americanos y europeos el pensamiento de los unitarios.

—Ya... si... pues... yo he de hablar con el señor Mandeville.

—Sí, hemos de hablar—contestó el ministro inglés cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien había descubierto todo cuanto á don Felipe le faltaba.

—¿Y me podría usted facilitar una copia de ese documento?—continuó Mandeville, dirigiéndose á Daniel.

—Desgraciadamente no puedo—contestó el joven haciendo al mismo tiempo una seña afirmativa á Mandeville, que fué comprendida en el acto.

—No puedo—prosiguió diciendo Daniel,—porque le entregué una copia de él al señor Gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su Ministro de Relaciones Exteriores no supiese nada de este negocio.

—¡Pero si nada sabía!—exclamó don Felipe abriendo tamaños ojos.

—De eso se trata, de que no supiera usted nada, y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuán disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

—¡Oh! yo no hablo jamás al señor Gobernador sino de los asuntos que él me promueve.

—En eso se conoce el talento de usted, señor Arana.

—Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

—Bien hecho.

—¿No le parece á usted, señor Mandeville?

—Soy de la misma opinión del señor Bello.

—¡Oh! nosotros todos nos entendemos perfectamente—dijo Arana, arrellenándose en la silla.

—¿Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traído á saludar á Vuestra Excelencia? —preguntó Mandeville.

—¿Sobre la reclamación del súbdito inglés?

—Justamente.

—Sí, podríamos, pero...

—¿Por qué, señor? Es un asunto muy fácil.

—Pero como el señor Gobernador no está...

—Pero Vuestra Excelencia es el Gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo...

—Sí, señor; pero, pero yo no puedo sin consultarlo.

—Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver á un súbdito de Su Majestad una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

—Lo consultaré.

—¡Válgame Dios!

—Lo consultaré.

—Haga el señor Arana lo que quiera.

—Lo consultaré en la primera oportunidad.

—Bien, señor—dijo Mandeville levantándose y tomando su sombrero.

—¿Se va usted ya?

—Sí, señor ministro.

—¿Y usted también, señor Bello?

—A pesar mío.

—¿Pero volverá usted á verme?

—A cada momento, siempre que no incomode al señor Gobernador delegado.

—¡Incomodarme! por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

—Siempre estoy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

—¡Vaya pues, vayan con Dios!

Y el señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente á aquel pobre hombre titulado ministro y Gobernador delegado.

—¿Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi casa, señor Bello?—preguntó el ministro inglés al llegar al coche.

—Con mucho gusto—contestó Daniel, y los dos subieron al carruaje, á tiempo que doblaban la calle en dirección á la de Arana, Victorica por una acera, y el cura Gaete por la otra.

Llegado que hubieron aquéllos á la hermosa quinta del ministro británico, la conversación giró de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que más tarde serán tema de largas meditaciones en el historiador de

estos países, como le servirán también de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados argentinos, tantas veces acusados de *vender* y sacrificar los intereses y los derechos de su país, en sus relaciones con el extranjero.

Estudiando ese documento, no se puede menos de compadecer ese santo infortunio de la emigración, de cuyos tristes efectos no es el menos notable, ni el menos desgraciado, el alucinamiento á que da ocasión, aun en los espíritus más serios.

Parece increíble que hombres de la altura de Agüero y de Varela llegasen á creer que el protocolo que firmaban el 22 de junio de 1840, pudiera nunca servir á uno de los dos objetos que se proponían con ese paso, y que sin duda era el más importante para ellos.

Con una candidez pasmosa, la comisión argentina creyó arribar con ese convenio al logro de una obligación perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los emigrados de Rosas.

La firma de la comisión argentina, los compromisos que ella hubiese contraído, podrían haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo Gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero, si la Francia se negaba á respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre, ¿cómo esperar que respetase un compromiso extraoficial, contraído con un agente suyo, con una entidad moral que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, dónde, ni cómo, se reclamaría á la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponía, si

la Francia cortaba la cuestión, como la cortó, ó daba á su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto, si el general Lavalle triunfaba de Rosas, la revolución no podía dejar de llevarlo al puesto del Gobierno, y la cuestión argentina, por la calidad de sus miembros, debía hallarse también en las altas regiones del poder; y las promesas del 22 de junio, si bien no eran de una obligación perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquéllos que lo firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo á resaltar que aquel convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusión para la comisión argentina.

Pero ésta tuvo también otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el extranjero era el caballo de batalla de don Juan Manuel Rosas y de su partido, para estigmatizar á sus contrarios; y, mucho tiempo después de aquél á que está circunscripta esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las más punzantes recriminaciones, de las más infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está menos interesada que el honor de los individuos y de los partidos, no se discute sino sobre los hechos y sobre los documentos.

Para acusar á Rosas y á la parte activa de su partido, á cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la exposición de hechos que han estado bajo el impe-

rir de los ojos, ó que existen daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

Para acusar á la emigración argentina de haber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su país, de haber propuesto una sola de sus conveniencias presentes ó futuras, en política ó en comercio, en territorio ú obligaciones de cualquier género; para acusar á uno solo de los miembros expectables de esa emigración, de haber recibido del extranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa, á cambio de la mínima condescendencia, no han de hallar un solo documento, ni un solo testigo, los más encarnizados perseguidores de esa emigración. Y si hallasen algún documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecía á la Francia no era una línea más de lo que ella había exigido desde el principio del bloqueo. Pero se le ofrecía mucho menos de lo que Rosas debía darle más tarde en la convención de 29 de octubre, después de haber hecho sufrir y humillar al país, por el largo período del primer bloqueo.

III

DE CÓMO ERA Y NO ERA GOBERNADOR DELEGADO DON FELIPE

Por más que apresuró sus pasos el cura Gaete para entrar en casa de Arana antes que el Jefe de Policía, no pudo, desgraciadamente, conseguirlo;

y este último atravesó el patio y llegó al gabinete del Gobernador delegado, mientras el cura de la Piedad, que tenía sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica, entró en el salón á hacer sus cumplimientos federales á la señora doña Pascuala Arana, señora sencilla y buena, que no entendía una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

—¿Qué novedades hay, señor Victorica?—preguntó Arana al Jefe de Policía después de haberse ambos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas á don Cándido para que continuase escribiendo; pues nuestro amigo había dejado la pluma y la silla y se deshacía en cortesías á Victorica.

—Ninguna en la ciudad, señor don Felipe—contestó Victorica sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al Excelentísimo Señor Gobernador delegado.

—Y ¿qué le parece á usted de Lavalle?

—¿A mí?

—¡Pues! ¿Qué le parece á usted cómo viene para adelante?

—Lo extraño sería que fuese para atrás, señor don Felipe.

—Pero ¿no ve á ese hombre de Dios que va á conmover todo el país?

—A eso ha venido.

—¿Pero qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamás hayamos ido á molestarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdón de Dios?

—No sé, señor don Felipe: pero en todo caso yo preferiría que no lo tuviese de los hombres

porque Dios está muy lejos, y Lavalle está muy cerca.

—Sí, más cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho ya?

—No, señor.

—A ver, señor don Cándido, ¿sacó usted copia del diario de marchas?

—Ya está lista, Excelentísimo Señor Gobernador delegado—contestó el secretario privado haciendo una profunda reverencia.

—Léalo usted.

Don Cándido se echó para atrás en su silla, alzó un papel á la altura de sus ojos, y leyó:

«Marcha del ejército de los traidores inmundos »unitarios desde el día 11 del corriente.

»Día 11.—Marchó todo el ejército hacia los »Arrecifes, y llegamos á la estancia de Dávila á »las tres y media de la tarde, donde acampamos y »carneó el ejército.

»Día 12.—A las ocho y cuarto de la mañana »empezamos á marchar, y acampamos á las doce »y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. A »las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de »carnear y comer, marchamos hasta las ocho de »la noche que acampamos. Este día y los anterio»res se presentaron cerca de ciento cincuenta per»sonas de aquellos lugares para unirse voluntaria»mente al ejército.

»Día 13.—A las nueve y media de la mañana »marchamos y acampamos en la estancia de Pé»rez Millán, donde carneó el ejército. Este día se »unió Sotelo al ejército con ciento cuarenta veci»nos de Arrecifes, que venían á servir en el mismo.

»Día 14.—A las cinco de la tarde marchamos y »acampamos á las siete y media de la noche en »otra estancia de Pérez Millán.»

—¿Usted ve ese hombre lo que está haciendo? —dijo don Felipe, dirigiéndose á Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

—Sí, señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendría.

—Pero marcha, y el día menos pensado se viene hasta la ciudad.

—Y ¿qué hemos de hacer?—contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que advertía en don Felipe.

—¿Qué hemos de hacer? Hace tres noches que no duermo, señor Victorica, y, en los momentos que concilio el sueño, suspiro mucho, según me dice Pacualita.

—Estará usted enfermo, señor don Felipe.

—De cuerpo no, gracias á Dios, porque yo hago una vida muy arreglada; pero estoy enfermo del ánimo.

—¡Ah, del ánimo!

—¡Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal á nadie.

—No dicen eso los unitarios.

—Es decir, yo no he mandado fusilar á ninguno. Sé que, si son justos, me dejarían vivir en paz. Porque yo lo que quiero, es vivir cristianamente educando á mis hijos, y acabar la obra sobre la Virgen del Rosario que comencé en 1804, y que después mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es que, si Lavalle es justo, no tendrá por qué ensañarse conmigo y...

—Dispense usted, señor don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y á todos los defensores de la federación.

—¿Yo?

—Me parece que sí.

—¿Qué dice usted, señor don Bernardo?

—Digo que es ofender al Restaurador y á los federales, suponer que el cabecilla Lavalle pueda triunfar.

—Y ¿quién dice que no puede triunfar?

—Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

—¡Ah, lo dice!

—Y no me parece que debe desmentirlo el Gobernador delegado.

—¡Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo sé muy bien que Lavalle va á encontrar su tumba. Era que me ponía en el caso solamente.

—¿De que triunfase?

—¿Pues?

—¡Ah! eso es otra cosa—dijo Victorica que realmente se estaba divirtiendo, aun cuando su seco y bilioso temperamento no se prestaba fácilmente á esas comedias.

—Eso es, eso es; así es cómo se entienden los hombres.

—Y si fuera posible que nos entendiéramos también sobre algunos asuntos de servicio, habría llenado el objeto de esta visita.

—Hable usted, señor don Bernardo.

—El comisario de la tercera sección está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

—¿Qué más, señor Victorica?

—La Sociedad Popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la Policía.

—Apunte usted todo eso, señor don Cándido.

—En el momento, Excelentísimo Señor Gobernador delegado—contestó el secretario.

—Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del Departamento.

—Anote usted esa circunstancia, señor don Cándido.

—Inmediatamente, Excelentísimo Señor.

—Una de las patrullas de la Sociedad Popular ha arrestado anoche á dos vigilantes de policía, porque no llevaban papeletas de socios restauradores.

—Que no se olvide eso, señor don Cándido.

—De ningún modo, respetable y Excelentísimo Señor.

—Cuatro panaderos se han presentado en mi oficina, anunciando que no podrán continuar la elaboración del pan, si no se les permite reducir su peso, por cuanto están pagando sueldos crecidísimos á peones extranjeros, porque los hijos del país han sido llevados de leva.

—Que hagan el pan más grande, y multa si no trabajan.

—La señora doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fué visitada en Barracas, y cuya dueña no está allí hace algunos días...

—¿Lo pide por orden del señor Gobernador?

—No, señor. Por orden suya.

—Déjese entonces de hacer registros. ¡Qué ga-

na de indisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, señor don Bernardo. No siendo por orden del señor Gobernador, no haga usted nada.

—Sin embargo, hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

—¿Quién es el pariente?

—Don Daniel Bello.

—¡Jesús! ¿Qué está usted diciendo?

—Yo las tengo.

—No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la Virgen del Rosario. No sabe usted ni doña María Josefa todo lo que la federación debe á ese joven. Intriga, calumnia. Nada, nada contra Bello, si no es por orden del señor Gobernador.

—Yo haré lo que el señor Arana me ordene, pues que no tengo orden especial de Su Excelencia, pero no perderé de vista á ese mozo.

—¿Hay más?

—Nada más.

—¿Está usted despachado entonces?

—Aún no, señor don Felipe.

—¿Y qué más hay?

—Hay que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la Sociedad Popular, que pone presos á los empleados de la policía.

—Consultaré.

—¿Pero no es usted el Gobernador delegado?

—Lo soy.

—¿Y entonces?

—No importa, lo consultaré con el señor Gobernador.

—Pero el señor Gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

—No importa, lo consultaré.

—¡Válgame Dios, señor don Felipe! ¡Si usted es el Gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

—Sí, hombre, sí, soy el Gobernador délegado. pero es por forma, ¿entiende usted?

—Creo que entiendo—contestó Victorica, que bien lo sabía, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantizase de la Mazorca.

—Por forma—continuó don Felipe,—para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada más.

—Ya.

—Esto es para entre nosotros ¿eh?

—Sin embargo, el secreto lo saben todos.

—¿Qué secreto?

—El de la forma.

—Y...

—Y se ríen malignamente los unitarios.

—¡Traidores!

—Y dicen que usted es y no es Gobernador delegado.

—¡Vendidos!

—Y dicen también que tiene usted miedo.

—¿Yo?

—Sí, eso dicen.

—¿Pero, miedo de quién?

—Del señor Gobernador, si hace usted algo que no le agrade, y de Lavalle, si hace algo del gusto del señor Gobernador.

—Eso dicen ¿eh?

—Eso.

—¿Y usted qué hace, señor Jefe de Policía?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Nada.

—Pues mal hecho, porque estos difamadores debían estar en la cárcel.

—¿Pero no me decía usted hace poco, que hartos compromisos teníamos, para andar persiguiendo á otros?

—Sí, pero no á los que nos difaman.

—No haga usted caso.

—Créame usted que estoy deseando dejar el ministerio, señor don Bernardo.

—Se lo creo; y pasar á vivir á su estancia, ¿no es eso?

—¿Qué estancia, hombre, si está arruinada?

—Pues no dicen eso los unitarios.

—¡Qué! ¿hablan hasta de mi estancia?

—De las estancias.

—¡Jesús, Señor! ¿Yo estancias?

—Y que están muy pobladas, y que todo eso ha sido mal adquirido, y que todas se las han de quitar á usted, por haber sido compradas con fondos del Estado; ¿qué sé yo cuántas cosas dicen?

—Pero es preciso que vayan á la cárcel.

—¿Quiénes?

—Los que eso dicen.

—¡Pero si lo dicen en Montevideo, señor Arana!

—¡Ah, en Montevideo!

—Pues.

—¡Traidores!

—Por supuesto.

—Vea usted: hasta un crucifijo de plata que me regaló el padre guardián de San Francisco después de la entrada de los ingleses, es decir, después que se fueron, se lo he tenido que dar al al-

macenero Rejas, á cuenta del gasto que le hago.

—Ya.

—Esas son mis estancias ¡traidores!

—¿De manera que me autoriza usted para contener los avances de la Sociedad Popular?

—No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro día consultaré.

—Bien; yo le escribiré al señor Gobernador—dijo Victorica levantándose, bien decidido á no escribir de eso una palabra á Rosas; quería asustar más al pobre don Felipe, de quien acababa de vengarse á su satisfacción.

—¿Se va usted?

—Sí, señor.

—¿De modo que ya va usted autorizado?

—¡Autorizado! ¿para qué?

—Para lo del pan.

—¡Ah, no me acordaba!

—Que lo hagan grande.

—¿Aunque pierdan los panaderos?

—Aunque pierdan.

—Muy bien.

—Y de harina flor, como lo trabajan las monjas.

—Buenos días, señor don Felipe.

—Dios se los dé buenos, señor Victorica. Consúlteme todo cuanto ocurra.

—¡Oh! no dejaré de hacerlo. ¡Es usted el Gobernador delegado!

—Aunque rabien los unitarios. Lo soy; sí, señor, lo soy.

—Buenos días.

Y Victorica salió echando á los diablos al Gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece á la crítica el sistema de don Juan Manuel

Rosas, ó más bien, su época, es la laboriosa ficción de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey á los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de Estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un general en jefe, todo eran, menos ministro de Estado, juez, diputado ó general; pero hacían maravillosamente su papel de tales. Es decir, hacían su papel para los demás; pero ante los propios no había uno que no supiese que su corona era de cartón dorado y su cesáreo manto de franela.

Lujosos, porque jamás la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocase, en efecto, á la casa de un ministro, de un general, de un alto magistrado, etc.

Se llegaba á la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo á uno con quién hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe, debía ser por fuerza un hombre serio, grave, adusto, representante fiel de la más seria de las causas.

Como todos se vestían de diablo, el color de llamas de que estaban cubiertos dábales cierto aire más imponente, que luego sus términos llenos de mesura y de reticencias acababan de solemnizar.

Mientras se trataba de lugares comunes, todo eran flores para ellos. Por aquí ó por allí, la conversación había de rodar, por fuerza, sobre Su Excelencia y Manuelita, con quienes, indefectiblemente, se había hablado el día antes, ó hacía dos días, cuando más.

Cada palabra de los labios federales era á los ojos del que la vertía una especie de onza de

oro, con el busto del Restaurador, que debía recogerla y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debía estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, ó juez, ó diputado, etcétera.

Pero la mano de la Providencia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversación caía sobre algún asunto especial que debía girar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entonces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, ó haciéndole comprender que era un pobre gusano que pisaba Rosas, un pobre cómico que representaba un papel que no servía sino para hacerle comprender que estaba vestido de jergas de oropel.

Ninguno de ellos se atrevía á confesar su situación, á decir que de su rango no conservaba sino el título, y que toda jurisdicción, toda acción, pertenecía al autor de la comedia que representaba, pero no á la pobre compañía, contratada por veinte años, sin más regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligación de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.

IV

DE CÓMO DON FELIPE ARANA EXPLICABA LOS FENÓMENOS DEL MAGNETISMO

No bien atravesó el patio el señor Jefe de Policía, cuando el cura Gaete, que lo vió por entre los cristales de la puerta del salón, se despidió de las señoras y se fué derecho al gabinete del ministro Gobernador, que por un principio de republicanismo recibía á todo el que entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, ó la aparición del alma de su padre no habrían producido en nuestro don Cándido Rodríguez la impresión que la cara del cura Gaete, pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas después de algún tiempo, sufrió una revolución tal, que estuvo el hombre por dar vuelta á la silla y ponerse de espalda al Gobernador y al cura de la Piedad.

Pero entre el caos de ideas que surgió en su cabeza de aquella malhadada aparición, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel, y escribir con una rapidez asombrosa; aunque, en obsequio de la verdad, es necesario decir que no escribía, sino que rasgueaba sobre el papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de iglesia; pero con el cura Gaete existía en don Felipe otro vínculo no menos atrayente, ó quizá más atrayente que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto

ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentía, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mazorca.

Así fué que, al verlo entrar, salió á su encuentro con las dos manos estiradas; cual si fuese á tropezar con él, más bien que á saludarlo. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros, y todos juntos, del mismo hombre á quien servían y sostenían.

—¡Qué milagro, padre, qué milagro!—exclamó don Felipe sentándose á su lado; pero desgraciadamente el cura Gaete vino á quedar frente á frente con don Cándido.

—Vengo á dos cosas.

—Hable, padre. Sabe que yo soy uno de sus más antiguos amigos.

—Eso lo hemos de ver hoy.

—Hable, hable no más.

—La primera cosa á que vengo, es á felicitarlo.

—Gracias, muchas gracias. ¡Qué quiere usted, todos debemos prestarnos á lo que manda el señor Gobernador!

—Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí mientras él va á darles de firme á esos traidores.

—¿Y la segunda cosa, padre?

—La segunda es una orden que quiero me dé usted para que prendan á unos impíos unitarios que me han ofendido.

—¡Hola!

—Y á toda la federación.

—¿Sí?

—Y hasta al mismo Restaurador.

—¿También?

—A todos.

—¡Qué insolencia!

—He estado más de diez veces á ver al Gobernador antes de irse, pero no he podido hablarle.

—¡Ha estado tan ocupado estos últimos días!

—Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender á los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

—Pero, si es caso extraordinario, debe hacerlo.

—No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo ó los demás socios le decimos.

—Sus deberes, quizá...

—No, señor, ¡qué deberes ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

—Vaya hombre, vaya, calma.

—No quiero calma, no, señor. Y si usted no me da la orden, yo no respondo de lo que pueda suceder.

—¿Pero qué es lo que hay?—preguntó don Felipe que maldecía el momento en que le había entrado tal visita.

—¿Qué es lo que hay?

—Si, vamos á ver, qué, si es cosa que merezca la pena...

—Ya verá usted si la merece. Oiga usted, señor don Felipe.

—Diga usted, pero con calma.

—Oiga usted: tengo por el barrio de la Residencia unas antiguas amigas mías que me cuidan la ropa. Fuí una noche á verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte, entré y volví á cerrar la puerta. El zaguán estaba obscuro, y...



Y el cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguán, y dirigiéndose á don Cándido le dijo:

—Venga, paisano; póngase aquí—señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de pies á cabeza, la palabra se le había atragantado, y perdida la elasticidad de los músculos de su cuello, no volvía la cabeza á ningún lado.

—¡Eh! con usted hablo—continuó Gaete,—venga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

—Vaya usted, don Cándido, vaya usted—dijo Arana.

Don Cándido se levantó y marchó, duro y derecho, hasta el lugar que indicaba Gaete, ni más ni menos que como el *Convidado de Piedra.*

—Bueno, ahí—dijo Gaete.—Yo entré, pues, al zaguán que estaba obscuro, y ¡tras! tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hacia don Cándido y se dió contra él.

—En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, señor Arana—dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura,—que me ha dado la patria como á todos sus hijos para defender su santa causa.—¿Quién está ahí?—pregunté, y yo le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de don Cándido.

—Me respondió que era un amigo; pero yo que no entiendo de amigos en zaguanes á obscuras, me le fuí encima y lo cazé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido iba á hablar, pero se contuvo; pues, todo lo que más le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse á sufrir en silencio la pantomima de Gaete, jurando en su interior, que ese sería el último día de su residencia en Buenos Aires, si tenía la dicha de que no fuese el último de su existencia en el mundo.

Gaete continuó:

—Pero, á tiempo que se lo iba á encajar, se me cayó el cuchillo. Fuí á alzarlo, y á tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien; y allí, desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone á insultarme, y á insultar al Restaurador y á la federación. Y después de decir cuanto se le vino á la boca, me metieron en la sala entre dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habían salido, y después se marcharon.

—¡Oh, es una insolencia inaudita! —exclamó don Felipe.

—¿No se lo decía, pues?

—¿Y quiénes eran?

—Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque se habían entrado con la llave falsa á esperarme, cuando vieron que las señoras habían salido, pero después he dado con uno; lo he conocido por la voz.

—¿Ha oído usted cosa más original, señor don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo: ¡Asombrosa!

—¿Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano á la cabeza y se golpeó la frente.

—¿Ah, le duele á usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente con un signo.

—Bien, apunte usted la queja del señor cura Gaete y retírese.

Don Cándido volvió á la mesa y se puso á escribir.

Gaete prosiguió:

—Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta después de haber estado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tengo una apoplejía.

—¡Oh, si ha sido una cosa horrible!

—Pero ya he conocido á uno como he dicho á usted, y si nadie me hace justicia, aquí está quien me la de hacer—dijo Gaete señalando el lugar de la cintura en que acababa de guardar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

—¿Y sabe usted quién es?

—No, señor. Déseme la orden de prisión con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

—¡Pero hombre!

—Eso es lo que yo quiero.

—¿Acabó usted, señor don Cándido?—dijo don Felipe, que no sabía por dónde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente, siempre con un signo.

—A ver, léaselo usted al señor cura Gaete.

Don Cándido vacilaba.

—Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento á Dios, tomó el papel y leyó:

«Queja elevada al Excelentísimo Señor Gober-

»nador delegado por el muy digno y respetable, »esclarecido patriota federal, Reverendo...

—¡Ché!—exclamó Gaete abriendo tamaños ojos y extendiendo el brazo hacia don Cándido.

—¿Qué hay?—preguntó Arana.

—Este es el otro.

—¿Quién?

—Este, éste, éste es el otro del zaguán.

—¡Está usted en su juicio!—exclamó Arana.

—Ya están los dos—dijo Gaete frotándose las manos.

—¡Pero hombre!

—Sí, señor don Felipe. Este, éste es el otro.

—¿Yo? Yo querer asesinar al muy digno y respetable cura de la Piedad?—exclamó don Cándido revistiéndose de una entereza que él habría llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

—¡Toma! Hable otro poquito.

—Está usted en error, mi apreciable y estimado señor. El acaloramiento, la irritación...

—¿Cómo se llama usted?

—Cándido Rodríguez para servir á usted y á toda su respetable familia.

—¿Familia? ¡El mismo! Ya están los dos.

—Señor cura Gaete, siéntese usted—dijo don Felipe.—Aquí debe haber alguna cosa extraordinaria.

—Claro está, Excelentísimo Señor—dijo don Cándido, cobrando ánimo—yo estoy por creer que este respetable señor cura ha tenido algún sueño sugerido por el enemigo malo.

—¡Yo le he de dar el sueño!

—Despacio, señor Gaete. Este señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

—Sí, está bueno.

—Oiga usted: la palabra «sueño» que acaba de pronunciar mi secretario, me inspira una luminosa idea.

—No entiendo de ideas, señor don Felipe. Este es uno y el otro es quién yo sé.

—Oiga usted, hombre, oiga.

—Vamos á ver, oigo.

—¿Usted comió con unos amigos ese día?

—Sí, señor, comí.

—¿Durmió usted la siesta?

—Dormí la siesta.

—Entonces no sería nada extraño que todo cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

—¿Y qué diablos es eso?

—Yo se lo explicaré á usted: el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quién. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas que se levantan, se visten, montan á caballo, pasean, y todo eso dormidas; que sostienen conversaciones, que ven y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunas que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que bregaban con sus enemigos; y á todo esto se le da el nombre de sonambulismo, ó magnetismo.

—Dice muy bien el Excelentísimo Señor Gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con más perseverancia por descubrir esos fenómenos íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable señor cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con más frecuencia esos portentosos prodigios de

la Naturaleza. De lo cual la ilustración del Excelentísimo Señor Gobernador deduce con mucha propiedad, que el estimable señor cura Gaete ha pasado por algún momento de sonambulismo.

—¿Usted quiere jugar conmigo?

—¿Yo, mi respetable señor?

—Señor don Felipe, ¿usted no es el Gobernanador delegado?

—Sí, hombre, sí, pero para este caso...

—Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender á ese hombre y á quién yo sé, yo me voy mañana á Santos Lugares á presentar la queja al Restaurador.

—Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender á nadie sin orden de Su Excelencia.

—¿Ni á ese hombre tampoco?

—Menos. Déme usted pruebas, señor Gaete, pruebas.

—Pero si es lo mismo.

—¿Lo vió usted?

—No; pero lo oí.

—Sueño, sonambulismo, mi querido señor—dijo don Cándido.

—Yo le he de hacer dormir á usted, pero por toda la vida.

—¡Pero, señor Gaete, un sacerdote!—dijo Arara,—¡un hombre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atención del Gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos con la invasión del cabecilla Lavalle!

—¿Sí? Pues yo también estoy ocupadísimo con la invasión que me hicieron este hombre y su compañero.

—No ha sido este hombre, no puede ser, no fué.

—El fué, señor ministro Arana.

—No fuí yo, señor cura de la Piedad—dijo don Cándido alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa protección del Gobernador delegado.

—Usted fué: en su cara se lo digo.

—No.

—Usted.

—Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el poder eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

—Despacio; paz, paz—dijo don Felipe.

—En la calle le he de decir yo que me alce la voz—continuó Gaete, echando una mirada aterradora á don Cándido.

—No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo á cuerpo en el campo de los tribunales.

—¡Paz, por amor de Dios, paz!—exclamaba don Felipe.

—Señor ministro, yo me voy, y he de ver al señor Gobernador.

—Haga usted lo que quiera.

—Hasta más ver, señor mío—dijo Gaete mirando á don Cándido y dando la mano á don Felipe.

—Vaya usted, hombre sonámbulo.

—*Sondiablo* lo he de hacer yo á usted.

—Vaya usted, visionario.

—A que...

—Vamos, retírese, padre, retírese.

Y empujando suavemente á Gaete, lo sacó don Felipe fuera del gabinete, mientras don Cándido no cabía dentro de su levitón blanco, después del heroísmo con que acababa de portarse.

—Doy á Vuecelencia las más rendidas gracias, Excelentísimo Señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del más leal y sumiso de sus servidores. Ese hombre es un energúmeno. Excelentísimo Señor—dijo don Cándido al ver entrar á don Felipe.

—¡Qué! ¿Sabe usted lo que hay en plata, don Cándido?

—El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

—Lo que hay en plata es que este cura Gaete, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos á que se ha referido, y después tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

—¡Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia, que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles!

—El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta gente.

—No; el talento, el genio.

—Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen—dijo don Felipe bajando humildemente los ojos.

—¡Justicia al mérito!

—Además, estamos en una época de tolerancia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi Gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con todos. Mañana pueden quizá cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el programa de mi pasajero Gobierno.

—¡Sublime programa!

—Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted á ver á las monjitas y haga lo que le encargué.

—¿Ahora mismo?

—Sí, no se debe perder tiempo.

—¿Y no cree Vuecelencia que ese cura desnaturalizado me está esperando en la bocacalle?

—No lo creo, porque sería un grán desacato. Pero, en todo caso tome usted sus precauciones.

—¡Oh, las tomaré! Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

—No quiero que haya sangre.

—¡Sangre! Yo le juro á Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

—Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted á ver á las monjas, y vuelva á la noche.

—¿A la noche?

—Sí.

—Es la hora del crimen, Excelentísimo señor.

—No, no ha de haber nada, vaya no más, que me voy á recostar un rato, antes que Pascualita haga poner la comida.

V

ASÍ FUÉ

En el cataclismo en que habían caído, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitución moral, social y política del cuerpo

argentino, la religión no podía librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra son hechos, por desgracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo, la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia, la religión divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los padres de la Compañía de Jesús.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazón de una plebe ignorante al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abría los ojos del cuerpo á la superstición por el fraile, y cerraba los del alma á la adoración ingenua de la Divinidad, y á la comprensión de la más ilustrada de las religiones, la federación vió sin dolor la profanación de los templos, la prostitución del clero, y el insulto cometido á los altares y á la cátedra de la predicación evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crimen.

Rosas quiso despojar la conciencia de los hombres que lo sostenían en el mando, de toda creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que á su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su labio prometía; de otro consuelo que el que ofrece al crimen la repetición del crimen. Y para eso era preciso insultar á Dios, la religión y la práctica de ella, á los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos rudos sentimientos explotaba.

Sacerdotes indignos de su misión evangélica se

prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas «parroquiales» sus primeros insultos á Dios, á Cristo, y á su sacra casa.

Cuando el Emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollación de Tesalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió á la puerta y extendiendo su mano, le dijo: «Aquí no entra el delito: íd á lavaros, y volved limpio.»

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase por la santidad del templo.

En los brazos de los federales, de los federales dignificados con la casaca de nuestros generales, ó con el bastón de nuestros magistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazón, el retrato del Dictador fué conducido hasta los templos y recibido en la puerta de éstos por los sacerdotes con sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el santo palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres...

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del Evangelio, y buscando la inspiración de su palabra, no en el sagrado Tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda que hace al alma el legado sublime del catolicismo, sino en la imagen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, transmitía al pueblo, ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicación de amor y de paz, de abnegación y de virtud, de sacrificio y de hermandad, que le dictó el Hombre-Dios desde el Calvario, sino el odio de Caín, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel á Quien pedía desde la cruz una gota de agua para sus labios abrasados...

Sobre las losas de esos templos, en sus atrios, los mazorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores, agitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesonario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se extraviaba la conciencia del penitente, pintando á Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando á los unitarios como los condenados por Dios á la persecución de los cristianos.

Y este escándalo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba, como una epidemia, por el aire, é iba á infestar y corromper al clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la República.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. A su espalda tiene la muerte en el cuchillo de Rosas. A su frente tiene la muerte entre las nieves de los Andes.

Esta invasión á la Naturaleza, en la estación de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos más amparo que Dios, que parece á veces castigarlo por su insensata vanidad, que arrastra el pie mortal donde parece que sólo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecía un espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves.

Infinidad de ellos perecen en su lucha terrible con la Naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. ¡Y cuando el aire, la luz, el hielo y la gigante mole, guardaban quizá el silencio de la admiración, en presencia de esa magnífica osa-

día, de ese terrible infortunio, al pie de los Andes, las provincias de Cuyo rugían, haciendo eco á la voz del obispo, José Manuel Eufrasio, que levantaba su báculo, incitando á los pueblos á la persecución de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su exterminio en la persecución!

Y Rosas, contento el bárbaro de ver su sistema dando los resutados calculados, escribía al obispo de Cuyo:

«Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un »anatema justo contra los salvajes unitarios, im»píos enemigos de Dios y de los hombres, ofrece »un lucido ejemplo eminente. Resalta la verdadera »caridad cristiana, que, enérgica y sublime por »el bien de los pueblos, *desea el exterminio* de un »bando sacrílego, feroz, bárbaro... Altamente com»placido el infrascripto por los espléndidos triun»fos con que la Divina Providencia se ha dignado »*enlucir* las armas de nuestra libertad y honor, »*quedando exterminados* los feroces salvajes uni»tarios, siente una satisfacción pura en retornar »á Vuestra Señoría Ilustrísima sus benévolas con»gratulaciones.— JUAN MANUEL DE ROSAS.» (1)

Así el clero se prostituía.

El sentimiento religioso se pervertía en la sociedad.

La niñez abría los ojos ante un culto de sangre.

Y Rosas, hijo de la federación, y jefe de ella,

---

(1) Oficio dirigido al obispo de Cuyo, é inserto en el número 5483 de la «Gaceta».

sostenía este escándalo, y se sostenía, con él, al mismo tiempo.

Sí. En este nombre de la federación está sellada la tradición de toda cuanta desgracia puede azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquía de delitos, no hay género de criminales que no haya surgido de los centros que aceptaron por nombre esa palabra «federación.»

Quiroga, ese bandido que algún día se creerá una creación de la fábula de nuestras tradiciones; Quiroga, que prendía fuego á la ciudad de su nacimiento; que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanación de la virgen, hasta el degüello del anciano y del niño, muestra en su vida una gradación indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer á los hombres, escribía sobre un pendón negro: *Religión ó muerte!* Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y á nombre de la federación dejó á la posteridad una historia inaudita de delitos;

López, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje;

Ibarra, que entregaba á sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubría, para pasarlos á manos del verdugo que se los pedía;

Aldao, el fraile Aldao, que tenía celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambición febricitante de delitos se empeñaba en sobrepasarlo y eclipsarle el nombre;

Rosas, que resumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con éstas su Gobierno basado en el crimen, nutrido por él, dirigido á él:

todos tomaron su bautismo público en ese charco de sangre que se ha llamado federación en la República.

La historia argentina no exhibirá esa palabra sino como la representación de algún delincuente, como el signo convencional de alguna rebelión, de algún partido, de algún golpe preparado al progreso y á la libertad del país.

La federación, como sistema, jamás ha sido practicada en la República, ni los pueblos la exigieron nunca. Una sola vez fueron consultados y fué cuando aceptaron la Constitución unitaria...

«Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente á nuestros pueblos»—decían los federales en tiempo del debate constitucional: — «y »no pueden mandarlos porque los pueblos no en»tenderían su civilización.»

Pero los federales al mismo tiempo, pedían que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos...

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustración ajena, pudiera á la vez ser bastante civilizado para darse lo más difícil de la existencia pública: su legislación y sus principios de gobierno!

La federación no ha sido jamás en la República sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ella los caudillos alzados á la sombra de la ignorancia general... Y ahí está la tradición entera de ese pueblo. Desde 1811 las guerras civiles, el crimen oficial, el atraso, la estagnación de los elementos de progreso que tenía el país, su ruina, en una palabra, todo es debido á los que han levantado la bandera de la federación. Y cuánta tradición honrosa tiene la República en armas, en

constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está unido á los nombres de los que han constituído el martirologio argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto más se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la federación, tanto más se acerca nuestro primer día político, el pensamiento unitario se refleja mejor sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario; quería un centro de poder genérico en la República.

Belgranõ era más que unitario, era monárquico. Recibió la República como un hecho que se establecía al empuje de los acontecimientos, la sostuvo con su espada y la propagó en el Continente; pero en sus convicciones de hombre, la monarquía constitucional satisfacía los deseos más vivos de su corazón. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la Metrópoli. La Constitución, última expresión de la revolución americana.

Muchos otros la querían también.

Ellos sabían que no era la emancipación del principio monárquico lo que requerían las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban, para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban á una monarquía extranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedían el divorcio del principio monárquico con los pueblos á este respecto.

La raza, la educación, los hábitos, los intentos y el estado social, todo clamaba por la conservación de aquel principio. La geografía, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolución degeneró, se extravió, y al derrocar el trono ibérico, dió un hachazo también sobre la raíz monárquica, y de la superficie de la tierra se alzó, sin raíces, pero fascinadora y seductora, esa bella imagen de la poesía política que se llama «República».

Todavía quedaba un medio de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de régimen en la República.

La unidad, sin embargo, fué hecha pedazos por los Atilas argentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron á romper con el casco de sus potros las tablas de ese Occidente americano, en que empezaban á inscribirse las primeras palabras de nuestra revolución social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que federación era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artigas, López, Bustos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas.

Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos dejaron de convertir la religión en instrumento de su ambición personal.

Rosas fué el último de todos que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la «grandeza» de su crimen.

Los jesuítas fueron los únicos sacerdotes que osaron oponer la entereza del justo—la fortaleza del que cumple en la tierra una misión de sacrificio y de virtud,—á la profanación que hizo al altar la enceguecida presunción del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por aquéllos durante la dominación española, y de donde fueron expulsados después, fué defendido por ellos en 1839, y cerradas sus puertas á la profana ima-

gen con que se intentaba escarnecer el altar. Ellos pagaron más tarde al Dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en América; pero ellos recibieron el premio de su conciencia; y más tarde, lo recibirán en el Cielo.

¿Qué tenían que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas, ni con la imagen de un profano la casa de las imágenes celestes? «Determinado está por Jesucristo »el fin de la misión eclesiástica, y trazado está el »círculo de sus funciones. Encargada de apacen»tar y conducir el rebaño que está en camino para »la vida eterna, conductora de peregrinos, y ella »misma peregrina, no puede cuidarse más, ni ne»cesita más, que el permiso del tránsito para via»jar por tierra extraña.»

Pero, fuera de los padres de la Compañía de Jesús, la religión se vió escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco y las monjas Catalinas y Capuchinas, hicieron exposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y de fraternidad, que debe abrasar á los que se cubren con un sayal para vivir lejos de las pasiones del mundo.

La victoria de Sauce Grande fué celebrada por esos frailes y por esas monjas; era la sangre de hermanos, la sangre de Abel, la que había corrido en esa lucha...

Jesucristo no se entremetió jamás en los negocios políticos de la Judea; y ninguna tradición revela que los apóstoles felicitasen, en calidad de tales, á ninguno de los Césares romanos por sus

victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas religiosas se las tributaban por la prensa al más impío y sanguinario de los tiranos. Sus labios sacrílegos ofrecían elevar á Dios sus plegarias por sus continuos triunfos sobre los unitarios.

«Tienen miedo»—decíase para diculparlos.— ¡Miedo! El que viste el santo hábito de religioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma desmaya, él se arrodilla en el templo, ó bajo la bóveda eterna de los cielos, y pide á Dios la inspiración divina que imprimió la resignación en el espíritu de su Hijo.

El miedo es un crimen en el varón apostólico, cuando se trata de defender la religión y la moral, cuando se trata de resistir al crimen ó á la tentación del Demonio. El hijo de la iglesia debe morir antes que claudicar de los santos principios que profesa. Cuando le falta el valor á la carne, la inspiración del Altísimo lo infiltra en la conciencia, si ésta se eleva hasta El en estado de santidad y de ruegó. En la Cochinchina, en el Tibet, en los desiertos del Africa, en los bosques de la India entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allá van diez y vuelve uno, contando que sus demás hermanos perecieron; y otros diez y otros cien, siguen tras ellos, á llevar en su palabra, en su resignación y en su martirio, la propaganda santa que el curso de diez y nueve siglos no ha cortado.

Al Nuevo Mundo, levantado en la mano de Colón y presentado á la luz de la civilización del Viejo Mundo, vino, antes que ésta, la luz pura y clarísima del cristianismo, á invadir los páramos solitarios y las tinieblas de la conciencia del rudo

habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicación donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, percibía por su oído el silbo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera, y, levantando el corazón á Dios, seguía hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus labios por la muerte, y hablaba y moría sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne, no es la vida del sacerdote de la cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el Cielo, su reino la eternidad, su misión el martirio, su premio la prosternación de su alma ante el rostro de su Criador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento.

¡No, no es el miedo una justificación de esos sacerdotes impíos! ¡No es el miedo lo que puede justificarlos ante Dios, por su predicación de sangre, por sus apoteosis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde de la justicia, de la fraternidad y de la paz, inspiraciones purísimas del Omnipotente, puestas en los divinos labios del Redentor del mundo!

¡Si había miedo, era porque no había fe, porque no tenían la conciencia de su apostolado en la tierra; y había esto, porque la prostitución de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, inficionaba el aire y corrompía las conciencias!...

¡¡¡Y mañana, cuando la revolución á la Naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante ¡oh! no toquéis entonces su conciencia, no le miréis el alma, si queréis bajar á la tumba con una ilusión y una esperanza!!!

Veinte años no pasan sin dejar huella en el al-

ma de las generaciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crimen, el vicio, la apostasía y la prostitución de todas las nociones del bien, que envuelven la palabra y la práctica del Evangelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontraréis ni religión, ni moral; allí serán precisas una propaganda y una acción sostenidas por no menos tiempo, en sentido inverso del que arrulló la cuna y desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fe y la creencia refresquen sus sienes con la imagen dulcísima de Dios—los nombres de la federación y de Rosas «brillarán» fosfóricos en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán, para Dios y para la historia, la causa generatriz que hizo desenvolver tanto germen de inmoralidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino también para nuestros hijos.

VI

SOR MARTA DEL ROSARIO

En un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucumán, sentadas estaban Sor Marta del Rosario, abadesa de las

Capuchinas, y Sor María del Pilar, mientras otras monjas paseaban por el jardín cercano al muro del convento, que da á la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leía con mucha atención un papel, y, concluída que fué su lectura, dijo á la madre abadesa:

—Está como de mano maestra, Sor Marta.

—Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad—contestó la madre abadesa.—Pero quiero que lo lea alto. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió á desdoblar el papel y leyó:

«Jesús.

»Excelentísimo Señor:

»Demos gloria al Soberano Dios de los ejércitos »cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las hues»tes de Vuecelencia para que reporte tan repeti»dos triunfos: en nombre de este nuestro buen »Dios y de la Santa Comunidad, doy á Vuecelen»cia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo »empeño rogando á Nuestro Señor dé á Vuecelen»cia la investidura de sus soberanos atributos de »bondad, equidad y misericordia, para consuelo »de este pueblo que tanto lo ama, y para que la »gloria de Vuecelencia sea eterna en compañía de »los Santos y del mismo Dios.

»Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta sa»lud, y tan abrasado en su divino amor como se »lo suplica de continuo ésta su más humilde y »afectísima hija en este monasterio de Nuestra »Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Bue-

»nos Aires á 31 de julio de 1840.—*Sor Marta del* »*Rosario*, Indigna Abadesa.» (1).

—No creo que falta nada—dijo Sor María después de concluída la lectura.

—Lo he pesado y consultado con mi conciencia por muchos días—contestó la madre abadesa.

—¿Y cree Su Reverencia que toda la comunidad piense del mismo modo?

—La comunidad debe pensar como su abadesa; porque de lo contrario, no sólo sería faltarme al respeto, sino una ingratitud, una herejía, desconocer los servicios que debemos al señor Restaurador. El nos ha regalado la reja de hierro que tiene el atrio del templo. A él le debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el síndico; y de él y de su familia estamos todos los días recibiendo obsequios; ¿qué sería de nosotras si él faltase? Además, las comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las monjas Catalinas, nos han dado el ejemplo, y si nosotras no pasamos esta felicitación, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitación por la batalla de Sauce Grande, aunque va á ir después de tanto tiempo y con fecha atrasada nos ponemos á cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos á anticipar á todos los demás, y es en otra comunicación que vamos á dirigirle, y cuyo borrador lo ha de ver primero don Felipe.

—Me parece muy bien pensado, porque nadie

---

(1) Innecesario es decir que todo documento publicado en esta obra es auténtico.

es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varón.

—Una persona ha de venir dentro de un momento, y por ella he de mandarle á don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardín á anunciar que preguntaban por la madre abadesa.

Esta se levantó en el acto y fué al torno.

Era el señor don Cándido Rodríguez, quien, después de la introducción de forma, Ave María, etcétera, dijo á la abadesa:

—El Excelentísimo Señor Gobernador delegado, camarista, doctor don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre á Su Reverencia, madre abadesa, y á toda la santa comunidad del convento, y preguntar por la salud de Su Reverencia y de toda la Santa Comunidad.

—Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud y estamos rogando por la del señor don Felipe y por la de todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo—contestó Sor Marta, que por los estatutos de su orden sólo podía hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepción.

—El Excelentísimo Señor Gobernador delegado me ha ordenado dar á Su Reverencia las más finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

—No salieron muy buenas las empanadas.

—He oído al Excelentísimo Señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

—Mañana le hemos de mandar al señor don Felipe unas tortas.

—Tortas es lo que más come el Excelentísimo Señor.

—Y también le hemos de mandar á usted una; ¿usted vive en casa del señor don Felipe?

—No, madre abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy indigno secretario del señor don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviría más eternamente agradecido á Su Reverencia y á toda la Santa Comunidad, si se dignaran elevar á Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este caos de trastornos por que estamos atravesando.

—¿Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

—Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres; y sobre todo, madre abadesa, temo mucho las equivocaciones.

—No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer; ¿cómo se llama usted, hermano?

—Cándido Rodríguez, natural de Buenos Aires, de edad de 45 años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la Santa Comunidad.

—¿Y el señor don Felipe no le ha hecho á usted otro encargo, señor don Cándido?

—Sí, madre abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las leyes, héroe de todos los desiertos y de la federación, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia á su nombre y al de toda la comunidad.

—Eso es; ya está todo pronto. Ahí va la carta

—dijo la abadesa haciendo girar el torno con una carta que don Cándido tomó, diciendo:

—Ya está en mis manos, madre abadesa.

—Muy bien; ahí va el borrador de la otra.

—Ya lo tengo también.

—Recomiéndele usted mucho al señor don Felipe que lea el borrador con toda atención y que haga en él las alteraciones que crea convenientes.

—Muy pocas tendrá que hacer, madre abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas.

—¿Si usted quiere leer el borrador?...

—Con el mayor placer, madre abadesa.

—Pero léalo alto; me gusta mucho oir leer lo que yo escribo.

—Esa es propensión de todos los sabios y sabias de este mundo—dijo don Cándido desdoblando el papel, en el cual leyó en seguida:

«Jesús.

»Excelentísimo señor:

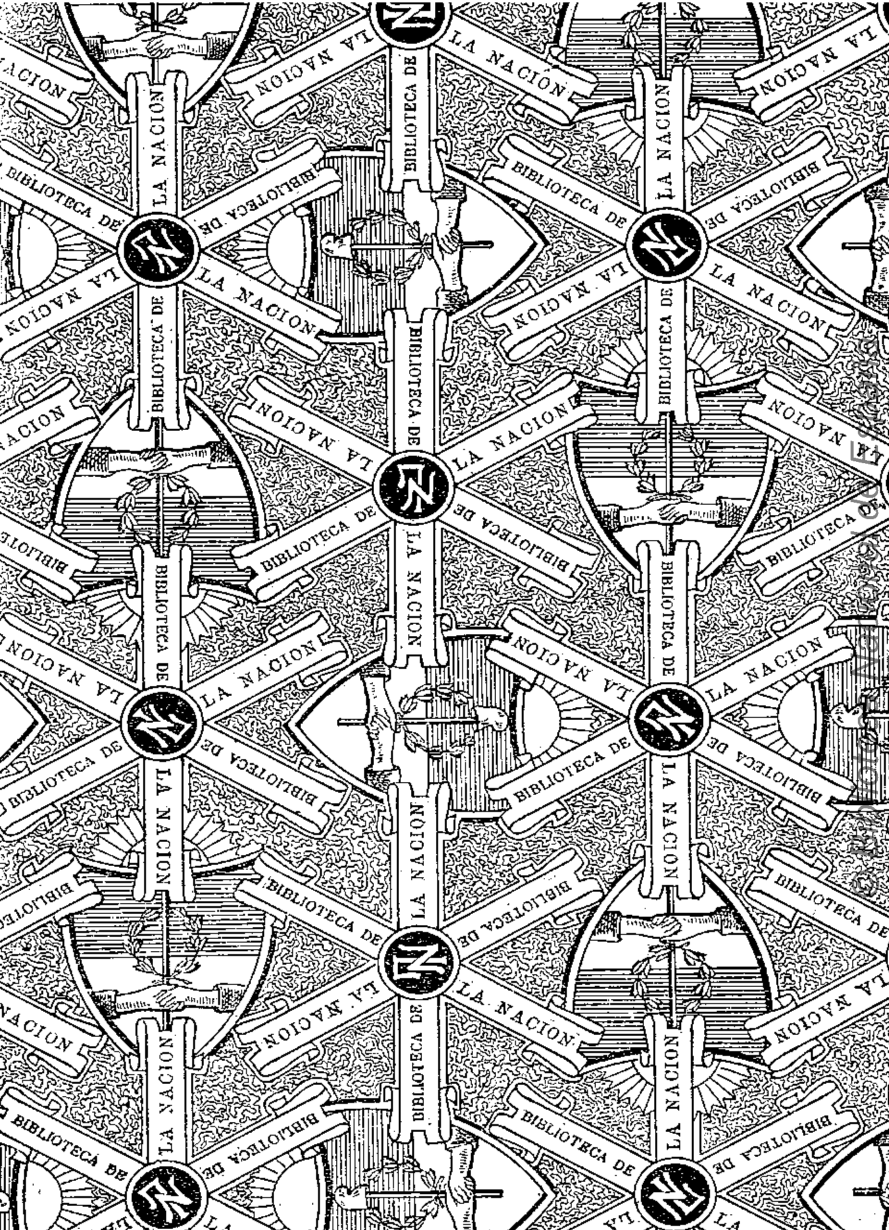
»Rogamos al Dios del Cielo y de la tierra, So»berano Rey que da vigor al brazo victorioso de »Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos »sobre sus encarnizados enemigos que acaban de »invadir el país, y para que sean pulverizados por »Vuecelencia bajo la protección de la divina Pro»videncia.

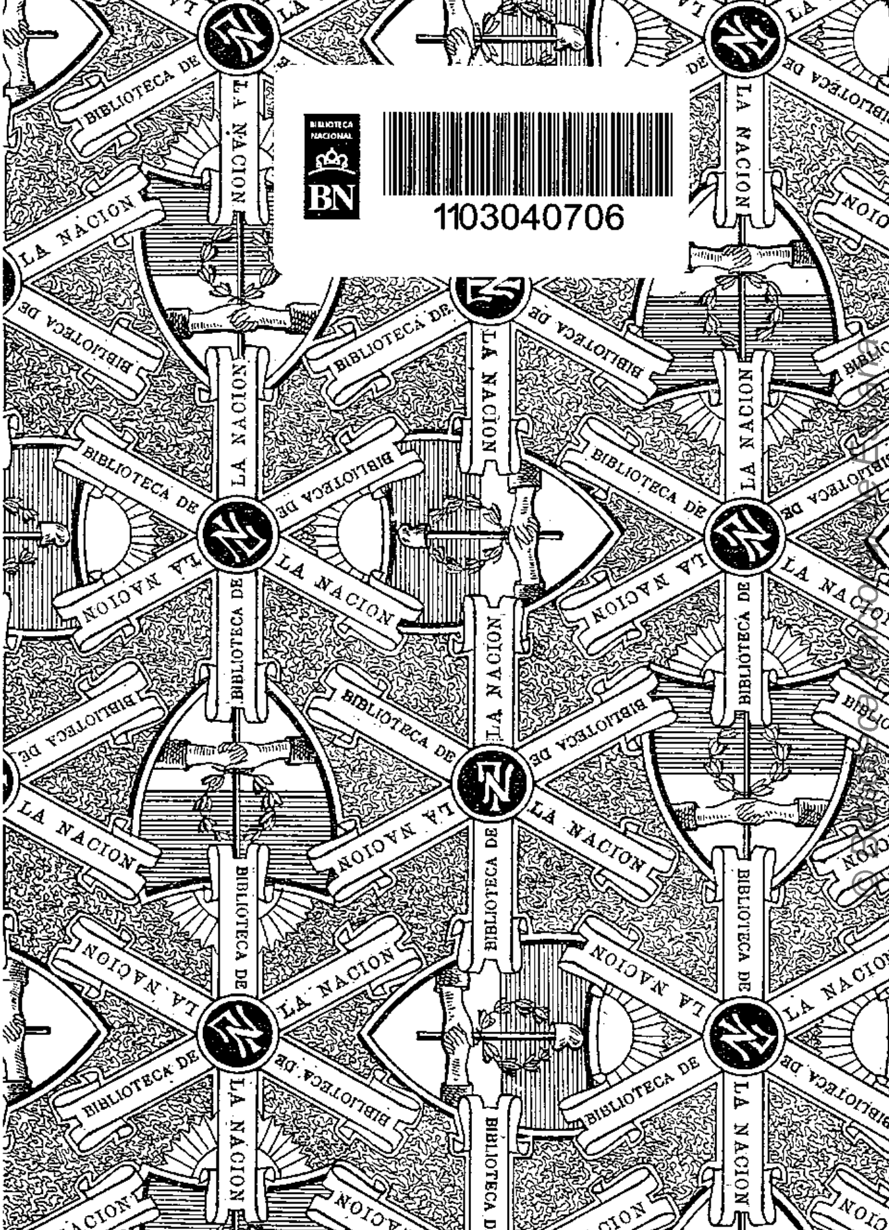
»En todas nuestras oraciones elevamos votos al »Ser Supremo porque se completen todas las glo»rias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de »su importante y preciosa salud. Y que, abrasado »en el divino amor en que arde, viva eternamente »para la felicidad de sus pueblos.

»Estos son los votos que, á nombre de toda la »comunidad de las Pobres Capuchinas, hace al »Cielo y los transmite á Vuecelencia, en Buenos »Aires... de agosto de 1840.—*Sor Marta del Ro- »sario*, Indigna Abadesa.»

—¡Magnífico está, madre abadesa!
—¿Lo halla usted bueno?
—No lo haría mejor el señor don Felipe, á pesar de sus inmensas sabiduría y elocuencia.
—Vaya, pues, muchas gracias, señor don Cándido.
—¿Entonces, no ordena Su Reverencia nada más?
—Nada más.
—Luego que el señor Gobernador delegado haya impuéstose de este santo documento, yo mismo se lo traeré á Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.
—Eso es.
—Pero, entretanto, yo vuelvo á pedir á Su Reverencia que no me eche en olvido en sus santas oraciones.
—Pierda usted cuidado.
—Entonces, me despido de Su Reverencia y de toda la Santa Comunidad.
—Dios vaya con usted, hermano.
—Sí, madre, Dios venga conmigo á todas partes—dijo don Cándido; y salió del convento meditabundo y paso á paso.

FIN DEL SEGUNDO TOMO


BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1103040706
BIBLIOTECA DE LA NACION